No hemos venido a divertirnos

NINA LYKKE

gatopardo ediciones



[image]

No hemos venido

a divertirnos

No hemos venido a divertirnos

nina lykke

Traducción de Ana Flecha Marco



Título original: Vi er ikke her for å ha det morsomt

Publicado por Forlaget Oktober, 2022

Publicado de acuerdo con Oslo Literary Agency

Esta traducción se ha beneficiado del apoyo de

NORLA, Norwegian Literature Abroad



Rambla de Catalunya, 131, 1.o-1.a

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Andrey Kasay

Imagen de la solapa: © Agnete Brun

eISBN: 978-84-128507-0-3

Impreso en España

Índice

A mi familia nuclear: Heidi, Ivar y Nils

La paz interior no existe.

Lo único que existe son los nervios

o la muerte.

Fran Lebowitz

Capítulo 1

Por la tarde, a esa hora del día en que ya ha abandonado todo intento de escribir, Knut se sienta a ver un vídeo de YouTube sobre el cáncer de testículo. Ha elegido ese vídeo porque el malestar que le transmite le recuerda el malestar y el esfuerzo de la escritura, y así siente que está haciendo algo productivo. Pero, justo cuando está a punto de explorarse en busca de algún bulto, suena el pitido que anuncia que ha recibido un correo electrónico.

«Invitación a mesa redonda», lee en el asunto; el emisor es el festival literario de Lillehammer.

«Vamos muy tarde, pero aun así esperamos que tengas el tiempo y la posibilidad de asistir. El tema de la mesa redonda es “La infidelidad en la vida y en la literatura”, y tú has tratado este tema en varios de tus libros. Además de la tarifa mínima que establece la Asociación de Escritores, cubrimos el viaje, el alojamiento y las dietas.»

Falta apenas una semana para que empiece el festival, así que seguramente será el sustituto de alguien. Algún escritor ha tenido que cancelar su presencia en el último momento, un truco al que Knut también recurría en su momento álgido. «Contad conmigo, asistiré encantado. Gracias por la invitación», solía responder entonces, para después, unos días más tarde, ponerse «muy enfermo». Porque en realidad nunca le había apetecido o porque prefería hacer otra cosa.

Pero hace mucho tiempo que a Knut no lo invitan a nada que después pueda cancelar. La última vez que se expuso ante un grupo de personas, si se puede decir así, fue cuando visitó una clase llena de jóvenes apáticos y desganados, en un instituto de las afueras de Oslo, en invierno.

En Lillehammer, en cambio, el público estará compuesto por

personas adultas que no solo estarán allí voluntariamente, sino que habrán pagado para entrar y puede que incluso hayan leído al menos uno de sus libros. Además, en Lillehammer también habrá un montón de comida y de bebida gratis, y Knut, que este año no ha recibido la beca y lleva los últimos meses sobreviviendo a base de pan tostado, huevos y sardinas en lata, se dispone a responder al correo incluso antes de haber terminado de leerlo.

«¡Gracias por la invitación! Me encantaría…»

Pero, entonces, vuelve a sentarse en la silla del escritorio. «Vamos a calmarnos un poquito», se dice.

Knut, que está a finales de su cincuentena, ha empezado a hablar consigo mismo como solía hacerlo con los ancianos de la residencia. «Vamos a levantarnos. Vamos a tomar un café. Vamos a calmarnos un poquito.»

Sigue leyendo el correo electrónico para enterarse de quién más va a participar en la mesa redonda. Después se queda un rato mirando por la ventana al cielo blanco y los árboles del patio, hasta que vuelve a concentrarse en el correo. Puede que lo haya leído mal, pero no. Ahí está el nombre de ella, claro y contundente. Ella es una de las tres personas que van a hablar sobre la infidelidad en la vida y en la literatura. Con todos los temas que había, piensa.

Y por si eso fuera poco, el tercer escritor de la mesa redonda es Terje, que está casado con la exmujer de Knut. Knut se va a la cocina y se sirve un vaso enorme de agua. Sabe que no es la primera opción; tampoco la segunda ni la tercera. Parece que a uno de los becarios se le ha ocurrido su nombre en el último momento. «¿Y el tío ese que escribió aquel libro? Sí, hombre, el que escribió sobre su divorcio.»

«Yo no he escrito sobre mi divorcio», dice Knut en voz alta. Coge aire por la nariz y lo expulsa por la boca, como ha aprendido en un vídeo de YouTube.

Se bebe el vaso de agua, lo deja en el fregadero y abre el cajón de las bolsas de plástico. El otoño pasado, cuando se abrieron las puertas de su infierno personal, empezó a ver vídeos cortos de

consejos y trucos para tener una vida mejor. Los vídeos en cuestión podían tratar toda clase de asuntos, desde ejercicios de respiración y clasificación de productos secos hasta cómo doblar la ropa y ordenar las cosas para que ocupen el menor espacio posible. Por ejemplo, aprendió a transformar las bolsas de plástico en pequeños y estéticos triángulos; a veces, abre el cajón solo para mirar las bolsas ordenadas en filas.

Pero hoy hacer eso no lo ayuda en nada, vuelve a cerrar el cajón y pasea sin rumbo por el piso.

¿No están puestos al día en Lillehammer? Y, sobre todo, ¿no leen libros?

De todas formas, puede que sea una buena señal que no aten cabos, porque ese era precisamente el objetivo de su táctica, consistente en no quejarse y en no dar explicaciones; que nadie se fije en su actuación, totalmente ficticia, en una historia supuestamente autobiográfica y basada en hechos reales; pergeñada, además, por la persona con la que Knut irá a sentarse en Lillehammer para hablar de la infidelidad en la vida y en la literatura.

Knut se ha detenido frente a la ventana del salón. En la calle, la gente va y viene. A menudo, cuando mira por la ventana, suele preguntarse adónde irá toda esa gente, qué será tan importante para ellos. Todo el mundo parece cargar con algo pesado. Tienen la cara fruncida por la preocupación y la concentración. Knut es una pieza más de esa maquinaria, como todos ellos, pero el viejo sentimiento de estar al margen de la humanidad ha ido apoderándose de él, y no consigue soltarlo. Es un estado de ánimo que se remonta a su infancia, un sentimiento que volvió a percibir el otoño pasado: la sensación de que el resto del mundo ha entendido algo que él no ha llegado a comprender del todo: que existe un secreto enorme y elemental ahí fuera que todos conocen menos él.

Últimamente se ha dado cuenta de que tiene que volver a salir al mundo. No hay otra. Tiene la cuenta vacía y ha empezado a usar la tarjeta de crédito.

Es cuestión de tiempo que llame a la residencia de ancianos y

diga que está disponible.

Después de cada ronda de guardias piensa: «Nunca más». Pero siempre vuelve. La última vez que trabajó allí fue el verano pasado y, como de costumbre, la mayoría de los residentes eran nuevos. Uno de ellos era un hombre con principios de demencia que solo tenía un año más que Knut. Hicieron bromas al respecto en la sala de descanso, como la de que pronto le tocaría a Knut que le cambiaran los pañales.

Knut se rio con ellos. Aunque, por las mañanas, cuando aseaba a los residentes, solía mirarse al espejo, mientras los ayudaba a vestirse, como para constatar silenciosamente lo que era evidente: la diferencia que había entre él mismo, erguido y vestido de blanco, y el ser gris y encorvado al que estaba atendiendo.

Pero una tarde del verano pasado, cuando corría por los pasillos como de costumbre, oyó una música. Se detuvo, porque era la misma música de los años setenta y ochenta que él solía escuchar, y cuando reparó en que provenía de la habitación del hombre con principios de demencia, Knut se dio cuenta por primera vez de que podría ser él mismo quien estuviera allí.

Se llevaba bien con ese hombre. En sus momentos de lucidez, hablaba con la misma soltura que cualquier otra persona. Para mantener la ilusión de que entre ellos no había diferencias, Knut le había hecho bromas diciendo que él, un escritor arruinado, envidiaba a la gente que recibía apoyo municipal y comida.

Por supuesto, no envidiaba de ninguna manera a ese tipo que por las noches paseaba confundido por los pasillos en busca de su antigua existencia. Tampoco lo consideraba como un igual, hasta el día en que caminando por el pasillo oyó, proveniente de la habitación de ese hombre, «Enjoy the Silence», de Depeche Mode.

Knut hizo las guardias que se había comprometido a hacer, pero desde entonces no ha vuelto a coger el teléfono cuando le llaman de la residencia.

Pronto tendrá que empezar a llamar él. Lo sabe desde mediados de marzo, cuando le quedó claro que no le iban a dar la beca. Pero

se resiste. Y gracias a los honorarios de Lillehammer puede esperar, al menos, una semana más. Además, en Lillehammer puede volver a sentir que forma parte de la escena cultural, entrar en el flujo creativo y, tal vez, recuperar las fuerzas para empezar a escribir de nuevo.

Pedirle a la editorial un anticipo por la publicación de un nuevo libro es su última esperanza. Sus libros, aunque ya no venden mucho, siempre termina comprándolos el Consejo de las Artes, con lo cual un nuevo libro puede ser una buena señal para los miembros del comité que otorga las becas: Knut A. Pettersen sigue activo, Knut A. Pettersen está operativo; aún no está demente; aún no ha muerto.

Normalmente, habría ido a ver a Frank en este momento, pero Frank, su vecino y amigo más cercano, está en uno de sus periodos de contacto con M, su amante intermitente, y, por lo tanto, no está disponible.

Knut vuelve a la cocina y se queda mirando el pequeño botellero. Cuando Frank retoma su relación secreta con M, un pakistaní casado y padre de tres hijos, siempre deja de beber y le da el botellero a Knut. Knut dice que se lo guarda hasta la próxima vez, y Frank siempre le contesta que no habrá una próxima vez, pero cuando M vuelve a Lørenskog con su familia —a la que, por cierto, nunca ha dejado—, Frank siempre se siente aliviado al recuperar su botellero, aunque rara vez quedan botellas en él.

La relación secreta y prohibida de Frank y M dura ya varios años y hace tiempo que ha encontrado su ritmo: dos-tres semanas sí, tres-cuatro semanas no. Y como solo ha pasado una semana desde que volvieron, Knut no puede contar con Frank hasta dentro de una semana o dos.

Knut piensa en abrir una botella, pero no le gusta beber solo. Cuando lo hace, siempre acaba metiéndose en algún lío: o bien se pone a discutir en Facebook, o bien escribe a alguien a quien no debería escribir.

Hace un año que Hanne —y Selma, su hija pequeña— se fueron de casa, y cuando se fueron Knut se juró a sí mismo que nunca

volvería a vivir con ningún ser humano. Y cada vez que oye a su vecino de arriba arrastrar a su viejo y gordo golden retriever piensa: «Tampoco con ningún animal».

Mira hacia el patio buscando algo en que fijar la vista, pero lo único que ve es una urraca posada en un árbol, que le devuelve la mirada.

Desde el otoño, prácticamente no ha salido de casa, salvo para ir a ver a Frank.

«¿Es esto todo lo que me queda? —ha empezado a preguntarse últimamente—: ¿vivir una vida tranquila, cada vez más inmóvil?; en el mejor de los casos, ¿acabar como el viejo del perro y, en el peor, demente en una residencia?»

Desde el otoño es como si cada día que pasa fuera perdiendo algo de su antigua tolerancia. Ha empezado a molestarle el aspecto y el comportamiento de la gente, a tal punto que se lo piensa dos veces antes de salir a la calle. Por ejemplo, le pone de los nervios que la gente camine tan despacio por la acera. ¿Siempre ha sido así? También que haya grupos de cuatro personas que se niegan a dejar pasar a los otros transeúntes (a Knut mismo), que se ven obligados a bajar a la calzada.

Al parecer se está haciendo mayor. Puede que sea una cuestión hormonal. Pero ¿por qué la gente va en grupos de cuatro, bloqueando la acera? Y ¿por qué hay personas adultas que llevan pantalones con agujeros hechos a propósito? No pantalones con rotos normales y naturales, fruto del uso y los lavados, como en los años ochenta, cuando Knut era joven, sino con rotos cuadrados, hechos adrede, con tijeras. Y, sobre todo, ¿por qué la gente ya no se viste como antes y sale a lugares públicos con ropa que parece un pijama? Esas preguntas se convierten en un callejón sin salida en el que Knut acaba varias veces al día. Todo lo que piensa actualmente acaba convirtiéndose en un callejón sin salida, y en ellos zumba como una abeja furiosa.

Al final, Knut abre una botella de vino tinto. Para vengarse de Frank y de su pijería, coge el vaso en el que acaba de beber agua y lo llena hasta el borde. Se bebe el vino en cuatro o cinco tragos,

como si ese tinto tan caro fuera un medicamento cualquiera que tuviera que tomarse de golpe. Después vuelve a llenar el vaso y se termina la botella.

Desde que Hanne y Selma se fueron, Frank es su único contacto con el mundo exterior. Knut sospecha que su amistad se basa en la pereza, ya que Frank vive a tres pasos de distancia, y cada vez que vuelve a su relación secreta, Knut piensa que debería retomar viejos contactos para tener a alguien a quien recurrir la próxima vez que Frank desaparezca. Pero antes de que consiga ponerse en contacto con alguien, su vecino ya vuelve a estar disponible.

Podría salir, simplemente salir de casa como una persona normal, y sentarse en una cafetería o en un pub. Ponerse a hablar con personas al azar, ser él mismo una persona normal y corriente en el espacio público. Varios de los colegas escritores de Knut suelen sentarse en bares y pubs para inspirarse. Al menos eso es lo que dicen en las entrevistas. Pero uno nunca sabe a quién se va a encontrar, y al final está ahí sentado, preso en una trampa. Cuando alguien te atrapa, es difícil liberarse. Y lo único de lo que Knut quiere hablar últimamente es de lo único de lo que no puede hablar, como si el mundo exterior fuera un globo gigante lleno de mierda que puede explotar si hace un movimiento en falso.

Con el vaso en la mano, sale al rellano y llama a la puerta de Frank, pero, por supuesto, nadie le abre. Cuando Frank está con M, es como si lo hubiera captado una secta. Es imposible hablar con él, es imposible relacionarse con él.

Knut se sienta frente al portátil y busca quién más va a asistir al festival de Lillehammer. Ha formado parte de la escena cultural noruega durante décadas y ve nombres y caras conocidas por todas partes.

¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí? Debe de haber sido cuando salió su último libro, hace ya casi siete años. Recibió una acogida tibia, como los dos anteriores, que también habían salido después de El Famoso Libro.

El Famoso Libro —que no se llama El Famoso Libro, aunque Knut lo llame así— fue el tercero que publicó. Salió hace más de

veinte años y fue todo un éxito. El libro se vendió tan bien que Knut pudo dejar su trabajo a media jornada como corrector en un periódico y comprarse este piso al contado, por lo que no tiene deudas.

En el programa del festival pone que Lene, su exmujer, va a leer fragmentos de su último libro en un acto en el parque. Aparte de Frank, Lene es la única persona con la que Knut se imagina teniendo una conversación ahora mismo. El problema es que no es fácil encontrarla a solas. Cuando la llama, Terje —a quien Knut todavía considera el nuevo marido de Lene, a pesar de que llevan más de diez años casados— siempre está cerca y por lo tanto solo pueden hablar de cosas que tengan que ver con Lukas, su hijo, y de la forma más neutra e inofensiva posible.

En otoño, Frank también estaba con M, y Knut, desesperado por hablar con alguien en quien pudiera confiar, se paseó por el barrio en el que Lene tenía su oficina compartida, y cuando se la encontró al tercer intento, fingió que había sido casual. La invitó a ir a un pub y, después de un par de cervezas, le contó toda la historia. Al principio lo mencionó de pasada, mientras hablaban de otra cosa. «Bueno, por cierto, ¿has leído el último libro de […]? Ha escrito una historia loquísima sobre mí.» Y después sacudió la cabeza y sonrió como si estuviera por encima de todo eso. «Never complain…» Entonces Lene, que no había leído el libro todavía, le preguntó e indagó, como él esperaba que hiciera, y se indignó, como él también esperaba, mientras Knut la miraba con lágrimas en los ojos.

Tienes que hacer algo, dijo Lene. No puedes dejar que te haga eso. ¿Y qué puedo hacer?, preguntó Knut. Haga lo que haga, solo puedo empeorar las cosas. Ella venderá más libros y a mí se me percibirá como un agresor por los siglos de los siglos. Eso es lo que ocurrirá.

Estás en las antípodas de cualquier agresor, le aseguró Lene.

¿Te importa no comentarle nada de esto a Terje?, le pidió Knut cuando se despidieron. Lene le prometió que no le diría nada, pero con las parejas nunca se sabe. Y ahora va a compartir escenario con Terje y La Escritora de la Realidad, como él la llama.

Pero ¿debería hacerlo? También podría no contestar. Otro de los trucos que usaba antes: no contestar.

Knut está perdido. Necesita a alguien que sepa escuchar. En casa de Frank puede dar largos discursos mientras Frank, que es diseñador gráfico y trabaja en casa, se sienta frente al ordenador y hace páginas web, carteles y cubiertas de libros.

Le habría gustado ir a verlo y volver a contarle su versión de los hechos, volver a cantar la misma canción que lleva cantando todo el invierno, y lo que pasó en cierta reunión de los miembros de la Asociación de Escritores de Noruega hace exactamente dos años y medio.

Y dejar claro lo que de verdad sucedió. Lo contrario de lo que pone en el libro de La Escritora de la Realidad, libro que, según la escritora ha declarado, describe la realidad misma, tal cual es. Pero ¿cómo es posible afirmar que uno describe la realidad y, a la vez, inventar puras mentiras sobre la gente? ¿Y hacerlo con su nombre completo, además? Para hablar de otras personas, ha usado seudónimos. Ha usado seudónimos incluso para sus propios hijos.

«Mi nombre, en cambio, lo ha escrito con todas las letras, con apellido y todo. Como si yo no tuviera sentimientos. Como si fuera un monigote de cartón, un bufón, alguien a quien se le puede hacer de todo de manera impune.»

Knut está sentado frente a su escritorio y murmura solo.

Últimamente ha pensado menos en esta historia. Le viene a la mente unas veinte o treinta veces al día, en lugar de cientos. Pero ahora ha vuelto, y con fuerza.

Hasta el momento, este viernes ha consistido en hacer café, abrir y cerrar las ventanas, buscarse a sí mismo en Google, enfadarse por un artículo sobre algo que ha olvidado, ponerse al día de una discusión en Facebook que también ha olvidado, comer pan tostado y tomar más café, y después el miedo al cáncer, porque por la tarde llega, sigilosa, la versión diurna de la frase que lo despierta cada noche a las tres de la madrugada: «Estamos solos aquí y pronto acabará todo».

Antes era capaz de sacar algo de ese tipo de frases que se le enganchan al cerebro —muchos de sus libros han empezado de esa manera—, pero ahora solo le quitan el sueño.

No ha hecho nada tangible este día aparte de echarse a llorar, algo que ocurrió a mediodía, cuando se topó con el vídeo de un perro con tres patas. Los andares renqueantes de ese perro hicieron que se le cayeran las lágrimas, y ese sentimiento, al igual que el vídeo sobre el cáncer testicular, le hizo pensar en el trabajo, tal vez porque sentarse frente a la pantalla y llorar y que las lágrimas le caigan sobre el teclado es algo que Knut ha leído que hacen muchos de sus colegas masculinos durante el proceso de escritura.

El vaso está casi vacío. Se ha bebido la botella entera en muy poco tiempo, pero no nota nada, salvo que se le han dormido las piernas.

Se va a la cocina y piensa si debería abrir otra botella. Entonces oye unos ruidos provenientes de la cocina de Frank, que comparte pared con la suya. Hay tanto silencio en el edificio que puede oír a Frank suspirar, algo que está haciendo ahora, y Knut se queda quieto escuchando esos suspiros y los pasitos de Frank, y sonríe, porque sabe lo que significan.

La relación entre Frank y M termina y vuelve a empezar de nuevo en intervalos cada vez más cortos. La última vez solo pasaron diez días, y ahora no ha pasado más de una semana. A Frank a veces no le da tiempo a comprar muchas botellas antes de que la relación vuelva a estar en marcha, y a Knut no le da tiempo a bebérselas antes de que acabe de nuevo.

Ahora quedan cinco botellas enteras en el botellero, que Knut saca al descansillo.

Llama a la puerta, pero Frank sigue sin abrir.

—Hola —exclama Knut por la ranura para el correo—. Sé que estás ahí.

No hay reacción. Pero como no le apetece nada volver a llevarse el botellero, Knut se sienta en el felpudo, con la espalda apoyada en

la puerta del piso de Frank.

La última vez que Knut tuvo algo parecido a una vida social fue cuando Hanne y Selma aún vivían con él. En ese momento había un flujo constante de cenas y fiestas, pero todos los asistentes debían de ser solo amigos de Hanne, porque desaparecieron con ella. Knut ha entrado en Facebook para intentar recordar a quién conoce, antiguas amistades de antes de Hanne, pero por ahora no ha encontrado a nadie con quien le apetezca quedar. Se conforma con poner un pulgar hacia arriba o una carita enfadada o llorosa como reacción a lo que ha puesto tal o cual persona. A un par de esas personas ha intentado escribirles un mensaje privado, pero luego le pasa lo mismo que le pasa cuando intenta escribir un texto literario: escribe y tacha, edita y corrige y cambia y enseguida todo desaparece de sus manos. Últimamente es como si todo lo que escribe se volviera mentira en cuanto lo teclea y aparece en la pantalla. Como si estuviera perdiendo el lenguaje.

Recuerda que antes, al menos hasta el otoño pasado, se movía por el mundo y se expresaba y escribía, o sea, que tenía algo que decir, aunque no recuerda qué era eso tan importante que debía expresar todo el rato; tampoco encuentra el camino que lo conduzca hacia esa implicación que ha quedado en el pasado, tanto la necesidad de comunicarse como la necesidad de moverse por el mundo.

—Me han invitado al festival de Lillehammer —dice por el buzón—. ¿Y a que no sabes con quién voy a compartir escenario?

Por fin sale Frank al descansillo. Knut solo le ve las piernas; lleva, como siempre, pantalones de traje planchados con raya. A pesar de que trabaja en casa, Frank siempre lleva pantalones de traje y camisa blanca, nunca vaqueros ni camiseta. Además tiene el abdomen plano y duro, y los músculos del brazo se le marcan por debajo de la camisa blanca. Knut suele intentar imaginarse cómo será ser gay. Tal vez las cosas serían más fáciles si él lo fuera, suele decirle a Frank para animarlo. Las mujeres son muy complicadas. Ya encontrarías otra cosa por la que quejarte, suele responderle Frank.

—¿Con quién vas a compartir escenario?

—Déjame entrar.

—No. M me ha vuelto a bloquear y no estoy para nadie. Marchaos todos.

—Te vendría bien una copa. Tengo aquí tu botellero. Todavía quedan un montón de botellas. Esta vez ha sido rápido, más rápido que de costumbre.

Frank no responde, pero se queda allí de pie y Knut vuelve a intentarlo.

—Vale, te ha bloqueado. Este jueves ya estará de vuelta. O el que viene.

—¿Con quién vas a compartir escenario?

—Voy a compartir escenario con…

Knut no es capaz de pronunciar su nombre.

Frank se acerca unos pasos.

—¿La que escribió sobre ti?

—Sí.

Frank abre la puerta por fin.

—Cinco minutos. Y luego te piras.

Capítulo 2

—Bueno, eso tengo que verlo con mis propios ojos.

Frank está sentado en la butaca y Knut en el sofá. Se han bebido media botella de Barolo.

—¿Quieres venir a Lillehammer?

Frank, que ya está de mejor humor, se ríe.

—Sí, no me lo puedo perder.

—Pero si ni siquiera sé si voy a ir yo. Todavía no lo he decidido. Además, soy la última opción.

—¿Y eso qué más da? Lo importante es que te han invitado. Vas, subes al escenario y hablas de tus cosas…, y además, ¿cuánto te pagan?

—Cinco mil coronas.

Frank se vuelve a reír.

—Joder. Menudos sinvergüenzas estáis hechos.

Ese es uno de los temas recurrentes de Frank: la escena cultural noruega y todo lo que se cuece en ella. Él representa al Pueblo y al Hombre de a pie, y Knut siempre le recuerda que ahí está, sentado con su ropa de marca y sus botellas de Barolo, y que, si quisiera, podría llevarse el portátil a Tailandia y trabajar desde allí, y entonces es cuando Frank le dice a Knut que él también podría y que, además, lo de la ropa de marca y el buen vino es una cuestión de prioridades, porque no tiene coche y solo come dos veces al día y ninguna de las dos come carne, a lo que Knut responde que él solo come pan tostado y sardinas en lata, que nunca ha tenido coche y que lo de decir que es cuestión de prioridades es muy de ricos, y la

respuesta de Frank es que Knut es pobre porque quiere, que podría ponerse a trabajar, como hace todo el mundo. «Podrías llamar a la residencia, por ejemplo.» «Pero si me pongo a trabajar allí ya no tendré fuerzas para escribir», replica Knut, y Frank zanja la conversación con «¿Escribir? Pero ¡si nunca escribes!».

—No sé si podré soportar verle la cara a esa tía —dice Knut—. No sé lo que haría llegado el momento. No me fío de mí mismo.

—Pero entonces gana ella. Y así se confirma su versión, porque tu ausencia podría dar a entender que te avergüenzas, es decir, que es cierto lo que ha escrito.

—Pero si voy podría dar a entender que soy el capullo desconsiderado que ella dice que soy. Alguien sin perspectiva que piensa que todo está bien.

—También puedes fingir que no has leído el libro, como sueles hacer cuando un libro no te gusta.

—¿Y se lo creería alguien? Todo el mundo ha leído sus libros. Hasta tú los has leído. Aunque solo escriba cotilleos sobre la escena cultural, al menos ha conseguido que la gente vuelva a leer. Eso hay que reconocérselo.

Frank no responde; tiene las mejillas rojas y no para de soltar risitas. Knut quiere irse a casa, pero se imagina dando vueltas de nuevo solo en su piso y se queda sentado.

—A lo mejor me invitan precisamente porque quieren una pelea. A lo mejor saben perfectamente lo que están haciendo. Menudos cabrones sedientos de sangre.

—Probablemente sea así —asiente Frank—. Es increíble la capacidad que tiene esa mujer para hacer saltar y bailar a todo el mundo en público.

—¿Increíble? Esa mentirosa no va a impedir que me mueva con libertad. Pues claro que voy a ir, joder.

—¿Y qué vas a decir cuando estés ahí sentado? —se ríe Frank—. Si el tema es…, ¿cómo has dicho que era? ¿La infidelidad en la vida

y en la literatura?

—He participado en un montón de mesas redondas de ese tipo y se puede salir airoso sin decir nada en absoluto. Basta con poner el piloto automático, soltar tópicos y obviedades y dejar hablar a los demás.

—¡Brindemos por ello!

Knut levanta la copa.

—Y ya verás como M no tardará en volver.

—No, no creo.

—Eso es lo que dices siempre.

—No, esta vez se ha terminado de verdad. Ya no hay nada que hacer.

—Eso también lo dices siempre. Con las mismas palabras.

—Lo espantaste tú. No se puede ir hurgando en la vida de los demás impunemente.

—Lo habéis dejado y habéis vuelto un montón de veces desde entonces; ese argumento ya no sirve. Y lo único que hice fue intentar escribir sobre él en un libro que al final quedó en nada. Igual que el resto de mis intentos de los últimos años. ¿No te acuerdas? Y lo que acaba de pasar ya os pasaba mucho antes de que yo…

—Escribe sobre divorcios e infidelidades, como sueles hacer. Escribe sobre infidelidades entre personas de mediana edad y de clase media. Escribe sobre lo que quieras, pero invéntalo tú mismo. Tú que estás tan en contra de la literatura basada en hechos reales deberías ser más sensato.

—Yo respeté el anonimato de todos los implicados.

—Cállate.

Frank resopla. Está sentado en una butaca diez veces más cara que cualquier mueble que haya tenido Knut en toda su vida. Está bien afeitado y se ha hecho algo en el pelo para que le quede perfecto. Knut tiene el pelo rubio oscuro y cada vez más cano y de punta, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Debería ir a la peluquería, ahora que va a estar rodeado de gente. En el barrio de Grønland hay un sitio donde te cortan el pelo por cien coronas. Knut se mira. Tiene en la camiseta una mancha amarilla de los dos huevos duros que se comió al mediodía, porque, si bien en algunos aspectos es cuidadoso y pedante, con su obsesión por ordenar y clasificar, en otros es totalmente descuidado. Además, como ya no vive con nadie, tampoco se siente obligado a asearse a diario. Es alto y desgarbado, pero últimamente ha empezado a echar barriga. Le asoma un michelín por encima de sus Levis 501 de la talla 34, la misma que lleva desde que se compró su primer par a los dieciséis años. Tal vez debería seguir el ejemplo de Frank y empezar a ayunar. El problema es que, al igual que lavar la ropa o ducharse, ayunar es aburrido y doloroso; lo sabe, aunque nunca lo ha intentado. Cada vez que abre el grifo de la ducha o baja al sótano a meter la ropa en la vieja lavadora comunitaria que solo usa él —los demás vecinos se han instalado una en el baño— se pregunta: «¿Cuál es la gracia de hacer esto si voy a tener que volver a hacerlo mañana o dentro de unos días?». Tiene que controlarse para evitar este tipo de pensamientos intrusivos que impregnan todo lo que hace, como le ocurre desde que salió el libro de la Escritora de la Realidad el pasado otoño.

Pero lo hace lo mejor que puede. Se lava y camina erguido y procura acabar las frases al hablar. «Ponte recto —se dice a sí mismo cada mañana cuando se despierta y la pesadumbre habitual se dispone a asfixiarlo—. Ponte recto.»

En esos momentos es importante encender la cafetera y tener a mano todo lo necesario. En un recipiente colgado de la pared están los filtros de café, y en la encimera está la caja del café sueco tan bueno del que compró treinta kilos cuando estaba en oferta. Según sus cálculos, le dará tiempo a terminárselo antes de que caduque. Este tipo de tareas y recados pueden llevarle un día entero. Compra café barato, pan tostado y queso, y una vez en casa lo coloca todo en su sitio —«un sitio para todo y todo en su sitio»—. Cuando por

fin se dispone a sentarse para hacer algo, está tan agotado del ruido exterior, de las caras y los edificios y los coches, que tiene que tumbarse un rato, solo para descansar la vista, relajar sus viejos y rígidos músculos, pero cuando se despierta dos horas después ya es demasiado tarde para hacer algo razonable, así que suele salir al descansillo y llamar a la puerta de Frank.

Frank abre otra botella y Knut habla de la persona con la que se va a encontrar en Lillehammer. Le cuenta esa vieja historia que Fran ha oído miles de veces y, por eso mismo, Frank cierra los ojos, y seguro que también los oídos, y aun así Knut sigue hablando, porque ni quiere ni puede parar. Son un par de viejos, cada uno con su cantinela, y a los dos les produce cierto alivio hablar del mismo tema una y otra vez.

La cantinela de Frank tiene que ver con M, con si debería «dejar esta tontería de una vez», o si M debería dejar a su mujer, que al mismo tiempo es su prima, y a sus padres, que también viven con él, y a sus tres hijos. M tiene que dejar a todas esas personas por Frank y mudarse a su apartamento de dos habitaciones. De lo contrario «no habrá una próxima vez, te lo juro por mi vida», exclama Frank, y Knut responde «AMÉN, brindo por ello», pero los dos saben que no va a ocurrir nada de eso. Lo que ocurrirá es que Frank y M seguirán con su relación secreta e intermitente, de la que M se arrepiente periódicamente o de la que Frank se retira para obligar a M a tomar una decisión, o sea, para arrastrar a M «fuera del armario», lo cual solo sirve para que M sienta más pánico y rechazo…, y así sucesivamente. Frank ha intentado superar su obsesión de muchas maneras, entre ellas la hipnosis, para poder mantenerse firme la próxima vez que M le mande un mensaje en mitad de la noche desde la cama de matrimonio en la que yace despierto junto a su prima en la casa en la que vive con toda su familia, en Lørenskog, pero no hay manera.

Frank, que tantas veces se había quejado a Knut del aburguesamiento de la comunidad gay, que se incrementó especialmente al legalizarse el matrimonio —«esa obsesión por las casas adosadas», como él lo llama—, ese mismo Frank ahora está obsesionado con casarse e irse a vivir a un adosado. O a un piso,

una cabaña, una tienda de campaña, lo que sea. Quiere conocer a los padres de M, incluso quiere tener hijos, y cuando Frank empieza con esto, a Knut le cuesta mantenerse serio, porque sabe que la aureola de prohibición y secretismo que rodea a M es precisamente lo que despierta el deseo de Frank.

A altas horas de la noche, Frank reconoce que echa de menos el dramatismo y la compañía y todos los sentimientos intensos de los viejos tiempos. Una vez se le escapó incluso que echaba de menos el sida, pero, en primer lugar, estaba borracho, y en segundo lugar, lo retiró de inmediato. Tal vez lo que eche de menos sean los entierros infinitamente tristes, pero infinitamente bellos, añadió Frank, y se echó a llorar. Puede que simplemente te estés haciendo viejo, dijo Knut. Puede que lo que eches de menos sea tu propia juventud. O puede que solo esté borracho, dijo Frank.

Knut se sirve más vino. La copa de Frank sigue llena.

—Lo que no entiendo es que usara mi nombre. Vale, ha escrito lo que ha escrito, ¿pero que la editorial lo dejara pasar? Eso es lo que no entiendo.

Y Frank deja hablar a Knut. Casi siempre es Knut el que habla. A veces Knut está tirado en el sofá de Frank sin decir nada y de pronto se levanta y se va a su casa a escribir una frase que acaba de ocurrírsele. O se queda tumbado en el sofá de Frank y toma notas en el móvil. Una vez se quedó varias horas allí escribiendo y después le dolían las manos.

Lo más lógico habría sido irse a casa, sentarse frente al escritorio y escribir de manera normal, en el portátil, algo que a todas luces es más práctico y sensato que quedarse tirado en el sofá de Frank, apuntando cosas en la pantallita del iPhone, un iPhone que, por cierto, ha heredado de Frank, igual que un traje y varias camisas y un montón de cosas más. Pero si se va a su casa, los escasos segundos que tarda en llegar bastan para que olvide lo que quería escribir, y, lo que es más importante, si se sienta frente al escritorio, su sistema nervioso, o el cerebro o los intestinos o lo que sea que tenga la última palabra, descubre lo que está haciendo y enseguida pone freno a todas sus tentativas de vivir una vida saludable y productiva.

Si, por el contrario, se queda tirado en el sofá de Frank y se conforma con escribir en la aplicación de notas del móvil en la que normalmente solo apunta la lista de la compra, al menos escribe varias páginas antes de que su sistema nervioso/subconsciente/intestinos se percaten de lo que está pasando.

A veces, sentado en el escritorio en pleno día, hace como que se ha rendido. Se sienta en el sofá y enciende la tele. Se ha llevado el portátil por casualidad, «por si acaso se me ocurre algo que tenga que comprar», piensa piadosamente, y resulta que al final acaba escribiendo varias páginas a toda velocidad antes de que el mal de ojo lo detecte y pierda la concentración de repente.

—Ha escrito sobre mí con mi nombre completo, tal y como sale en el registro —repite Knut, y Frank, que tiene que entregar un trabajo al día siguiente y está sentado frente al escritorio, asiente obedientemente con la cabeza—. No me avisó de antemano y no me dejó leer el manuscrito; se inventó su versión en un noventa y nueve coma noventa y nueve por ciento.

Frank mira la pantalla y mueve el ratón. Está diseñando una web para una compañía de danza.

—¿No ha escrito también sobre mucha otra gente?

—Ha escrito «todo sobre todo el mundo», como la muy mentirosa afirma, por lo tanto no hay nada que objetar. «En realidad son novelas», responde con condescendencia cuando alguien le pregunta por qué le resulta raro que las personas reaccionen negativamente al hecho de que escriba sobre ellas o cite mensajes privados. Son cosas que ella adapta «para que encajen en la historia». —Knut hunde el dedo índice en el cojín a cada palabra —. «Son novelas», afirma entonces. «Arte.» «Despiadada con sus más allegados, pero sobre todo consigo misma», han llegado a escribir sobre ella.

Frank no responde; y tampoco hay nada que responder. Mientras Frank trabaja, Knut se tumba en el sofá, cierra los ojos e intenta pensar en otra cosa. Un intento que conduce a lo contrario, porque enseguida todos sus pensamientos giran en torno a esa mujer con la que pronto se sentará en un escenario en el mayor festival literario

de Noruega.

Ha escrito cinco libros hasta la fecha, y cada nuevo libro que publica causa sensación en el mundo cultural. Todos quieren saber si ha escrito algo sobre ellos y, en caso afirmativo, de qué se trata. Los tres últimos se refieren principalmente a personas que se han quejado de algo que ha escrito en los dos primeros. Así ha ido creando su propia «verdad», de la que cada libro es una nueva entrega, y lo último que quiere Knut es contribuir al negocio. Por eso guarda silencio, cosa que ha hecho desde el día en que, por consejo de un colega al que íntimamente llama Caragrande, uno de los muchos cotillas de la escena cultural, se compró y leyó el último libro.

«¿Has leído el último libro de… ?», le preguntó Caragrande, y como Caragrande podía ver si Knut había visto el mensaje (Knut no sabía cómo se desactivaba esa función), Knut le respondió con un signo de interrogación, a lo que Caragrande contestó con una referencia velada y un jeroglífico que representaba risa, enfado y un mono que se tapa la boca. Por desgracia, Knut tuvo que comprarse el libro porque había más de quinientas personas en la lista de espera de la biblioteca. Se hizo con la edición digital, de modo que al menos el libro permanecía oculto en el lector electrónico y no lo miraba burlonamente desde la estantería, y podría por fin leer sobre su persona o, mejor dicho, leer esa historia inventada sobre su persona.

Después llamó a toda la gente que recordaba que había estado allí esa noche. Al principio estaba tan paranoico que se aseguró de no escribir a nadie, y ahora se alegra de haber tomado esa decisión. «Tú viste que se sentó en mi regazo y me tiró del cuello de la camisa —dijo—. Viste que fue ella la que se acercó a mí, ¿no? Que fue ella quien me invitó a una cerveza, quien tomó la iniciativa.» Llegados a ese punto, Knut ya se odiaba a sí mismo. Odiaba verse obligado a rebajarse a ese nivel tan pueril del quién le dijo qué a quién, pero ella le inspiraba un odio mayor porque lo había obligado a llamar a todo el mundo y a lamentarse de esa manera, a comportarse exactamente como ella lo había descrito, ya que a las personas a las que alcanzó a llamar —antes de darse cuenta de que le convenía quedarse tranquilito y no hablar con nadie— les soltó la misma frase, «fue ella la que empezó», y reparó demasiado tarde

en que esas son precisamente las palabras que emplean los agresores, incluso los pederastas: «Fue la niña quien tomó la iniciativa, fue ella la que empezó».

No, nadie se había fijado en que ella se había sentado en su regazo. Estaban borrachos, era imposible saberlo. Estaba oscuro, y la música sonaba a todo volumen. Además, una historia siempre tiene dos versiones. La gente con la que habló —y son personas que no suelen tener dificultades a la hora de expresarse— fue extrañamente ambigua y cautelosa y uno de ellos directamente le dijo que no quería «estar en el lado equivocado».

En el libro ella escribe, en suma, que «el mismísimo Knut A. Pettersen» —por qué no poner también su número de identificación fiscal y su grupo sanguíneo— se acercó a ella con una cerveza, bailaron y «Knut A. Pettersen» la arrastró a una esquina y, una vez allí, «Knut A. Pettersen» le frotó su miembro erecto contra el muslo y después le agarró el culo, y a ella le había costado muchísimo escapar.

En el libro, Knut es un escritor mayor desvergonzado y cachondo y la narradora es una joven y tímida escritora que acaba de ser aceptada en la Asociación de Escritores de Noruega y tiembla ante la perspectiva de «conocer a todos sus modelos e ídolos».

«Me daba miedo rechazarlo, y por eso le seguí la corriente. Nadie que nos viera podría sospechar que yo no me estaba divirtiendo. Pero por dentro estaba temblando. Y cuando volví a casa y quise contarle a mi marido lo que había pasado, me eché a llorar y no fui capaz de decir ni una sola palabra.»

A pesar de que estaba solo en su casa, la primera vez que Knut leyó ese pasaje, miró a su alrededor y dijo en voz alta: «¡Pero qué estupidez!».

En ese momento, la vida de Frank giraba en torno a M y, durante varios días, antes de estar lo suficientemente entero para recurrir a Lene, Knut se había dedicado a pasear inquieto por el piso, sin atreverse a salir a la calle. Había sobrevivido a base de avena, pan tostado y lo que tenía en el congelador, y por las noches solo podía dormir un par de horas seguidas y no dejaba de darle

vueltas a ese episodio, no «tal y como él lo había vivido», sino tal y como era, joder.

Porque fue ella quien se había acercado a Knut.

Fue ella la que le llevó una cerveza a él. Eso fue lo que ocurrió en realidad. Y eso no era todo, porque después se le sentó encima y lo agarró del cuello de la camisa y simuló por diversión que lo ahogaba con las manos. Parecía no tener límite y estar dispuesta a todo. La primera reacción de Knut fue una combinación de miedo y excitación y, por supuesto, tuvo una erección involuntaria, y cuando ella se dio cuenta, se incorporó de una manera un tanto exagerada, como si estuviera burlándose del miedo y el asco de las mujeres por algo tan inocente como una polla dura. Se llevó la mano a la boca y cerró los ojos; Knut lo recuerda como si fuese ayer. Y a ella le entró tanta risa que tuvo que apoyarse en él.

Lo que pasó a continuación no está tan claro. Pero él recuerda que bailaron, y que en un momento dado ella le frotó la mejilla contra la barba de tres días y dijo «Ay, qué gusto da rascarse contigo». A él le había gustado que se frotara contra él como un gato mimoso y un poco agresivo. Él lo recuerda como si estuvieran desafiándose mutuamente, y que era ella quien llevaba la voz cantante y él quien la seguía, no solo porque estaba más desinhibida, sino porque él debía tener cuidado, como si fueran dos perros de tamaño y rango distintos, que efectivamente lo eran, pues ella era más joven y menuda que él.

Él estaba tan seguro de que iba a pasar algo entre ellos que se preguntó varias veces: «¿De verdad quiero que pase esto? ¿No está casada? ¿Y qué pasa con los libros que escribe?».

No le preocupaba especialmente que fuera a escribir sobre él en uno de sus libros supuestamente autobiográficos. Ya entonces sabía que se inventaba cosas basándose en la «realidad»; se lo habían dicho varias fuentes. Y en el caso de que acabaran yéndose a la cama, él no saldría en su siguiente libro, porque a lo largo de los años ha estado con este y con aquel y con el de más allá, pero —para preservar su matrimonio, no tiene ningún misterio— ha convertido esas aventuras en inocentes fantasías. Es decir, que reproduce sus escarceos extramatrimoniales con todo lujo de

detalles, pero como algo con lo que fantasea. En cambio, la noche relativamente inocente que pasó con Knut la ha convertido en una agresión.

La reunión anual de la Asociación de Escritores siempre se celebra en el hotel Bristol de Oslo, y a todos los miembros, incluidos los que viven en Oslo, les pagan la habitación si lo desean. De ahí que, mientras bailaban y ella se frotaba contra él, Knut se planteara a qué habitación irían. La de ella, porque así podría marcharse luego. No quería arriesgarse a despertar junto a una mujer más joven a plena luz del día, y de nuevo se preguntó: «¿De verdad quieres que pase esto? Recuerda que está casada y que estas cosas siempre tienen consecuencias. Pase lo que pase, será incómodo». Pero como estaba borracho se dejó llevar y fue pasando la noche.

Precisamente esos pensamientos que recuerda tan nítidamente demuestran que La Escritora de la Realidad miente y la versión de Knut es la verdadera, porque es típico de él no parar de darle vueltas a los acontecimientos, mucho antes de que sucedan.

Pero hay una parte de su versión que es cierta, y por desgracia él también la recuerda perfectamente. Él le pasó la mano por la espalda y después —por qué no se contendría— le agarró el culo con sus enormes y huesudos dedos.

Estaba completamente seguro —«completamente seguro»— de que ese era el desarrollo natural del asunto porque ya había llegado su turno de hacer algo, ya que hasta ese momento era ella quien había tomado la iniciativa.

Así que cuando ella lo empujó de repente, él no pudo reaccionar. Se quedó plantado en medio de la pista de baile. Qué estaba pasando, qué había dicho, «no pasa nada», dijo ella, pero acto seguido se fue y él ya no volvió a verla.

Con el tiempo había logrado archivar ese incidente como una de las muchas historias bochornosas en las que tenía que evitar pensar cuando se despertaba en mitad de la noche.

Hasta este otoño, cuando leyó su nombre y su apellido en el último libro de ella.

El problema es que las dos cosas, tanto la erección como que le agarrara el culo, habían ocurrido de verdad. Pero no tal y como ella las había contado. En el libro, ella se presenta como una insegura y joven admiradora que hace todo lo posible por reírse del comportamiento inapropiado y los chistes malos de un hombre mayor y famoso, pero la risa «se me quedaba atascada en la garganta».

Tenía miedo de las consecuencias que comportaría «rechazar a ese escritor célebre y prestigioso —escribe—. No solo de las consecuencias en mi vida personal, sino sobre todo en mi carrera como escritora».

¿Consecuencias? ¿Qué tipo de consecuencias?

Como si Knut, ese idiota, el escritor fracasado que lleva miles de años sin escribir ni publicar nada de valor, se fuera a poner a llamar a la gente para decir… ¿exactamente qué? ¿Y a quién?

Pero al parecer basta con usar palabras como «prestigioso», «célebre» y «consecuencias» para que todo el mundo desarrolle esa fantasía y llegue a la conclusión de que aquí tenemos a otro viejo cabrón cachondo, prepotente, egocéntrico y, sobre todo, poderoso, que monta en cólera si no consigue lo que quiere.

En el libro, Knut la observa desde el otro lado de la sala. Se acerca, huele a sudor y a alcohol, y ella tiene miedo de no ser lo suficientemente buena, lo suficientemente divertida, y después, miedo a rechazarlo, miedo a decir que no, y «enseguida las manos de él están por todas partes y presiona el miembro erecto contra mi muslo».

«El miembro erecto.» En el libro usa palabras y expresiones como si ya estuviera declarando ante un tribunal.

Escribe que, mientras hablan, Knut va intercambiando miradas cómplices con otros escritores que, según ella, estaban junto a la barra comentando la jugada. Knut le da a entender que es un miembro veterano de una hermandad antigua, una especie de orden masónica.

Una cosa es que él, por decirlo sutilmente, no se reconozca en esa descripción. Y otra cosa, que no la reconozca a ella.

En el libro, ella es pasiva y está confundida y se limita a responder a las preguntas y avances de él. Intenta rechazarlo con una sonrisa, habla con prudencia y voz apagada, y no lo mira a los ojos. Incluso «tartamudea» varias veces y le manda cientos de señales de que «no quiere».

Pero Knut está seguro de una cosa: si ella se hubiera comportado de una forma mínimamente parecida a lo que describe en su libro, él habría mantenido la distancia. Si se hubiese comportado como una criatura pequeña y asustada, marcadamente femenina en el sentido anticuado de la palabra, la habría evitado, porque a Knut nunca le ha interesado ese tipo de mujeres. Le pasa con ellas lo mismo que a los elefantes del circo con los ratones en los dibujos animados: le dan miedo. No sabe por qué. Pero sabe que nunca en la vida se ha acercado a una persona así ni se ha puesto a babear como se cuenta en el libro. Ni borracho perdido hizo nunca algo semejante. Y aquella vez tampoco.

«Y aquella vez tampoco.»

¿Por qué iba a querer intimar con alguien que no quiere intimar con él? Knut piensa lo mismo sobre el abuso sexual que sobre ciertas parafilias: querer estar con alguien que no quiere estar contigo le resulta igual de extraño que sentir deseo sexual por un niño, por un cadáver o por un perro. Y no solo eso. Las mujeres con las que se acuesta tienen que estar motivadas. Si no, no tiene gracia. Si se quedan ahí tiradas, a Knut se le baja todo. Incluso se ha dado el caso de que algunas mujeres con las que se ha acostado —y se ha acostado con muchas— se quejaron de que no «acabara».

Después de que el ambiente cambiara por completo, él se fue directo a su habitación y se quedó allí tumbado y despierto. Intentó comprender cómo había podido malinterpretar hasta ese punto la situación. Repasó una y otra vez el desarrollo de los hechos y lo único que tenía claro es que le había dado miedo pecar de falta de iniciativa, no ser lo suficientemente decidido.

De esto hace tres años y medio. El pasado otoño salió el último

libro de La Escritora de la Realidad, que, como de costumbre, recibió excelentes críticas, y Knut leyó con creciente consternación aquella ficción disfrazada de realidad que ahora estaba impresa, negro sobre blanco, en un libro subvencionado por el Consejo de las Artes y nominado a varios premios, igual que sus obras anteriores, entre otras cosas por su «honestidad sin concesiones».

Pero ¿dónde iba a dar él «su versión»? Knut enseguida fue consciente de que hiciera lo que hiciera —porque algo entendía del sector editorial, la escena cultural y los medios de comunicación— no haría más que empeorar las cosas. La menor iniciativa por su parte sería positiva para ella y para su libro y a él le pondría las cosas aún más difíciles. Estaba en una trampa llena de cuchillos afilados en la que cada movimiento provocaría un derramamiento de sangre. De su sangre.

Y eso no era todo. La descripción que se hacía de él en el libro le había hecho mella, porque con su inagotable sensibilidad para todo lo negativo, su cerebro se había abalanzado sobre ella y se la había tragado sin masticar y ahora el libro, aprobado y reconocido por el mundo, había invadido la vida real de Knut, sustituyéndola por una versión ficticia en la que, con plena conciencia, él había agredido a una escritora más joven en la reunión anual de la Asociación de Escritores, un otoño de hacía tres años y medio.

Si él hubiese escrito sobre aquello, es decir, sobre lo que de verdad ocurrió, y después le hubiera enviado el texto a su editor, este le habría aconsejado que lo equilibrara. «Hay que equilibrarlo», le habría anotado al margen.

«¡Hay que equilibrarlo! ¡No es verosímil! ¡Demasiado exagerado!»

«Pero ha ocurrido de verdad», habría protestado Knut.

«Da igual —le habría respondido el editor—. Tienes que encontrar algo a lo que agarrarte, tienes que hacer que sea creíble, tiene que funcionar literariamente.»

Knut: ¿Desde cuándo funciona la realidad?

El editor: En las novelas todo tiene que funcionar. Si no, resultan ilegibles.

Knut: La realidad es ilegible.

El editor: Las novelas no son la realidad.

Knut: ¿Y qué pasa con la literatura que retrata la realidad?

El editor no contesta y así termina esta conversación ficticia.

«Pero equilibrar las cosas y conectarlas entre sí solo es posible en la ficción —prosigue Knut para sus adentros—. En la vida real hay que vivir sin ningún tipo de equilibrio ni contexto. ¿Y por qué debería haber un orden, por qué las cosas no pueden ocurrir de cualquier manera?»

Con una parte antigua —y cada vez más oxidada— de sí mismo, Knut aún sabe lo que ocurrió, e intenta aferrarse a ello con todas sus fuerzas.

De día lo consigue, pero por las noches la versión de La Escritora de la Realidad toma ventaja, porque por las noches su propio cerebro lo sabotea. En esos momentos es como si su cerebro tuviera voluntad propia y además le gustara atormentarle.

«El cerebro tiene una larga y delgada trompa que consigue llegar a los rincones más sucios y oscuros.»

Para recordar que aún es escritor, que sigue teniendo derecho a estar aquí, que todavía no se le ha acusado formalmente de nada, Knut apunta esto y todo lo que se le ocurre en la Moleskine negra que tiene siempre en la mesita de noche.

Tal vez vuelva a dormirse, o tal vez no. De todas formas, cada mañana se despierta a las seis, y mientras hace un café, vuelve a darle vueltas a lo mismo. «Pero ¿por qué habrá usado mi nombre completo? Si va a escribir sobre una persona real, al menos debería atenerse a los hechos. Y si va a cambiar los hechos, ¿por qué no cambia también el nombre?»

Le da vueltas y más vueltas. De vez en cuando se toma un

descanso, pero luego vuelve a ello con más fuerza, como si sufriera una infección persistente que no responde a ningún tratamiento.

Las últimas semanas, como he dicho, Knut ha empezado a calmarse, pero ahora, evidentemente, volverá a tener esos pensamientos recurrentes y sabe que se despertará a las tres de la mañana y no podrá pegar ojo, tanto si bebe como si no. Así que, ya puestos, por qué no beber. Y mientras Frank trabaja en la página web de una compañía de danza, Knut va a la cocina a buscar otra botella.

—Literatura de la vida real —dice cuando por fin vuelve a sentarse en el sofá después de rellenar su copa y la de Frank—. Utiliza la realidad para esculpir en ella sus fantasías autocompasivas de mierda.

—Ya —dice Frank.

Desde que Knut superó el shock inicial y pudo pensárselo un poco, ha decidido mostrarse tranquilo, tolerante, imperturbable, compasivo. Si alguien le sacara el tema, lo primero que le diría es que no ha leído el libro. Cuando se imagina la escena, pone cara de asombro. «¿Qué? ¿Sobre mí? ¿Sobre mí, en serio? ¿Qué dices que ha escrito sobre mí?»

Así, quien le hiciera la pregunta tendría que explicar todo el asunto y eso le daría ventaja a Knut. «¿Qué dices que ha escrito?» Entonces su interlocutor tendría que explicárselo y Knut pondría cara de asombro y de estar dolido al mismo tiempo. Lo ha ensayado frente al espejo.

Después se rendiría. Negaría con la cabeza y se echaría a reír a carcajadas. Eso también lo había ensayado. Abriría las compuertas de la risa de par en par, como si fuera lo más gracioso que hubiera oído nunca. Interpretaría el papel del hombre indulgente que se ríe de todas las cosas extrañas, pero en el fondo inofensivas, que se les ocurren a las mujeres. Su interlocutor quizá le preguntaría si tiene algún comentario que hacer, y entonces Knut negaría con la cabeza mientras se seca las lágrimas y seguiría riéndose un poco más, completamente rendido. «Bueno, qué quieres que te diga… Entiendo que tiene que jugar un poco con la realidad para que sea legible, pero esto…»

Ese es el plan, pero nadie ha venido a preguntarle nada. Tal vez porque la descripción que se hace en el libro de la agresión de Knut quedó eclipsada por todo el resto. Por ejemplo, además de la historia falsa sobre Knut, hay una acusación más o menos concreta de abuso contra otro escritor mucho más famoso, aparte de otros aspectos menos afortunados de varios personajes de la escena cultural noruega, que aparecen con nombre y apellido, y es en esto en lo que la mayoría de la gente se ha centrado, aunque tal vez se deba, principalmente, a que Knut ya es agua pasada. En el caso de que pensaran en Knut, cosa que no hacen. Al igual que Knut tampoco piensa en ellos, aparte de pensar en qué pensarán ellos de él.

A medida que pasaba el tiempo y nadie se dirigía a él, sintió alivio, pero también una ligera decepción, porque se había preparado muy bien. Pero las semanas discurrieron en silencio, a excepción de algunos mensajes de amigos y conocidos intrigados que intentaban obtener información, a título personal, de forma privada, «solo entre nosotros».

«Personal», «privado», esas palabras ya no significan nada. No hay nada, independientemente del buzón privado y personal al que se envíe, que no pueda difundirse a los cuatro vientos, sobre todo si el remitente tiene nombre, algo que Knut aún conserva.

Knut no dejaba nada al azar y a todo el mundo le respondía lo mismo.

«No he tenido tiempo de leer ninguno, pero debería leerlos, especialmente el último…»

Y después añadía algunos emoticonos riéndose, y desde entonces no ha vuelto a saber nada más.

«Circulen —se imaginaba diciendo a los que se paraban a ver su cuerpo destrozado en un coche siniestrado—. ¡Aquí no hay nada que ver!»

Knut se imagina a todos los periodistas culturales y comentaristas y redes sociales y medios de comunicación e internet en general como un corral lleno de gallinas que cacarean nerviosas.

O como una jauría de perros babosos, no, chuchos, que esperan el siguiente escándalo, la siguiente sorpresa, y cuando llega levantan las orejas —pling— y se les cae la baba del hocico y enseguida se abalanzan sobre el pedazo de carne del día —o de la semana o del mes, según la seriedad y el alcance del escándalo—, y después nadie puede dar cuenta de lo ocurrido. Luego se escabullen y evitan mirarse a los ojos, como después de una orgía.

Algunas de las personas que aparecen retratadas en los libros de La Escritora de la Realidad han hecho declaraciones públicas y han protestado y han ofrecido «su versión». Algunos incluso han amenazado con demandarla por difamación, pero lo único que han conseguido es echar leña al fuego y aumentar las ventas, que haya más traducciones y entrevistas y apariciones en pódcast e invitaciones a festivales literarios, lo que ha tenido como resultado que, durante muchos años, La Escritora de la Realidad haya podido ir de un evento a otro.

Se ha hecho tarde. Frank ha dejado de trabajar y se ha vuelto a sentar en la butaca y desde allí escucha a Knut, que no para de hablar del viejo incidente de siempre. «No tan viejo», objeta Knut, porque aunque el incidente ocurrió hace más de tres años, el libro se publicó este otoño. Y Knut sigue hablando, porque lo que toca ahora es pensar en lo que él ha vivido durante años.

En los viejos tiempos, cuando iba al instituto, Knut se quedaba dormido en las fiestas. Alrededor de la medianoche le entraba muchísimo sueño y buscaba una cama libre en alguna de las habitaciones o se acostaba en silencio detrás de un sofá o debajo de una mesa, y muchas veces se despertaba con el pene en la boca o en los genitales de alguien, o con una persona con la que a menudo no recordaba haber hablado o a la que ni siquiera había visto antes sentada encima de él, meciéndose hacia delante y hacia atrás, o tumbada con la cabeza entre sus piernas.

Mientras Knut dormía, su cuerpo había decidido unirse a la fiesta, como solían decir entre risas al día siguiente. Muchos de los amigos de Knut, a los que nunca les pasaban estas cosas, le tenían envidia por ello.

Una vez, el meneo constante le había hecho vomitar. Estaba

tumbado en la cama de una habitación infantil. Lo recuerda perfectamente. Al parecer era el cuarto de la hermana o hermano pequeño de la casa, y era temprano una mañana de verano, cantaban los pájaros, eso también lo recuerda perfectamente y, para que el vómito acabara en el suelo y no en la cama, Knut se dio la vuelta y la chica que tenía encima perdió el equilibrio y se cayó al suelo, y mientras él vomitaba ella le echó la bronca porque entonces, a principios de los ochenta, Knut era el malo, por tirarla al suelo y hacerle daño. Ambos lo tenían claro. Knut incluso se disculpó.

Hoy está claro que a Knut lo violaron mientras dormía. En una de esas ocasiones hasta le contagiaron una enfermedad venérea. Cuando Knut piensa en las palabras «violación» y «enfermedad venérea», antes que nada se siente responsable. Piensa que no tendría que haber bebido tanto y que no tendría que haberse quedado dormido justo ahí en ese momento. Que debería haber podido evitarlo. Pero también ha leído que eso es una reacción habitual: sentirse culpable. Con un par de esas chicas incluso estuvo saliendo un tiempo. Todo esto ocurrió antes de que Lene se fijara en él.

«¿Soy así?», le preguntó a Lene en otoño cuando estaban en el pub hablando de La Escritora de la Realidad. Había sacado la tableta de la mochila y le había mostrado el fragmento. «No, claro que no eres así —le respondió Lene—. Casi tuve que gritarte a la cara para que pillaras que estaba interesada.» «Sí, ya —respondió Knut—. Pero eso fue hace mil años. Tal vez haya cambiado desde entonces.» «No. Claro que no —dijo Lene—. Seguro que no. Confía en mí.»

Para que Knut deje de hablar, Frank pone una película en la que Liam Neeson conduce una quitanieves en algún lugar de las montañas de Colorado. Han asesinado a su hijo. La mafia local es responsable del asesinato y Liam Neeson atropella a un mafioso tras otro con la quitanieves. A Frank le gusta Liam Neeson, «tan triste y callado que dan ganas de animarlo», explica Frank, pero Knut no lo entiende. A él le parece que Liam Neeson está enfadado.

—Pero tú eres hetero —dice Frank.

Y Knut protesta, porque es capaz de ver que los hombres son atractivos, y le nombra unos cuantos.

—M, por ejemplo —dice Knut—. M es un sueño. M parece un príncipe de Las mil y una noches. Si yo fuera gay…, bueno, quién sabe.

Pero Frank no se inmuta. Sigue mirando fijamente a ese Liam Neeson furioso que causa estragos en la montaña.

A Knut le interesa la quitanieves gigante. Las máquinas grandes y potentes que se abren camino en el caos le ponen. Civilización, orden, infraestructura.

La palabra favorita de Knut: «infraestructura».

Otra palabra favorita: «discrepancia».

Pero la película no avanza. Su mujer se va de casa y Liam Neeson sigue matando a todos aquellos que tienen algo que ver con la muerte de su hijo, y Frank enseguida empieza a roncar sentado en la butaca con la boca abierta y la barbilla contra el pecho.

Ahí están. Dos viejos abandonados. Dos sustitutos. Frank es diez años más joven que Knut, pero Knut es tan mayor que hasta alguien diez años menor que él es una persona de mediana edad.

El vino le provoca acidez en el estómago, porque ya no tolera esas cantidades. Knut ya sabe que así son las cosas y que lo que podría aliviar los achaques de la vejez, como por ejemplo el vino, es al mismo tiempo lo que la vejez, sin prisa pero sin pausa, le quita la capacidad de tolerar.

Tiene que irse pronto a casa. Pero aún no. Aún queda un poco de vino. Y como Frank se ha quedado dormido, se sirve el resto.

La Escritora de la Realidad no es la única que ha escrito sobre Knut. Se ha reconocido también en otros libros, y no de la manera habitual en la que los lectores se reconocen en la lectura, sino en episodios concretos en los que él mismo ha participado.

Lene es una de las personas que ha escrito sobre esos episodios, pero lo ha hecho como una ficción bien camuflada dentro de sus novelas, porque, al contrario de lo que ocurre con la literatura basada en hechos reales, que tiene un marco biográfico real pero rellenado con ficción, el marco de la llamada literatura de ficción es inventado, aunque puede contener hechos reales y más verdaderos que los de la literatura que supuestamente se basa en ellos. Como los escritores de literatura basada en hechos reales quieren conservar a su cónyuge, a sus hijos, su círculo de amigos y sus bienes inmuebles, suelen andar con pies de plomo para no enemistarse con nadie. Por lo tanto, la literatura basada en hechos reales es el género más mentiroso de todos.

Y esto es algo que Knut lleva pensando desde hace muchos años, desde antes de que La Escritora de la Realidad escribiera sobre él.

Frank sigue roncando. Liam Neeson arroja otro cadáver por un barranco y Knut piensa en otro de sus temas favoritos, con el que habría entretenido a Frank si este estuviera despierto, y que está de moda entre los escritores desde hace mucho tiempo: escribir sobre gente famosa que ya está muerta. Como el marco está establecido de antemano, basta con habitar la mente de esos personajes indefensos que murieron hace mucho tiempo, que vivieron en una época completamente distinta a las de los escritores que escriben sobre ellos; personas que no pueden protegerse de las fantasías y las ideas del presente que siguen siendo objeto de «abuso por parte de escritores vagos que no son capaces de inventarse nada por sí mismos». Knut está hablando en voz alta; tiene la mirada perdida y hace tiempo que ha dejado de prestar atención a la película. Los escritores que se aprovechan de la vida de famosos muertos, «que se meten en su cabeza», los moldean y los amasan hasta darles una forma que acaba convirtiendo a esas personas del pasado en algo comestible y legible para quienes vivimos ahora.

«¡Joder!»

Frank se sobresalta, pero enseguida vuelve a roncar, y Knut sigue murmurando.

Para hacer que ese pobre famoso del pasado sea comestible, el escritor tiene que transformarlo en alguien con quien las personas

actuales puedan identificarse o, al menos, con quien puedan empatizar, y, por decirlo finamente, para conseguirlo hay que deshacerse de mucha basura. Por ejemplo, si se viera con la perspectiva actual a cualquier famoso de hace tiempo, podrían acusarlo de homófobo, de racista o de misógino, y con toda la razón. Algo que tendrían en común con la mayoría de las personas que vivían hace unos treinta o cuarenta años. Pero antes de que esa persona del pasado se presente en la actualidad, hay que limpiar toda la suciedad. Y ese arreglo, ese amasado y ese moldeado es lo que Knut no soporta, y por eso no lee libros en los que autores contemporáneos se meten en la cabeza de personas conocidas y cuentan lo que tal o cual persona pudo haber pensado, por la sencilla razón de que lo único —lo único de verdad— que uno aprende al leer este tipo de libros es lo que habría pensado y sentido el escritor si hubiera estado en la piel del protagonista. En un relato en primera persona de la vida diaria de un insecto que vive en Marte —suele decirle Knut a Frank— sigue siendo «el escritor quien mira por los ojos del insecto». No nos libramos del escritor y el escritor no se libra de sí mismo.

Después de leer ese libro que se suponía que representaba lo que había ocurrido en realidad, Knut escribió varios mensajes a la autora. Todos decían más o menos lo mismo:

«¿Por qué has escrito esas cosas sobre mí? Eso no es lo que pasó».

Pero no los envió, porque sabía que ella los habría utilizado en su siguiente libro, algo cambiados, para que él pudiera seguir desempeñando el papel del agresor que ella había asegurado que era.

Hiciera lo que hiciera, empeoraría las cosas.

Podría haberse indignado en las redes sociales. Podría haber escrito y publicado con cierta facilidad una crónica para el Aftenposten, el Klassekampen o el Morgenbladet.

Cualquier editor de cultura estaría encantado de recibir esa oferta en su bandeja de entrada, porque entonces habría jaleo e invitarían a Knut a participar en debates de radio y televisión, y

correría la sangre y todo el mundo estaría contento.

Esto es lo que permite que la rueda siga girando; he ahí la fricción: la gente habla y protesta, pero acaba cada vez más dentro de la máquina y termina convertida en picadillo. Pero Knut no, porque Knut no hace nada, y espera que ese episodio se olvide y por fin desaparezca en el mar del tiempo.

«Never complain, never explain.»

Knut mira el rostro abatido de Liam Neeson y los cadáveres que se apilan en la nieve. Pronto él también morirá. Tal vez no en un montón de nieve y puede que tampoco de cáncer testicular. Pero puede que sí de cáncer de próstata, el punto débil de su familia. Las ganas constantes de orinar son uno de los síntomas, y cuando Knut formula esas palabras en su pensamiento, le entran ganas de mear.

La película termina y Frank se despierta por sus propios ronquidos. Sin mediar palabra, apaga la tele y se va dando tumbos al dormitorio. Knut vuelve a su casa.

«Qué voy a hacer», susurra en la oscuridad de su dormitorio, y las cortinas, que se mueven por la brisa de la noche, responden: «Te vas a desconectar de la red, vas a dejar de hablar, vas a dejar de pensar, vas a dejar de respirar. Nada de lo que sientes o piensas o haces es nuevo en la historia del mundo. Todo se ha hecho y se ha dicho antes».

Knut intenta pensar en otras ciudades, en otros barrios, en otros países donde la gente está centrada en su propia vida y no sabe nada de él. Se imagina bloques de pisos en ruinas al otro lado del mundo, edificios con la pintura desconchada y antenas parabólicas y ropa tendida en los balcones, y se mete en uno de esos pisos y hay un tipo sentado bebiendo cerveza frente a un viejo televisor y detrás de él está su mujer planchando. Ninguno de los dos dice nada y ninguno de ellos sabe que Knut existe. Todo eso lo tranquiliza durante un rato. Pero no se duerme.

Capítulo 3

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Knut se dirige a la cocina y enciende la cafetera. El olor del café siempre lo anima, y además es primavera. Está claro que es primavera porque los abedules del patio están llenos de brotes, y eso que hasta ahora el mes de mayo ha sido bastante frío. Knut aún es miembro de la Asociación de Escritores, lo que significa que sigue siendo escritor. En términos estadísticos, está seguro en un noventa y ocho por ciento de que no tiene cáncer. Cada año le llega algo de dinero por los derechos de autor de El Famoso Libro y, a pesar de que a menudo está arruinado, al menos no tiene deudas; pronto le pagarán por subirse a un escenario para hablar de obviedades y tonterías.

«Hola, viejo estúpido. Te van a pagar por soltar el rollo.»

Además, Knut tiene un hijo que no es drogadicto ni tiene enfermedades mentales y que no le supone una carga en ningún sentido. Un hijo con el que admite que solo mantiene un contacto superficial y, durante largos periodos de tiempo, ni siquiera eso. Hay en el mundo, en la sociedad, dos personas que llevan la mitad de sus genes. No solo su hijo, sino también su padre. Ellos dos son parte de lo que ocurre en el mundo, lo mismo que Knut. Después de pasearse por el piso, esta carcasa que es Knut, este puñado de átomos y moléculas que se mueve de un lado a otro, se sienta frente al escritorio. El número de átomos es constante. Todo lo que ha vivido o vivirá está aquí y ahora, con nosotros, en este planeta. Nada desaparece y nada se añade a lo que hay. Hay una infinidad de universos en cada hoja de cada árbol y en cada grano de arena. Nosotros mismos nos encontramos en medio de uno de esos universos.

«No escribas sobre átomos, moléculas o el universo —le diría el editor si Knut le enviara esto—. Ya hemos hablado de ello.»

Knut se convierte en una molécula o mota de polvo que revolotea hasta el techo y desde allí se observa a sí mismo, a ese tal Knut, esa carcasa que está sentada con su cuerpo largo y su cara arrugada y su coronilla plana y su camiseta gris y sus Levis 501. Lleva unas zapatillas forradas de piel porque siempre tiene frío en los pies. Todavía tiene pelo en la cabeza, a pesar de que está más cerca de los sesenta que de los cincuenta, y en su pasaporte dice que tiene el pelo rubio oscuro.

Ese personaje es el que ahora redacta un correo electrónico.

«Claro que puedo —escribe—. ¡Gracias por invitarme! Espero que sea posible que me acompañe un amigo.»

Valora escribir «Espero que sea posible que lleve a mi marido». Pero ¿de qué serviría eso? Así lo entiende él: el subconsciente se aferrará a todo aquello que pueda liberarlo de la clasificación de «viejo verde». Porque un homosexual no puede ser un viejo verde, al menos no con una escritora más joven. Pero el subconsciente no sabe más que la consciencia; por otro lado, tampoco es que sea necesariamente más sabio.

«Dado que la mesa redonda será a las 13.00 —sigue escribiendo Knut—, espero que sea posible que lleguemos a Lillehammer el día anterior para poder participar en la celebración, y que nos vayamos el día después de la intervención, ya que nos gustaría aprovechar el festival al máximo, así que, en total, serían dos noches de hotel y los vales de comida y bebida para dos días para los dos. ¿Podría ser?»

Knut sabe que sí, porque los organizadores son conscientes de que él sabe que no solo es un sustituto, sino que además estaba bastante abajo en la lista de sustitutos, lo que le da ventaja y, efectivamente, dos minutos más tarde le llega la respuesta:

«¡Por supuesto! En el mostrador del festival os darán todo lo que necesitéis y claro que podéis quedaros dos noches. Vuestra habitación en el hotel Breiseth ya está confirmada :-)».

La carcasa que responde al nombre Knut está sentada en una silla de oficina bajo una foto del escritor estadounidense Ernest Hemingway. En

la foto, que Knut ha impreso de una página web, Hemingway está esquiando en los Alpes austriacos con Hadley, su primera mujer, y el hijo pequeño de ambos, en algún momento a principios de los años veinte del siglo pasado. A Knut nunca le ha entusiasmado Hemingway, pero París era una fiesta está entre sus cinco, o puede que tres, libros favoritos. El libro, que en inglés se titula A Moveable Feast, se publicó póstumamente en 1964, un año después de que Hemingway se quitara la vida. En él, Hemingway está convencido de que todo lo malo que le ha ocurrido se debe a haber dejado a Hadley poco después de que se hicieran la foto de los Alpes. Después de eso, las cosas fueron de mal en peor y se casó una y otra vez, pero con el tiempo se dio cuenta de que nunca fue tan feliz como lo había sido con Hadley. Justo antes de pegarse un tiro, Hemingway estaba escribiendo este libro en el que le echa la culpa a esto y aquello de haberlo separado de Hadley y de la felicidad sencilla que vivieron en los años veinte.

Lo mismo siente Knut últimamente: la convicción cada vez más fuerte de que Lene y él no tendrían que haberse separado.

Todo empezó en otoño, cuando dejó de salir por culpa del Libro de la Realidad. En su lugar, iba a darle la lata a Frank y, cuando Frank ya no podía soportarlo más, o M volvía a dar señales de vida, Knut se quedaba en su casa dándole vueltas al asunto. Era la primera vez que se planteaba en serio su vida y todo lo que le había pasado, y por encima y por debajo de todo ello asomaba la pregunta: ¿por qué se habían separado Lene y él en realidad?

Ambos estuvieron de acuerdo, de eso estaba seguro, y quedaron como amigos, como suele decirse. Pero ni aunque le fuera la vida en ello podría recordar algo que no fuera estar sentado un día solo en un apartamento nuevo rodeado de cajas, cajas que tardó medio año en abrir porque durante ese tiempo se dedicó en cuerpo y alma a El Famoso Libro.

Recuerda la sensación de estar solo en un apartamento vacío, de empezar de nuevo. Le había dejado a Lene la mayoría de los muebles y cosas que se habían comprado entre los dos, y allí, sin muebles, se apoyó contra la pared con una cerveza en la mano. Ahora por fin tendría tiempo para escribir.

Y entonces escribió El Famoso Libro. Se quedaba en su pequeño

apartamento escribiendo, día y noche. Tenía un colchón, una mesa, una silla y nada más. No compró muebles nuevos; de todas formas, era algo que no podía permitirse. No tenía cortinas y, por lo tanto, lo despertaba una luz grisácea cada mañana. Y como esto fue antes de internet y las redes sociales, lo que ahora le roba gran parte de su tiempo y de su alma, no se distraía tanto como ahora, y tenía una paz y una concentración en las que entonces no pensaba pero que ahora recuerda con nostalgia, con la misma nostalgia con la que últimamente recuerda a Lene.

¿Y qué era lo que un día a él y a Lene les había resultado tan imposible y tan insuperable que lo había llevado a acabar solo en un apartamento mucho más pequeño y con la perspectiva de ver a su hijo de dos años nada más que los miércoles y cada dos fines de semana?

Lukas, con quien Knut había estado de lunes a viernes y había pasado todos los fines de semana y todas las vacaciones, esa criaturita a la que ahora solo vería una cuarta parte del tiempo. El setenta y cinco por ciento restante lo pasaría sin él, sin su hijo. Y ahora ni siquiera recuerda al hombre relativamente joven que era él y que estaba sentado en el suelo, disfrutando de tener un apartamento vacío, aunque fuera pequeño, y tampoco si ese hombre que estaba en la mitad de los treinta había pensado tanto en todo esto.

Seguramente pensaría que los fines de semana que pasara con su hijo sería un buen padre. Harían cosas juntos, irían a acampar y a pescar y a hacer cosas de hombres, y Knut le leería cuentos. Pero solo durante una cuarta parte del tiempo, de la vida, de la cotidianidad, de la existencia.

Lo de Lukas era una cosa. Pero lo de Lene, separarse de una persona con la que hacía diez años había prometido estar hasta el día de su muerte, una persona con la que, además, había elegido voluntariamente reproducirse, una persona a la que apreciaba por encima de todas las demás, esa persona se había convertido en algo que se interponía en su camino hacia la felicidad.

Antes, las pocas veces en que se preguntaba por qué se habían separado, era arrastrado por un torrente de explicaciones. Es lo

mismo que sucede si te haces daño al tragar algo afilado: el cuerpo genera saliva y otras secreciones para envolver el filo y evitar que cause estragos al bajar por la garganta.

«Estábamos de acuerdo en separarnos. No quería divorciarme solo yo. No nos iba bien.»

¿No nos iba bien? ¿Qué quiere decir «bien»? ¿Le fue mejor después? Se dijo a sí mismo y a los demás que Lene y él se habrían separado de todas formas, estaba escrito, eran muy jóvenes cuando se conocieron, empezaron a salir en el último curso del instituto. Pero ahora, veinte años después del divorcio, sabía que las hormonas estaban causando estragos en el hombre relativamente joven que era entonces, lleno de sustancias químicas de las que no eres consciente hasta que desaparecen. Y lo mismo ocurrió con la fama, que llegó justo después. Enseguida se convenció de que era una parte inseparable de él, una parte fundamental de su personalidad.

Después de El Famoso Libro no podía ir a ningún evento cultural sin que hubiera al menos una mujer dispuesta a estar con él. El problema es que las mujeres que se le acercaban después de El Famoso Libro eran de esas que se mueven por el mundillo cultural como pez en el agua y que siempre saben lo que se cuece y si el valor en bolsa aumenta, si está en su punto máximo o baja. Y cuando esas mujeres dirigían su mirada con determinación y deseo hacia Knut, a él le hubiera gustado saber qué hombre se hubiese resistido.

Cuando todo aquello acabó y Knut dejó de estar de moda, aprendió un par de cosas que le habrían permitido afrontar mejor el tiempo que ya había pasado. Esto mismo se puede aplicar a todos los aspectos de la vida: el día después de aprender algo ya no te hace falta saberlo.

Knut se fue de casa de Lene en febrero, y desde febrero hasta principios de agosto no hizo otra cosa que escribir. Se compró una cama infantil plegable y cuidó de Lukas cuando le tocaba, cada dos fines de semana y todos los miércoles. No más, pero tampoco menos. «Soy un soldado en la guerra», recuerda Knut que se decía a sí mismo esos meses, pero qué guerra era esa y quién era el

enemigo, y aun así, decirse eso le era de gran ayuda.

Ese mismo otoño se publicó El Famoso Libro. Era su tercera novela. Knut llevaba varios años escribiéndola, pero solo cuando se separó de Lene todo empezó a encajar. Solo tuvo que seguir el impulso cuando el caballo echó a correr. Él era el caballo y al mismo tiempo el jinete que corría tras él. Saltó sobre la silla de montar y espoleó los costados de ese animal desbocado que también era él mismo.

Lene se encontraba en ese punto en que enviaba textos a las editoriales y se los rechazaban, mientras que Knut, que había debutado como escritor muchos años antes, había tenido acceso a nuevos círculos y había conocido a gente. Entre ellas, a una mujer que podemos llamar Turid, una persona que, como él, estaba casada, y con la que Knut de todos modos llevaba viéndose desde el comienzo del invierno. Aun así, Knut se decía a sí mismo que Turid no fue el motivo de su separación; al contrario, ella era la anestesia que necesitaba para atravesar la «inevitable» separación de Lene, la mujer que hacía más de quince años había visto como el portal hacia toda felicidad y bienestar, pero ahora él tenía que anestesiarse para huir de ella, y ello sin preguntarse ni por un momento qué estaba haciendo.

Tampoco se preguntó cómo podía pararlo todo, por la sencilla razón de que no tenía ningún motivo para hacerlo. Lo veía como una ola en la que él era solo una gotita.

En lugar de eso, sacó la libreta amarilla que entonces siempre llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, una versión barata de la Moleskine que se compraría más adelante, y apuntó lo de Turid y la anestesia y la gota en una ola y lo plasmó en El Famoso Libro.

Cuando se publicó, Turid ya no estaba en la vida de Knut, pero, al contrario que él, ella mantuvo su matrimonio. Su marido también es escritor. No sabe nada de lo que ocurrió entre Knut y Turid aquel invierno y aquella primavera, la locura febril que contribuyó a acabar con el matrimonio de Knut y que aun así terminó antes de las vacaciones de verano.

Pero ahora al menos Knut va a ir a Lillehammer y se alegra

muchísimo. Está sentado frente al escritorio y sonríe, como para convencer a un espectador imaginario de que se siente agradecido y de que esta es la mejor opción en el mejor de los mundos posibles.

Capítulo 4

Una semana más tarde, Knut está sentado en un banco junto al andén de la vía 11 de la estación central de Oslo y finge que no está buscando con la mirada a La Escritora de la Realidad. Es jueves, son las 06.10, Frank ha ido a comprar café y Knut ha fijado la vista en una columna publicitaria cuya imagen cambia cada cinco segundos. Flis, flis, suena cada vez que desaparece un anuncio y aparece otro nuevo: Oferta, rebajas, tres por dos, oportunidad única, y, al mismo tiempo que tiene un control absoluto sobre toda la gente que va y viene por el andén, los mensajes de los distintos anuncios se le van colando dentro, porque una persona en algún lugar ha calculado cuánto tiempo tiene que durar cada anuncio para conseguir que Knut se suscriba a una aplicación en la que puede elegir entre treinta mil audiolibros.

Knut cierra los ojos. Ya ha probado esa aplicación. Una vez en invierno se dejó tentar por una suscripción de prueba, pero la canceló antes de tener que pagar, porque no pudo decidirse por ninguno de los libros. Empezaba a escuchar uno, pero se aburría enseguida y probaba otro. Al final, lo único que hacía era mirar qué había disponible. Le pasa lo mismo cuando quiere elegir una película o una serie. Se queda sentado mirando, cada vez más inquieto e insatisfecho, a pesar de que la oferta nunca ha sido mayor, o tal vez precisamente por eso. Cuando prueba las aplicaciones de ligar, porque eso también lo ha hecho, le invade la misma ansiedad.

«¿Qué haces aquí? —le pregunta una voz a Knut—. Ya sabes lo cansado que estás. Ya no encajas en la vida pública. Y ahora vas a coger el tren a Lillehammer y allí te encontrarás con tus dos mayores enemigos. ¿Cómo puede ser? ¿Qué coño estás haciendo? ¿Es por la comida gratis?»

A menudo, Knut siente que no es él quien toma sus propias decisiones, que hay algo en su interior, algo que no puede controlar, que tiene la última palabra.

Pero entonces vuelve Frank con dos tazas de café que ha comprado en Espresso House y, como de costumbre, basta con el olor del café recién hecho para animar al viejo despojo que responde al nombre de Knut.

Llega el tren, buscan sus asientos y enseguida el tren se pone en marcha y Knut forma parte de algo grande y con futuro, forma parte de la escena cultural noruega. Forma parte de todo eso, como todos los demás, allí sentado en el tren.

A Frank le ha dicho que quiere llegar a una charla que empieza a las once en Nansenskolen, y que por eso tienen que salir tan temprano. Pero la charla no es más que una excusa para llegar antes que cierta persona. Si es que esa persona va en tren. Es probable que la lleve en coche alguien de la editorial, como en sus tiempos llevaban a Knut.

Frank ha sacado el móvil y está concentradísimo mirando algo en la pantalla.

Knut saca el suyo. Se plantea mandar un mensaje a Lukas.

«¡Hola! ¿Qué tal? Voy de camino a Lillehammer, donde me han invitado a hablar de mí mismo en un escenario. Jaja :-).»

Todas las semanas le manda un correo electrónico a Lukas, y Lukas nunca le responde; en cambio, si le manda un mensaje, normalmente obtiene respuesta, vale que solo en forma de jeroglíficos en los que el pulgar es un símbolo habitual, aunque también, de vez en cuando, puede aparecer una carita sonriente o un hombre bailando o una jarra de cerveza. O un paraguas o una bici. Incluso un pollo asado. Knut puede pasarse horas mirando esos símbolos preguntándose qué significan, y a menudo llega a la conclusión de que Lukas está borracho y simplemente ha pulsado teclas aleatoriamente.

Knut lee el mensaje que acaba de escribir, y reescribir, y cuando las palabras empiezan a desintegrarse, lo borra entero. Antes solía llamarlo, pero Lukas casi nunca cogía el teléfono, así que Knut le dejaba un mensaje en el buzón de voz. Siguió haciéndolo hasta que Lene le contó un día que ni Lukas ni nadie de su edad escuchaban

los mensajes del buzón de voz.

Knut se propuso fijar un calendario. Apuntó en la agenda que se pondría en contacto con Lukas una vez a la semana. Intentó pensar en cosas que le interesaran. No quería ser uno de esos padres que obligan a sus hijos a hacer lo que les gusta a ellos sin pensar en lo que les apetece hacer a sus hijos, y por eso le propuso ir a Londres, a ver un partido de fútbol. A Knut no le interesa en absoluto el fútbol y tuvo que tragar saliva para escribir lo siguiente en un correo electrónico: «¿Qué te parece si vamos a Londres a ver un partido de fútbol?». No se atrevió a escribirlo en un mensaje de texto porque sospechaba que si presionaba demasiado podría abrirse una grieta y Lukas podría lanzarle alguna queja y él no podría defenderse. Tal y como están las cosas, con este contacto superficial, al menos puede achacar la situación a que Lukas es joven y bastante tiene con su propia vida.

Pero no tendría que haberse preocupado tanto, porque la cosa quedó en nada. Como de costumbre, Lukas no contestó y cuando Knut, en el cumpleaños de Lene, sacó a colación ese hipotético viaje a Londres que de todas formas no podía permitirse, Lukas le contestó que no había leído el correo, y que además no tenía tiempo.

«Sabe que no te interesa nada el fútbol. No te has molestado en ocultarlo durante todos estos años —dijo Lene—. Odias el fútbol y todo lo relacionado con él. Hasta has hablado del tema al menos en dos de tus libros, que yo recuerde. ¿Quién va a querer ir a Londres a un partido con alguien a quien no le interesa el fútbol?»

Las pocas veces que se ven, Lukas está relajado y normal, pero si Knut intenta mantener una conversación que vaya más allá de palabras y frases muy básicas, su hijo toma distancia. La última vez que se vieron, la conversación se desarrolló de la siguiente manera:

Hola, dijo Knut. Hola, dijo Lukas. Qué tal, dijo Knut. Bien, dijo Lukas. ¿Has hecho todo lo que tenías que hacer?, dijo Knut. Sí, dijo Lukas. Y así sucesivamente. Lukas se quedaba esperando las preguntas de Knut, como si fuera un interrogatorio. Y cuando Knut dejó de hacer preguntas, Lukas se disculpó y se marchó.

A Knut no le entra en la cabeza que las cosas entre ellos sean así y que, lo más probable, no vayan a cambiar. Todo apunta a que nunca hablarán del tema, que no aclararán las cosas, que no encontrarán una manera más profunda, más sincera y —al menos para Knut— más gratificante de estar juntos. O lo que sea. No sabe qué está buscando en concreto, con qué está tan insatisfecho y por qué no puede conformarse con el estado actual de las cosas.

Frank sigue enfrascado en el móvil. Tampoco le sería de ninguna ayuda con esto, porque el comentario habitual de Frank cuando Knut empieza con lo de Lukas es: «Ay, gracias por recordarme todas las ventajas de no tener hijos».

El tren llega a Lillestrøm, donde suben muchos pasajeros. El tren se llena y Knut vuelve a ponerse nervioso. ¿Adónde van todas esas personas y por qué no se han quedado en casa para una vez que Knut se va de viaje?

Knut se imagina que, la próxima vez que se vean, agarrará a Lukas del brazo y gritará, chillará, llorará, lo que sea para romper ese muro que se interpone entre ellos. Pero ¿y si solo lo viera Knut? ¿Y si ese muro no existiera?

A menudo le pregunta a Lene qué hacen Lukas y ella, de qué hablan, cómo es la convivencia, cosas más concretas, y Lene le responde que tampoco ella habla demasiado con Lukas. No mantienen conversaciones profundas, no tienen intereses en común y, aun así, pasan mucho tiempo juntos, Knut lo ha visto en las redes sociales, y se pregunta cómo lo hace Lene y qué le dice a Lukas para conseguir que hagan cosas juntos, cosas que pueden ser tan sencillas como dar un paseo por el bosque. Pero cuando Knut le propone lo mismo, es como si Lukas oyera llover, y si vuelve a preguntárselo con tacto, él le responde que no tiene tiempo, que tal vez dentro de un par de semanas. Cuando Knut retoma el contacto dos semanas más tarde, Lukas vuelve a estar demasiado ocupado, y así sucesivamente.

A quien no le cuesta nada que Lukas quiera hacer cosas con él es a Terje. Terje tiene dos hijos propios, los hermanastros de Lukas, con los que Lukas prácticamente se ha criado. «Mis tres hombres y yo», puso una vez debajo de una foto de Terje con sus dos hijos y su

hijastro. Y allí está Lukas asando una caballa en una hoguera en algún lugar de Nordmarka. Terje saca la guitarra y cantan todos juntos.

El único consuelo de Knut es que Lene al menos no va a esas excursiones.

Knut nunca ha dejado de enviarle correos electrónicos a Lukas, pero cuando uno escribe a alguien que no responde, cada palabra resulta falsa. Y cuando cada frase parece artificial y forzada, enseguida se pierde el control de las palabras. A medida que las palabras pierden el sentido, la realidad empieza a escurrirse y a desaparecer. Y aun así Knut sigue enviando esos correos. Tiene la esperanza de que un día las cosas serán normales, sea lo que sea eso, y cuando ese día llegue, los correos estarán allí para demostrar que él nunca tiró la toalla.

Pero últimamente ha empezado a reconocer que tal vez esto sea todo. Que esto es lo que hay. Que esto es lo normal.

El tren se para en el aeropuerto de Oslo, y Knut mira al andén, porque bien podría ser que La Escritora de la Realidad se subiera allí, tal vez después de asistir a un festival literario en Nueva York, donde acaba de estar, ¿y por qué sabe él eso?

Pero aquí tampoco hay rastro de ella. El tren reanuda la marcha y Knut trata de recordar la última vez que vio a Lukas. Debió de ser en Nochebuena. ¿De verdad no ve a su hijo, a su único descendiente, desde hace casi medio año? Y eso que Lukas vive en St. Hanshaugen, a muy pocas manzanas de distancia, en un apartamento de dos habitaciones que comparte con su pareja Thea.

Un día de hace un par de semanas, Knut se cruzó con Lukas en la calle. Iba con la mirada fija en el móvil y Knut dudó un poco más de la cuenta si saludarlo o no, así que cuando por fin se volvió para llamarlo, se percató de que ya era demasiado tarde. Si lo hacía, Lukas repararía en que su padre se había demorado bastante pensando si saludarlo o no. ¿De qué iban a hablar, por otra parte? Knut suele quedarse mudo en presencia de su hijo. No solo en los correos; también se queda sin palabras cuando están cara a cara, a pesar de que Knut vive de escribir y expresarse. ¿Cómo puede ser

que evite saludar a su propio hijo por la calle? «Esto no es normal.» Una antigua molestia le recorrió la columna vertebral; algo muy parecido le había ocurrido una vez que Knut vio a su padre en la calle. Pasó de largo. Tal vez transcurriera demasiado tiempo desde la última vez que lo vio y, si se hubiera parado, por educación tendría que haberse quedado más de un minuto, que era todo el tiempo del que disponía en ese momento.

Cuando en otoño quedó con Lene en aquel pub, después de desahogarse con lo de La Escritora de la Realidad, hablaron de Lukas como de costumbre, como hacen siempre.

«Muchas veces le he mandado un mensaje solo para conseguir que me coja el teléfono cuando lo llamo», le aseguró Lene, tal vez para consolarlo. Añadió que tampoco veía muy a menudo a su hijo desde que se había ido de casa, y Knut le preguntó cada cuánto lo veía, así de media, y Lene respondió que quizá una vez al mes, y que prácticamente tenía que obligarlo a que fuera a casa a cenar. «Pero yo no quiero obligar a nadie —dijo Knut—. Si no me quiere ver, que no me vea.» «Pero entonces no lo verás nunca», concluyó Lene. «Ya, bueno, pues no lo veo —dijo Knut—. Aunque a lo mejor la cosa cambia cuando tenga hijos.» «Lo dudo», respondió Lene, y después hablaron de que los dos lo seguían por Instagram y que allí veían la cantidad de tiempo que Lukas pasaba con la familia de Thea; les corroía la envidia. «El fin de semana pasado estuvo cortando leña con el padre de Thea —prosiguió Lene—. Thea y él van mucho a la casa de campo de su familia, y por las noches se sientan todos juntos a jugar a juegos de mesa.» Knut reconoció: «A lo mejor es que sencillamente no le caemos bien. Que le cae mejor la familia de Thea» (y Terje —quería añadir—, pero le dio vergüenza estar celoso de Terje, así que no dijo nada). «Puede ser», observó Lene. «¿Por qué nos divorciamos?», preguntó Knut. «No me acuerdo, la verdad», contestó Lene, y se echaron a reír. «O, bueno, sí —agregó—. Fuimos infieles los dos. ¿No te acuerdas?» «Bueno —dijo Knut—, pero ¿quién no lo es? Después de unos años casados, las parejas siempre acaban peleándose. Pero después solo hay que hacer las paces.» Lene añadió: «Seguramente estábamos hartos el uno del otro. Las parejas se hartan, no sé si lo sabes. Se hartan el uno del otro, sin más». Y se rieron de nuevo y después se tomaron un par de cervezas y hablaron de conocidos comunes y de lo que

esos conocidos habían hecho últimamente.

Pero a Knut le asustó que Lene tampoco recordara por qué se habían divorciado. A lo mejor era eso, que Lene y él eran el tipo de personas a las que les daba todo igual y se reían de todo. ¿Y por qué no habían tenido más hijos ninguno de los dos? Esa también era una buena pregunta. ¿Era porque no tenían ni ganas ni capacidad de ir de excursión a la montaña y jugar a juegos de mesa y cortar leña?

Antes, Knut intentaba llevarse a Lukas de vacaciones con sus distintas parejas, pero cuando llegó a la adolescencia Lukas prefería estar con Lene y con Terje o irse de viaje con sus amigos; y desde que conoce a Thea, pasa las vacaciones con la familia de ella, un grupo grande y muy unido en el que Lukas parece haberse integrado muy bien, igual que en su día se convirtió en el hijo de Terje. ¿No se pregunta la familia de Thea por qué Lukas nunca ve a su padre? Knut se lo preguntaría si estuviera en su lugar. Pero he ahí la cuestión: ni él está en el lugar de ellos ni ellos están en el suyo. No tienen tiempo de preocuparse por quién pasa tiempo con quién. Ya bastante tienen con cortar leña y jugar a juegos de mesa.

El tren sigue avanzando hacia la siguiente estación, que es Eidsvoll, según indica el letrero luminoso sobre la puerta, que no para de abrirse porque el siguiente vagón es el de la cafetería.

La gente camina de un lado a otro con vasos de cartón y bolsas de comida y, mientras Knut finge no enterarse de quién viene y va, sus pensamientos siguen su curso por los riscos y las montañas del alma. En este paisaje busca las respuestas a por qué las cosas son como son y cuál es su papel en todo ello, y si puede estar relacionado con el libro que se publicó en otoño el año anterior. Tal vez sea posible que esté dando vueltas a un punto ciego, a una zona en blanco de su mapa interior de la que no tiene una perspectiva completa. Knut está abierto a todo.

En esta labor detectivesca hay un acontecimiento que destaca. Tuvo lugar hace un par de años, el día en que conoció a Thea, la pareja de Lukas. Estaban todos invitados a casa de Lene, Knut incluido. Él se había propuesto comportarse como una persona normal y no exagerar en ningún aspecto. Esa noche no bebería

demasiado ni hablaría de más ni se obsesionaría como un loco con cualquier cosa, como tiende a hacer según tantas fuentes independientes.

Después estaba segurísimo de que había logrado comportarse con total normalidad durante la cena. Había conseguido conversar sobre temas banales, había hablado del tiempo y de otros temas prácticos; nada que llamara la atención, al menos hasta donde él podía juzgar.

Aun así, más tarde supo por Lene que a Thea le había ofendido algo que había dicho o hecho esa noche.

¿El qué?, quiso saber Knut, pero Thea no había querido decir de qué se trataba. Pero ¿cómo puedo mejorar si no sé lo que he hecho?, le preguntó Knut a Lene, y Thea entonces dijo, primero a través de Lukas y luego a través de Lene que, si Knut no sabía lo que había dicho o hecho, eso era parte del problema.

Knut ha pensado infinidad de veces en esa cena, en todo lo que ocurrió de principio a fin, pero nunca ha conseguido sacar nada en claro, y hoy sigue sin entender lo que pudo haber ocurrido ese día.

Junto con ese acontecimiento suele recordar otro relacionado, de cuando estuvo una vez en Copenhague. Hace ya muchos años fue allí a que le hicieran entrevistas y a hablar de El Famoso Libro. En el aeropuerto lo recibió una asistente y, como Knut estaba emocionado por haber sobrevivido al vuelo y estar en el extranjero para hablar de un libro que había escrito, se subió al taxi y empezó a hablar sin cesar con la asistente, una mujer de veintipico años, sobre nada en particular.

Llevaban unos treinta segundos en el taxi cuando la asistente se volvió hacia él y lo interrumpió con una tímida sonrisa: «Lo siento, pero tengo que reconocer que no se me da bien hablar sobre temas banales», dijo. «Tranquila», respondió Knut. A pesar de que ese comentario educado e inofensivo al principio lo sacudió como un látigo en la cara, se repuso enseguida, sonrió a la asistente y no dijo nada más. No tenía necesidad de hacerlo, porque todas las cosas prácticas relacionadas con las entrevistas y las cenas ya estaban acordadas; durante el resto del trayecto se dedicó a mirar por la

ventanilla, con la mente en blanco. Le venía bien mirar hacia el otro lado; le impresionaba que la asistente hubiera sido tan sincera. Tal vez esa sinceridad fuera común en Dinamarca. Tal vez deberían importarla a Noruega, pensó mientras se acomodaba en silencio en el taxi, viendo pasar las afueras de Copenhague a toda velocidad por la ventanilla.

Cuando se disponía a salir del taxi, reprimió su impulso habitual de dejar que las palabras le salieran de la boca. En este caso, habría dicho algo como: «Bueno, pues ya hemos llegado a mi hotel. Qué bien, oye, ¡y qué céntrico!». O podría haber dicho: «Pero ¡qué buen tiempo tenéis! Cómo se nota que estáis más al sur que nosotros». Pero como todo esto podría entrar en la categoría de conversaciones sobre temas banales, no dijo nada; solo mostró con gestos y expresiones y sonidos amables que estaba contento de estar allí, contento de haber recibido esa invitación, y salió del taxi y cogió la maleta que el conductor sacó del maletero y al final se inclinó para mirar a la asistente a través de la ventanilla. Le habría gustado exclamar «Gracias por acercarme», ya que ella no había dicho que estuviera en contra de las frases de cortesía en general, pero como dar las gracias requiere que se responda con «No hay de qué» o «De nada», eso podría interpretarse como una conversación banal; y ella había dicho claramente que esas cosas no le gustaban. Y en ese momento ella estaba sentada, mirando fijamente al frente, esperando a que el conductor arrancara de nuevo, y Knut se despidió con la mano y arrastró la maleta hasta la recepción del hotel.

Esa misma noche, en la cena organizada por la editorial, la asistente no estaba. Cuando Knut preguntó por ella, le dijeron que estaba enferma. Qué raro, pensó. Parecía que estaba perfectamente hace unas horas. Al otro lado de la mesa dos mujeres susurraban, pero, como hablaban en danés, Knut no entendió nada más que las palabras «completo silencio» y «situación incómoda» y Knut tuvo que reconocer que la había fastidiado misteriosamente, como años más tarde le sucedería con Thea, y repasó mentalmente todo lo que había ocurrido desde que se encontró con la asistente en la zona de llegadas del aeropuerto de Kastrup, donde ella sostenía una hoja de papel con su nombre, hasta que llegaron al hotel y el taxi siguió su camino, pero no vio que se hubiera comportado de forma

inadecuada. Repasó una y otra vez todos los hechos: se estrecharon la mano, se subieron al taxi y cuando ella hizo ese comentario sobre las conversaciones banales, él tomó nota y se quedó callado, y aún no lo entiende, como tampoco entiende lo que le hizo a Thea aquella otra vez.

La conclusión ha de ser que Knut va por la vida sin darse cuenta de que tiene un punto ciego o una maldad o una discapacidad social, algo que es evidente para todo el mundo menos para él.

La esencia misma de la enfermedad consiste precisamente en que él no es consciente de lo que le pasa. Si lo supiera, lo corregiría.

Knut se bebe el resto del café, que se ha quedado frío. Frank y Knut están sentados junto a la ventanilla, el uno frente al otro, pero Frank no ha dicho ni media palabra desde la estación central de Oslo. Solo está pendiente del móvil. Knut también tiene el móvil delante, como el resto de los pasajeros y, al mismo tiempo, es consciente en todo momento de quién está en el vagón. No se puede creer que al día siguiente por la mañana vaya a estar en un escenario con la persona en la que lleva pensando día y noche desde el otoño, y antes de eso tendrán que estrecharse la mano. Él no tomará la iniciativa de darle un abrazo. Pero entonces piensa que a lo mejor debería dárselo, porque así quedaría claro que no ha leído el libro.

Y en la propia mesa redonda, ¿cómo se comportará? ¿Qué es lo más apropiado? De nuevo llega a la conclusión de que lo mejor es hacer lo que ha hecho hasta ahora: mantener la calma. Hacer como si nada. Responder a lo que le pregunten. Pasar el trago. Sonreír y reírse, estar de buen humor. Ser una persona a la que nada le afecta. Porque ¿qué alternativa tiene? Si se pone agresivo, puede llegar a estrangularla. Ha fantaseado mucho con ello. Una vez, en invierno, se despertó y se sorprendió retorciendo la almohada mientras gruñía como un animal.

Frank sigue callado. De vez en cuando teclea algo en el móvil y después cierra los ojos y apoya la cabeza en la ventanilla, sin mirar el bonito paisaje, el lago Mjøsa, que aparecerá enseguida, brillando bajo el sol de la mañana; todo eso en lo que Knut intenta concentrarse mientras Frank parece un nubarrón negro porque

durante la última semana ha tomado diversas medidas para evitar pensar en M. Lo primero que hace Frank cuando M desaparece es emborracharse. Lo segundo es hablar con hombres desconocidos por internet. Pero tratar de olvidar a M con estos métodos tiene el efecto contrario, claro, y aquí está ahora, con los ojos inyectados en sangre y fijos en la pantalla del móvil.

Knut piensa en el día siguiente e intenta imaginarse el desarrollo de los acontecimientos. La mesa redonda tendrá lugar en la carpa grande que suelen instalar frente a la biblioteca. Ha estado allí antes, hace muchos años, y se imagina que entra en la carpa y saluda y sonríe a la gente y les da la mano, abraza a algunas personas y entonces La Escritora de la Realidad aparece en su campo de visión, y, a pesar de que esto está ocurriendo en su imaginación, en el tren, se le acelera muchísimo el pulso.

No es una buena señal.

Hola, dirá mientras le tiende la mano. Knut A. Pett…, pero entonces se quedará callado. ¿No nos hemos visto antes?, preguntará inclinando la cabeza, ligeramente dubitativo.

Ligeramente dubitativo.

No. No es creíble.

Lo mejor, concluye, será tenderle la mano y sonreír y decir: Enhorabuena por el éxito, es increíble.

Con un brillo en los ojos. De un escritor de éxito —porque él también lo fue en su día— a otra. Como una serpiente escurridiza, sorteará todas las trampas y se resistirá a todos sus impulsos y todo le resbalará.

Knut saca el portátil de la mochila y lo enciende, porque cuando lo invitaron a Lillehammer empezó a escribir un diario. Mientras que a sí mismo se habla en primera persona del plural, «ahora vamos a hacer un café, ahora vamos a comer una tostada», su diario lo escribe en tercera persona del singular: «Hace buen tiempo y Knut sale a dar una vuelta por St. Hanshaugen». En el diario describe a Knut, el escritor, la vida diaria y el trabajo de ese despojo

y lo que piensa sobre temas grandes y pequeños, así como sus diversas vivencias y experiencias a lo largo de los años. Tal vez pueda usarlo. Tal vez no. Quién sabe. De todas formas escribe, y está bien que lo haga. Le gusta la imagen de sí mismo en ese momento, sentado en ese vagón, de camino a un festival literario, tecleando intensamente en su ordenador portátil, y, para empezar, piensa en la última pareja con la que convivió.

Cuando Knut conoció a Hanne en una fiesta de unos amigos comunes, ella se fue con él a casa esa misma noche.

A la mañana siguiente, Knut se enteró de que estaba casada y tenía una hija de dos años y medio.

Pero ¿qué haces aquí entonces?, le preguntó Knut. ¿Tenéis una relación abierta?

Se sentaron en la cama y tomaron café y Hanne parecía tranquila. No, le respondió, pero es complicado. Sus hijos, que son adultos, siguen viviendo en casa, y me odian. Me culpan a mí del divorcio, pero ¿qué pasa con su padre?, tiene la misma culpa que yo, y aun así soy yo a quien castigan. Todo lo que hago está mal. Ahora se ha desarrollado una guerra de trincheras en la que me aterrorizan un poco más cada día. Jan no se da cuenta y, si lo hace, los defiende.

¿Cómo te aterrorizan esos chicos exactamente?, preguntó Knut, y Hanne le dijo que no era fácil de explicar, que había muchos pequeños detalles individuales y era difícil hablar de ellos sin parecer una loca o una exagerada. Una cosa era que nunca respondían cuando les preguntaba algo, a menos que estuviera su padre cerca. El más joven se inventaba constantemente nuevas dietas a las que ella trataba de atenerse, pero en cuanto ella comprendía que no quería carbohidratos, él cambiaba las reglas del juego. Es como la gota malaya, dijo Hanne. Plop, plop, plop, todo el día, todo el año.

Pero ¿por qué no se van de casa? ¿No dices que tienen más de veinte años?, preguntó Knut. ¿Y por qué se van a ir?, dijo Hanne. No pagan alquiler, y además tienen una tarea importante, que es destruirme. ¿Y con tu hija qué tal?, preguntó Knut, y Hanne le dijo

que con ella son buenos, que de lo contrario ya se habría ido de casa hace mucho. Pobre Jan, dijo Hanne. Parece quince años más viejo que cuando lo conocí. Pero ese mismo pobre Jan tiene una aventura con una compañera de trabajo desde que Hanne se quedó embarazada, una mujer de su edad que estaba harta y había llamado a Hanne para contárselo, y Hanne estaba tan cansada por la rutina de esa casa tan grande de Nordstrand que no se había visto con fuerzas para enfrentarse a Jan.

En lugar de eso, se fue a la fiesta, y allí conoció a Knut.

Y Knut enseguida conoció a Jan, que venía cada dos fines de semana al piso de St. Hanshaugen —al que Hanne y su hija se mudaron dos semanas más tarde— para buscar a Selma, el fruto de su amor.

Con su delgadez y sus ojeras, Jan le servía a Knut como un recordatorio para que no tuviera más hijos. Y cuando una noche Knut vio que Hanne recogía semen de las sábanas e intentaba metérselo dentro, se dio cuenta de que el deseo de Hanne de volver a ser madre —«quiero que Selma tenga un hermano antes de que sea demasiado tarde»— era más fuerte que cualquier otra cosa. Unos días antes, ella le había agarrado con fuerza cuando él iba a retirarse. Estaban borrachos y Knut no había encontrado los condones. Después escribió en un cuaderno: «No hay nada más fuerte en el mundo que los muslos de una mujer de casi cuarenta años que quiere quedarse embarazada, y no hay nada más débil que un hombre que se encuentra atrapado entre esos muslos. Este es un ejemplo de cuando la parte más débil se encuentra con la más fuerte».

¿Recoger semen de las sábanas no es un poco mezquino?, le preguntaría El Editor ahora. ¿No te parece un poco sórdido?

Yo no tengo la culpa de que la realidad sea sórdida, le respondería Knut.

Sórdido es la palabra preferida de El Editor. Si Knut fuera el editor de El Editor, hablaría de este tema con él.

Lo que le atrajo de Hanne fue precisamente su vitalidad. Se le había acercado en una fiesta, y aquí estaba de nuevo, porque siempre son las mujeres quienes toman la iniciativa, y a menudo Knut se pregunta si alguna vez habría conseguido estar con alguna mujer si fuera él quien tuviera que acercarse a ella e iniciar una conversación. Probablemente tendría que aprender a ser rechazado, como casi todos sus amigos, para no acabar solo. Lo cual, por cierto, ha acabado ocurriendo de todas formas: está solo.

Cada dos fines de semana Jan aparecía en el descansillo, un padre de una niña pequeña, separado y a finales de la cincuentena, viejo y agotado.

Pero, a medida que pasaban los meses, algo empezó a cambiar. Mientras que la cotidianidad que compartían parecía ir acabando poco a poco con el interés que Hanne sentía por Knut, con Jan le ocurría lo contrario.

Knut estaba viéndolo venir, pero no sabía qué hacer al respecto. Los viernes que Jan venía a buscar a Selma, Hanne se emocionaba cada vez más. Se maquillaba y se quedaba en el umbral hablando con él y riéndose, y Knut se daba cuenta de que Jan estaba renaciendo y que se reía de forma entrecortada, como se ríe la gente que lleva un tiempo sin reírse.

Cuando Hanne volvió a vivir con Jan —lo último que Knut supo fue que tuvieron otra hija, una niña que nació justo diez meses después de que ella se fuera de casa de Knut, por lo que no es suya —, el apartamento de Knut volvió a quedarse más o menos vacío, porque durante el año que vivieron juntos Hanne se había deshecho de casi todos los muebles y había comprado otros nuevos que después se llevó. Lo mismo ocurrió con los amigos. Knut podía estar cenando una noche en su casa, mirar a su alrededor y darse cuenta de que todas las personas que estaban allí eran amigos de Hanne. En los años que pasó con Jan, Hanne no había podido invitar a nadie a casa por culpa de la complicada situación con los hijos, y tenía una necesidad imperiosa de retomar esa costumbre, como solía decir, así que el año que Knut vivió con Hanne su vida social fue más intensa que nunca. Después, por el contrario, fue de lo más

tranquila. Cuando a veces echa de menos el tiempo en que vivieron juntos, lo que añora es lo que ella traía consigo. No solo la vida social sino sobre todo a la pequeña Selma.

Si se conoce a una mujer cuando se tienen poco menos de sesenta años, que es la edad que Knut, para su sorpresa, ha cumplido, se conoce al mismo tiempo a todo tipo de personas; o la mujer es más joven que uno y tiene hijos pequeños, o es de su misma edad y tiene hijos mayores, ya independizados. Pero si los hijos se han ido de casa, puede que tengan sus propios hijos, e incluso hijastros con los que uno puede forjar una relación y acabar siendo invitado a cumpleaños y bodas y bautizos para después, cuando esa relación termine, no volver a verlos nunca más.

Oslo está lleno de divorciados y divorciadas que no tienen ningunas ganas de pasar las navidades sin sus hijos. Por otra parte, están las madrastras y los padrastros que no tienen ningunas ganas de pasar las navidades con esos mismos hijos. Y nietos.

Knut ya no quiere formar parte de eso. Ya basta, piensa. Ya basta.

En algún lugar entre Brumunddal y Moelv, a Frank le vibra el móvil y se le ilumina el rostro.

—¡Me ha contestado!

—¿Y qué te ha dicho?

Frank le enseña la pantalla del móvil.

—Que no quiere que hablemos más.

—Pero ¿eso es bueno?

—Sí, claro, así es como empieza siempre. Ya solo con que responda me demuestra que al menos ya no me tiene bloqueado.

Y Frank se inclina sobre el móvil con la cara roja. Traga saliva y carraspea mientras teclea. ¿Cuánto tiempo ha tardado esta vez?

Solo una semana, y en este momento, por supuesto, Frank volverá a ser abstemio. Por otra parte, ahora Knut tendrá todos los vales para las bebidas para él solo cuando lleguen a Lillehammer, y trata de alegrarse por eso, pero en su lugar se cabrea cada vez más a cada mensaje que Frank recibe, que a su vez llena a Frank de esa energía que siempre tiene cuando M está cerca.

—Quizá sea mejor que regreses a casa ahora que volvéis a estar juntos —dice Knut a ver si cuela.

Pero Frank niega con la cabeza.

—No, no. No se lo voy a poner tan fácil. Acabo de decirle que estoy de camino a Lillehammer. Así que…, o viene hasta aquí…, o que espere tranquilito a que vuelva a casa.

—¡Ja! —responde Knut a ese intento de hacerse el duro.

Frank le enseña la pantalla del móvil como prueba. En ese mismo momento recibe un nuevo mensaje.

—¡Se viene a Lillehammer!

Y Frank vuelve a enfrascarse en sus cosas, y Knut mira por la ventana y se da cuenta de que está empezando a perder el control. Una cosa es arrastrar a Frank por el camino hacia su psicosis permanente, y otra es lo que ha accedido a hacer. En los viejos tiempos al menos flotaba una expectativa en el aire, porque rara es la vez que ha asistido a un festival literario y no ha pasado nada; unos bailes agarrados por aquí, un jugueteo de piernas por allá, y casi siempre ha acabado en la habitación de alguien o ha acabado con alguien en la suya y ha habido risas y borrachera y escapadas por la ventana al amanecer y huidas por pasillos de hotel y por las calles de Odda, Tromsø, Haugesund, Bergen, Stavanger y Lillehammer, con toda esa gente que iba de un lado a otro y tenía un cónyuge o una pareja esperando en la otra punta del país, Knut incluido, porque en los festivales literarios no valen las reglas de siempre. Al menos eso es lo que suele decirse a sí mismo.

Hace mucho tiempo que no va a un festival y que no participa en la vida pública en general, y la persona que era entonces le

parece desconocida, alguien distinto. Cuando piensa en todas las cosas en las que ha participado, a menudo niega con la cabeza para sus adentros. Pero nunca ha forzado a nadie.

Tal vez haya sido torpe en lo social con la asistente de Copenhague y con Thea, pero nunca ha acosado a nadie, de eso está seguro. Y la razón por la que está tan seguro es que nunca ha pensado que una mujer quiera estar con él antes de que ella se lo gritara a la cara o se frotara contra su pierna o se le quedara mirando a la boca al hablar o se apoyara en él y le acariciara el brazo. Siempre ha necesitado muchas señales de ese tipo. Probablemente se deba a alguna neurosis de la infancia o a un virus o a una bacteria o a algo que haya comido o a cualquier otra cosa que no tiene muy clara. Venga de donde venga, Knut siempre tiene que estar seguro de que lo desean y, por lo tanto, nunca ha tomado la iniciativa; siempre han tenido que tomar la iniciativa por él. Así fue durante los casi tres años —desde el otoño de sus dieciséis hasta la primavera de sus diecinueve— que pasó en un rincón del patio de su instituto, el Oslo Katedralskole, mirando el cobertizo en el que fumaba Lene y buscando su cabeza rubia, que destacaba por encima de todas las demás. Pero nunca se atrevió a hablar con ella hasta que de repente se le acercó en una fiesta cuando estaban a punto de graduarse.

—¿En qué piensas? —pregunta Frank, que vuelve a estar comunicativo ahora que M lo ha desbloqueado.

—Pienso en todas las tonterías que he hecho. Y también en por qué nos separamos Lene y yo.

Frank pone los ojos en blanco y vuelve a enfrascarse en el móvil.

Si Knut cuestiona cualquier hecho o declaración con las palabras «por» y «qué», empiezan a dolerle las sienes. Por qué se lava los dientes: para tenerlos limpios. Por qué quiere tener los dientes limpios: para no tener caries. Por qué no quiere tener caries, y así sucesivamente, y al final jaque mate: de todas formas, te vas a morir. Todo es un pasatiempo, una forma de aplazar el hecho de que un día te vas a morir.

Pero ¿por qué se divorciaron Lene y él? Ni siquiera es capaz de

empezar a articular una respuesta.

Desde que Lene y él se separaron hace más de veinte años, Knut ha estado con más mujeres de las que consigue recordar. Si quisiera tener una visión general de sus aventuras, tendría que sentarse con papel y boli y repasar las agendas que tiene guardadas, una por cada uno de los últimos veinte años, algo que tendrá que hacer un día que esté descansado.

¿Y para qué le servirá eso?

Con sus historias con las mujeres a Knut le pasa lo mismo que con los vinos que se toma en casa de Frank: cuando cree que se ha tomado un par de copas, en realidad se ha bebido al menos siete u ocho.

Pero después de Hanne no ha habido nada. Es como si en estos últimos tiempos la sangre le corriera más lentamente por las venas; cuando piensa en ello se pone triste, pero sobre todo siente alivio.

Cuando el tren sale de la estación de Moelv, Frank anuncia:

—Voy a tener que pedirte que busques otro sitio donde dormir esta noche. Todos los hoteles de Lillehammer están llenos.

Frank tiene la actitud insensata y desconsiderada que siempre muestra con temas relacionados con M, cuando las reglas habituales dejan de ser válidas. Es increíble la poca vergüenza que hay que tener para echar a Knut de su propia habitación de hotel, pero Knut se limita a asentir con la cabeza. De todas formas, no se cree que M vaya a ir a Lillehammer. La relación de Frank y M está llena de promesas y acuerdos rotos, y así ha sido siempre en todos estos años. Y cuando oye que Frank pone «Slave to Love», de Bryan Ferry, que suena en bucle al otro lado de la pared, Knut confirma su sospecha de que eso es precisamente lo que le da la vida a Frank.

—Gracias —dice Frank—. Te debo una.

Y mientras Frank sigue tecleando en el móvil, Knut se sumerge en su propio teclado y trata de recordar la última vez que habló en

público.

Las pocas propuestas que le han llegado en los últimos años estaban relacionadas con El Famoso Libro. Muchos profesores de lengua lo usan en clase, y por eso principalmente le escriben desde institutos. Como cuando en invierno le escribió una profesora de un instituto de un barrio del norte de Oslo. Como de costumbre, Knut se pensó la respuesta. En primer lugar, porque las charlas en colegios e institutos están mal pagadas, pero también porque sería por la mañana y si tiene que hacer algo por la mañana que conlleve hablar con otras personas, ya no escribe nada en todo el día.

Lo siguiente que pensó fue: como si escribiera algo el resto de los días. Como si hiciera algo, tuviera una visita a un instituto o no. Y, como siempre, necesitaba dinero, así que dijo que sí, gracias, y una mañana de febrero cogió un tren de cercanías hacia el norte. La profesora, una mujer de la edad de Knut, había preparado unas preguntas y le hizo una entrevista en clase. Le preguntó por qué había decidido ser escritor, cómo trabajaba y qué le inspiraba. De vez en cuando, la profesora se dirigía a sus alumnos para ver si querían preguntarle algo y, cuando vio que nadie contestaba, dijo: «¿No quería alguno de vosotros saber de dónde he sacado la idea para hacer este libro?». Al final, los únicos que hablaron fueron Knut y la profesora. Y cuando Knut intentaba ser gracioso, solo se reía ella. Aquí estamos, pensaba Knut, dos personas mayores que se entienden. La profesora pillaba todas sus referencias, y cada vez que se reía de uno de sus chistes, Knut se sentía sumamente agradecido.

Un par de alumnos aporreaba el teclado del portátil. De vez en cuando se reían de algo, le daban un codazo al de al lado, le enseñaban algo en la pantalla y entonces se reían los dos. Varios alumnos miraban fijamente el móvil. Un chico se puso la capucha de la sudadera nada más empezar la clase y se echó sobre el pupitre con la cabeza apoyada en los brazos. Poco a poco, otros siguieron su ejemplo y enseguida había diez o doce alumnos recostados sobre el pupitre de esa misma manera.

Ninguna de las preguntas de la profesora le resultaba desconocida a Knut. Incontables veces a lo largo de los años se había sentado en aulas y en bibliotecas y en centros culturales y literarios de toda Noruega para responder a esas mismas preguntas

y, mientras lo hacía, o mientras leía fragmentos de El Famoso Libro, le venía a la cabeza lo siguiente: «Y me pagan por hacer esto».

Después se acabó. Lo que a Knut le había parecido un cuarto de hora en realidad había sido una hora entera.

—Muchas gracias por la visita —dijo la profesora.

—No hay de qué —dijo Knut—. El tiempo se pasa volando cuando te lo estás pasando bien.

Y lo dijo en serio.

Los alumnos salieron por la puerta. Pero dos de ellos, dos chicas, se quedaron atrás.

—Sí —dijo la profesora—. Es verdad. Estas dos chicas van a escribir un trabajo sobre tu libro y te aseguro que van a llegar lejos en la vida. ¿A que sí, chicas? ¿A que tenéis grandes planes para el futuro?

Eran muy jóvenes y estaban tan maquilladas que de cerca parecían artificiales, como un par de muñequitas perfectas.

Ambas asintieron con la cabeza y una de las dos dijo:

—Yo voy a estudiar medicina. Si consigo entrar, claro.

—Y yo veterinaria, si consigo entrar también —dijo la otra.

La profesora sonrió con la cabeza ladeada. Después miró a Knut.

—Y les gustaría hacerte unas preguntas que han preparado. ¿Podría ser?

—Claro —respondió Knut, y asintió hacia las dos jóvenes, cada una con un cuaderno en una mano y un bolígrafo en la otra—. Cuando queráis.

Las chicas se miraron y se rieron tímidamente. Se comportaban de una forma muy distinta en las distancias cortas. Mientras hablaba, Knut vio a una de las dos bostezar varias veces. La otra

tenía la mirada perdida, como cuando miras a alguien que crees que no se está dando cuenta de que lo estás mirando. Pero ahora parecían receptivas y llenas de vida.

—Tengo que reconocer que no he leído el libro —dijo una, y se rio mostrando las encías—, pero mi pregunta es…, o sea…, ¿cuál es el tema, en tu opinión? ¿En qué estabas pensando cuando lo escribías?, ¿cuál es el mensaje?

Knut la miró.

—¿No has leído el libro?

La chica se volvió hacia su amiga y se rio. La profesora carraspeó un par de veces y dijo:

—Ya, bueno, así son las cosas ahora. Estas dos chicas están dispuestas a salir al mundo y hacer cosas importantes. Pero ya sabes…, estas pobres jóvenes… están agotadas. Tienen demasiado que hacer, es terrible la presión que tienen los jóvenes ahora, no nos lo podemos ni imaginar.

Después miró a las chicas y dijo:

—Pero os reísteis mucho con los fragmentos que os leí en voz alta, ¿a que sí?

Las chicas asintieron a la vez.

—Sí —respondió una de ellas—. Nos reímos mucho. ¡Eran muy divertidos!

—Y estaban muy bien escritos —aseguró la otra.

—Sí, la verdad. Superbién escritos —repitió la primera.

—Estupendamente —continuó la segunda.

Bueno, en realidad dijo stupendamente.

Knut aún piensa que tiene que haberlo entendido mal.

—Pero ¿entonces no habéis leído el libro? ¿Solo habéis oído algunos fragmentos que os han leído en voz alta? ¿Y ahora, sin leer el libro, vais a escribir un trabajo sobre él?

Las chicas se quedaron mirando a la profesora, que carraspeó de nuevo y después dijo:

—Se me ha ocurrido algo… ¿No es cierto que el libro trata fundamentalmente sobre el deseo y sobre lo desvalidos que estamos cuando nos enfrentamos a él? ¿Puede ser ese el tema?

Las chicas cogieron el cuaderno y empezaron a escribir.

—Y el mensaje —prosiguió la profesora— ¿no puede ser que tenemos demasiadas opciones y que esa abundancia puede hacernos daño a largo plazo?

Las chicas tomaban apuntes a toda velocidad.

La profesora miró a Knut a la espera de una confirmación. Cuando las chicas terminaron de escribir, levantaron el bolígrafo, expectantes.

Knut miraba a esas chicas y le parecía que tenían doce años. Pero debían de tener dieciocho, porque estaban en el último curso de secundaria y, como ya estaba acabando el invierno, incluso podían haber cumplido ya los diecinueve. Knut nació cuando su madre tenía diecinueve años, y ese dato lo asustaba cada vez más cuando conocía a alguien de esa edad. Al mismo tiempo es la edad a la que se es más fértil. Es decir, que la propia naturaleza hace que unas personas que no son capaces de leer un libro o de pronunciar correctamente una palabra se encuentren en la cima de sus capacidades para dar vida a una nueva existencia.

Las niñas seguían allí y lo miraban expectantes, como si él les debiera una respuesta. Y no solo eso sino que algo le decía a Knut que ellas pensaban que tenía que estar agradecido de que lo hubieran invitado a él, que era un viejo. Lo bendecían con su interés juvenil y esperaban que se sintiera honrado.

Knut dejó de mirar a las chicas y miró a la profesora.

—Pero a ver…, ¿el objetivo de las clases de literatura no es precisamente leer? Y si se va a hacer un trabajo sobre un libro, ¿no es lo más básico leerlo primero?

La profesora carraspeó de nuevo, pero por lo demás parecía tranquila y serena, como si fuera Knut quien estuviera atacándolas, quien tuviera un comportamiento reprobable. Pero Knut no se dio por vencido.

—El objetivo no es que os plantéis aquí para sacarme información en lugar de leer el libro, ¿no? Y otra cosa. Que yo haya escrito este libro no quiere decir que sepa cómo tiene que interpretarse. Es decir, sí que lo sé, pero lo que yo piense no tiene ningún interés en este contexto.

Su voz había subido de volumen y le latía el cráneo. La profesora y las dos alumnas no decían nada; solo lo miraban con interés, como se mira a un animal exótico en el zoo. Como si sobre todo tuvieran curiosidad por lo que fuera a ocurrir a continuación. Y aunque Knut sabía que tenía que calmarse y alejarse de allí antes de que estropeara más las cosas, ya no podía parar.

—¿Es demasiado pedir que vosotras, que estudiáis lengua y literatura desde hace trece años, al menos seáis capaces de leer entero este maldito libro?

Y ahí estaba, esa antigua rabia, y Knut sintió que llegaba con un sentimiento de nostalgia. Había pasado tanto tiempo desde la última vez, que ya creía que no era capaz de sentirlo, pero ahora estaba golpeando con la mano abierta el libro que acababa de presentar a los alumnos y del que había leído unos fragmentos, y no le pareció suficiente y lo tiró contra la tarima.

—¿O es que sois analfabetas? ¿Es ese el problema? ¿QUE LO QUE PASA ES QUE NO SABÉIS LEER?

El grito de Knut retumbó en las paredes del aula. Tenía razón, claro que sí. Pero tener razón no servía de nada y la profesora y las alumnas se miraban e intentaban disimular una sonrisa como la que se les oculta a los niños pequeños cuando tienen berrinches divertidos por cualquier tontería.

Knut se sentó rendido en una silla.

—Solo intento entenderlo. ¿De verdad que ahora ya no hace falta leer un libro para escribir un trabajo sobre él?

Las dos analfabetas que tenía delante y que estaban intentando disimular la risa que les brotaba de su garganta minúscula eran la nueva generación. Es más, eran las mejores representantes. Una de ellas iba a ser médica y la otra veterinaria.

—Sí, bueno…, por supuesto que tendrán que leer el libro antes o después —dijo la profesora—. Pero están estresadísimas, porque tienen muy poco tiempo y muchas cosas que hacer y…

Knut se levantó de la silla.

—¿MUCHÍSIMAS COSAS QUE HACER? ¿ESTRESADÍSIMAS? —exclamó. Señaló a las dos chicas—. Os pasáis de seis a trece horas al día mirando el móvil. Lo acabo de leer. AL MENOS seis horas al día, lo que quiere decir que aunque seáis USUARIAS MODERADAS DEL MÓVIL, os pasáis SEIS HORAS AL DÍA con la cara pegada a él. Así que no vengáis a decirme que no tenéis TIEMPO.

La profesora dio una palmada.

—Bueno, creo que vamos a dejarlo aquí.

Era como si Knut no hubiera dicho nada. Como si en lugar de hablar hubiera gruñido o ladrado o mugido. Como si hubiera emitido una serie de sonidos no verbales a los que nadie tenía que prestar atención ni responder.

Salieron juntos del aula. Por el camino, la profesora habló de cosas banales con las dos chicas y Knut tuvo una sensación de irrealidad, como si estuviera soñando.

Capítulo 5

Ya ha llegado el tren y Knut y Frank salen a las calles de Lillehammer. Knut recuerda el aire fresco de la zona de hace algunos años, la última vez que lo invitaron, probablemente por los viejos tiempos, junto a una larga fila de escritores que leyeron en alto, durante cinco minutos cada uno, en el parque. También había conseguido aprovechar al máximo esa visita, pero no habían vuelto a invitarlo.

Él tampoco se habría invitado a sí mismo.

Van al mostrador del festival, Knut delante, Frank detrás con la nariz pegada al móvil. De vez en cuando, Knut tiene que decirle algo para que espabile.

—Lo siento, pero la reserva aún no está disponible —dice la recepcionista del hotel Breiseth—, pero podéis pasar al salón mientras tanto.

Los dos amigos entran en una sala que da al aparcamiento. La sala está amueblada con varios grupos de sofás y pinturas en las paredes, así como unas estanterías que últimamente Knut ve por todas partes, llenas de libros a disposición de quien los quiera.

Le gustaría acercarse para ver si sus libros están ahí, pero algo se mueve en uno de los sofás y ahí está una persona a la que Knut conoce o, mejor dicho, a la que conocía, un agente literario, y Knut lo saluda con un gesto de la cabeza y el agente le corresponde, pero después vuelve a mirar el móvil. No hace muchos años, el agente literario se habría levantado y se habría acercado a Knut y le habría hablado de cualquier cosa, de todo un poco, del tiempo, del precio de los cereales, y se habría mostrado implicado e interesado.

En el alféizar de la ventana hay una máquina de café. Knut se vuelve hacia Frank.

—Voy a hacerme un café. ¿Tú quieres?

Frank niega con la cabeza. Le vibra el móvil. Vuelve a vibrar y Frank hipa o algo parecido; emite una especie de sonido indisimulado y Knut enciende la cafetera y mira los coches del aparcamiento y se siente solo.

Coge la taza de café y se sienta en una butaca, lo más lejos posible del agente.

En el mostrador del festival le han dado un sobre tamaño folio con el programa, una pulsera que le da acceso a todo y por último, pero no menos importante: los vales, unos papelitos de color rosa que pueden canjearse por comida y bebida por toda la ciudad. En el sobre está el nombre de la persona a la que sustituye, tachado con un rotulador negro, y al lado, garabateado, el nombre de Knut, apenas legible. Ni siquiera se han molestado en buscar un sobre nuevo.

Knut se anima y se desanima. Se anima y se desanima. ¿Qué pretendía conseguir viniendo aquí? No hace otra cosa que recibir señal tras señal, confirmación tras confirmación de que su etapa en este tipo de ambientes ha acabado para siempre.

—¿Vienes a desayunar?

Frank no responde y Knut sale a la recepción.

—¿Es posible desayunar algo?

—Claro, pero el desayuno de hoy no está incluido —dice la recepcionista, una mujer de la edad de Knut.

Sonríe a modo de disculpa y Knut le devuelve la sonrisa.

—¿Y podría añadirse a la cuenta?

Teclea, mira a la pantalla y dice que no hay problema, y Knut vuelve a animarse un poco.

Pero no le dura mucho, porque el comedor está lleno de fantasmas del círculo literario del que Knut ha formado parte durante toda su vida adulta. Ve caras conocidas por todas partes. Sentado a una de las mesas que están frente a las grandes ventanas que dan a la calle hay un crítico que llamó al último libro de Knut «un guiso pasado».

En esa misma mesa hay muchos otros críticos que escribieron reseñas positivas, según recuerda Knut, aunque no recuerda los detalles tan bien como lo del «guiso pasado», que con tanta diligencia le viene a la memoria.

Knut está junto a la mesa en la que está dispuesta la comida y mira fijamente los huevos revueltos, que pronto pasará a servirse.

Después se dirige hacia el zumo de naranja. Pero delante de él hay dos mujeres que hacen que le salten las alarmas, sin saber muy bien por qué. Para ganar tiempo, hace como que se le ha olvidado coger pan. Se detiene frente a las cestas llenas de pan y bollería y se da cuenta de que se ha acostado con las dos mujeres que están junto al zumo de naranja. No al mismo tiempo, porque nunca se ha acostado con más de una mujer a la vez, salvo en sus fantasías, pero aun así se le revuelve el estómago al verlas juntas.

Deja el zumo y busca una mesa lo más lejos posible de ellas, en un rincón. ¿Por qué se le revuelve el estómago al ver a dos mujeres con las que se ha acostado hablando entre ellas? ¿Le da miedo que hablen de sus genitales? Knut trata de pensar en esto en lugar de volver atrás en el tiempo y recordar otras circunstancias, como que estaba casado con Lene cuando se acostó con la que se ríe a carcajadas de algo que le dice la otra. La que se ríe lleva un vestido de flores y unas deportivas y tiene el pelo corto y rubio. Al principio de los tiempos, tenía el pelo largo. Los detalles le vuelven a la mente sin querer. Estaban en una fiesta en Kunstnernes Hus; era una fiesta de la editorial Aschehoug y Knut estaba en medio de un gran grupo de gente borracha y se sentía uno con el universo y todos los seres vivos y ella estaba a su lado y, cuando cerró el local, fueron a Slottsparken y buscaron un banco apartado.

A la otra mujer, con la que la primera está riéndose, la relaciona con algo mucho peor, y Knut no comprende que haya podido

olvidar ese episodio y toda la cola que trajo consigo. Puede que sea porque La Escritora de la Realidad ha ocupado todos sus pensamientos durante los últimos seis meses, por lo que no había espacio para esta otra historia, y ahora ve que ambas se han percatado de su presencia, porque evitan mirar hacia donde se encuentra él ahora. Además, le han dado la espalda y hablan demasiado alto y gesticulan demasiado, por lo que Knut puede observarlas con total tranquilidad. Mastica los huevos revueltos con beicon y mira a la otra, no la de Slottsparken, sino la otra. Lleva ropa deportiva. Entre otras cosas, esas mallas ajustadas que no dejan nada a la imaginación. Se le marcan tan claramente los glúteos que bien podría estar desnuda, y cada curva de los muslos se le ve perfectamente con esa tela ajustada como la tripa de un embutido. En un gimnasio al que iba Knut hasta que se desapuntó el verano pasado, la mayoría de las mujeres llevaba mallas como esa, y varias veces, sentado en un banco para hacer ejercicios de bíceps, les había visto las partes íntimas, porque cuando llevas esas mallas y te inclinas hacia delante y la tela se estira, se vuelve casi transparente, y Knut está en una edad en la que tener los genitales desnudos de otra persona delante de esa manera ya no le resulta excitante, si es que alguna vez se lo ha parecido, sino que se suma a la enorme montaña de momentos irritantes que crece cada día. Es como una conspiración, como si alguien quisiera comprobar cuánto tiempo tarda en reaccionar, como si alguien estuviera esperando a que se diera cuenta.

Y ahora mira a la mujer de las mallas ajustadas, unas mallas que además se le meten entre las nalgas para que nadie pierda detalle de su culo mientras desayuna, y él piensa en el festival literario de Odda, sí, tuvo que ser justo después de que saliera su último libro, es decir, hace unos siete años, y por entonces al menos estaba soltero, de eso está seguro. Participaron en el mismo acto: una entrevista en un escenario, primero ella y después él, presuntamente porque sus libros tenían una temática parecida, y luego volvieron juntos al hotel y, cuando llegaron, ella le propuso que se fueran al bar a tomar una cerveza, y así lo hicieron, a pesar de que él estaba cansado de tanto hablar. Lo único que Knut quería era estar solo. Se sentía seco y poco inspirado, pero no tenía fuerzas para decir que no. Se tomaría esa cerveza y después se iría a la cama.

Por eso se sorprendió al entender, a través de señales y gestos grandes y pequeños, que esa mujer, al menos veinte años más joven que él, quería que subiera a su habitación. Él no había pensado en ella de esa manera. Es decir, claro que lo había hecho, pero no pensaba que pudiera ocurrir en la vida real. Si se le había pasado por la cabeza, había pensado que ella era demasiado joven para él, así que él era demasiado viejo para ella. Además, no estaba de humor para mostrarse delante de una persona desconocida. En el bar del hotel había dicho que se sentía asexual. Era una continuación de los temas de los que habían hablado en el escenario, que eran la infidelidad, el matrimonio, la convivencia, todo eso, y por lo tanto la introducción ya estaba hecha y, por eso, además de porque estaban bebiendo, claro, todo fue más rápido de lo habitual.

En el bar, Knut había dejado caer que probablemente había sido un mal padre, ya que siempre había querido escribir por encima de cualquier otra cosa, y de este modo había transmitido lo intenso e implacable que era como artista, porque en alguna parte de su envejecido cuerpo debía de haber alguna especie de automatismo antiguo, algunos restos oxidados de un impulso reproductor o como se quiera llamar, una pequeña esperanza de que de todas formas iba a ocurrir lo que ocurrió, y lo que ocurrió fue que acabaron en la habitación de ella.

No recuerda cómo terminó allí. De repente, allí estaban, en la cama de ella.

Pero a Knut no se le levantaba. Porque estaba borracho, porque era viejo…, y se rieron los dos, porque no era más que una confirmación de lo que habían hablado en el bar, pero en el bar Knut había mentido, ahora lo sabía, había mentido como un depredador viejo y sarnoso que se hace el pobrecito para que la presa que persigue piense que es inofensivo.

Se durmieron cada uno en un lado de la cama. Al amanecer, Knut consiguió volver a su habitación antes de que ella se despertara y volvió a dormirse allí, y cuando más tarde, esa misma mañana, se encontraron en la recepción del hotel y vieron que ya no servían desayunos, fueron juntos a una cafetería y desayunaron allí. Había buen rollo, los dos tenían resaca y les daba la risa. Y eso

fue todo, creía él, y por eso había olvidado prácticamente ese episodio.

Pero entonces, el otoño siguiente, esa persona publicó una novela. Y Knut también leyó en ella cosas sobre sí mismo, pero de una manera distinta a la que luego vería en el libro de La Escritora de la Realidad. Aquí, el problema no era su «miembro erecto», sino todo lo contrario, porque en este libro había un intento fallido de acostarse con un escritor mayor e impotente que, entre otras cosas, se describía así: «… era como intentar meterme una cuerda».

Lo había descrito todo de forma muy vívida, hasta el estampado de la moqueta y la conversación del día siguiente. Pero ¿cómo le habría explicado el grado de implicación y autenticidad de ese pasaje a su marido, que, según Facebook, era economista y jugaba al fútbol, a aquel hombre con quien tenía tres hijos y a quien Knut había sentido un fuerte deseo de escribir?

«Tu mujer ha escrito sobre mí. Ha escrito sobre mi vello púbico gris, mi barriga flácida y mis esmirriadas piernas. Ha escrito sobre mis nalgas caídas, mis huevos colganderos y mis muslos arrugados. No se ha privado de nada. El libro es muy poco interesante en general, con sus descripciones detalladas de todas las cosas que existen, pero esa noche conmigo, el relato de esa noche, puede calificarse, he de reconocer a regañadientes, como una “fiesta para el lector”, a pesar de que describe el episodio de esa manera para castigarse a sí misma, como una forma de autolesión. Y por ello me alegra decir que el resto del libro es completamente ilegible, y que el único motivo por el que me molesté en terminarlo es porque quería comprobar si había escrito algo más sobre mí. Pero no.»

La autora de esa novela ahora estaba ahí con sus nalgas, gesticulando con sus estrechas muñecas de una manera que a Knut le parecía exagerada, artificial, y que también le había puesto de los nervios aquella vez, según recordaba ahora, y se dio cuenta de que cuanto mayor se hace la gente —porque ella ya no parece mucho más joven que él— más difícil resulta parecer joven y alocado sin mostrarse como un demente.

Y ahora Knut vuelve a enfadarse, porque supongamos que fuera al revés. Supongamos que Knut, un escritor de mediana edad,

hubiera tenido una erección mientras que una escritora más joven, supongamos, estuviera completamente seca a pesar de haber mostrado signos de excitación sexual, de la misma manera en que Knut había mostrado todos los signos propios de la excitación, y aun así, el pene solo se le había puesto medio duro y se había quedado inerte cuando había intentado entrar en ella. En realidad, ella estaba lo suficientemente húmeda, hay que reconocerlo, pero supongamos, por experimentar, que no lo hubiera estado. Y supongamos también que Knut, después, hubiera escrito sobre lo sucedido en su siguiente libro y que, no contento con haber descrito la falta de vigor de ella, hubiera seguido, y se hubiera extendido, con una inspirada descripción de sus tetas y sus carnes caídas, de la cicatriz de la cesárea, y supongamos que se hubiera deleitado con sus muslos flácidos y su mal aliento; sí, digamos que él hubiera descrito todo esto en su libro y, por encima de todo, que hubiera dejado traslucir, entre líneas, que había sido maltratado.

Knut se imaginó que describía el cuerpo de ella como si sus defectos estéticos fueran una agresión, de la misma manera que ella había descrito el cuerpo de él: como si el mero hecho de exponer a Knut a verlo hubiera sido un acto de violencia. Igual que ella dejaba caer en su libro que Knut se había encargado de tener ese aspecto a propósito para después disfrutar del asco que a ella le provocaban sus testículos arrugados y su vello púbico canoso, en su libro imaginario él se quejaría de que ella hubiera intentado molestarlo a él con sus tetas caídas y su sexo reseco.

Después se imaginó las protestas que surgirían si ese libro, contra todo pronóstico, hubiera visto la luz del día. Entonces, Knut se pondría frente a las masas con el libro de ella en la mano y exclamaría con todas sus fuerzas:

«PERO ¿ESTO SÍ ESTÁ BIEN?».

Y mientras come beicon y huevos revueltos, Knut sigue gritando mentalmente a La Escritora de Odda: «Con pequeños y grandes movimientos fingiste ser más tranquila, más pasiva y, por lo tanto, más inocente de lo que realmente eres. ¿Y por qué esa necesidad, esa agresiva, sí, casi incontrolable pulsión de mostrarte como una víctima? Así me convertiste en un agresor mayor —dado que yo, en tu libro, soy quien más habla en el bar—, pero también en un

agresor ridículo, por el contraste entre este comportamiento dominante y la falta de vigor cuando finalmente nos fuimos a la cama.

»Según la lógica de esta historia podemos concluir que mi comportamiento autoritario inventado en la conversación del bar, que ese comportamiento dominante ficticio habría estado bien si después se me hubiera levantado».

Todo esto lo dice Knut inaudiblemente a la nuca de ella, que ahora está sentada, junto a la escritora a la que llamará con el apodo de Slottsparken, en una mesa junto a la máquina de café.

Al igual que La Escritora de la Realidad, La Escritora de Odda también había hablado más y había sido más activa de lo que había dicho en el libro, porque también había sido de ella la iniciativa, joder, porque ella había pegado la pierna contra la de Knut por debajo de la mesa en el bar del hotel, ahora se acuerda, y recuerda también el calor de esa pierna y la sorpresa cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir.

En realidad, el episodio de Odda fue mucho más cotidiano y más igualitario, por usar esa palabra, que lo que ella había descrito. Pero si hubiera llegado a atenerse a lo que de verdad ocurrió, no habría tenido una historia que valiera la pena leer.

Y entonces Knut empieza a temblar. Se da cuenta en cuanto se dispone a dejar la taza en el plato y la porcelana repiquetea. Pero entonces tampoco lo miran las dos mujeres, y por eso Knut es consciente de que ellas saben perfectamente quién es él y dónde se encuentra, porque mucha otra gente levanta la vista al oír el tintineo.

En los viejos tiempos, Knut tenía miedo escénico. Tuvo que hacer un curso para superarlo. Allí aprendió ejercicios de respiración y algunos otros trucos que lo ayudaron a enfrentarse al público. Pero el miedo seguía allí, latente, y, en las condiciones adecuadas, puede llegar a desbordarse, y el hecho de estar sentado en el comedor del hotel Breiseth echando la vista atrás y saber que va a encontrarse con La Escritora de la Realidad solo un día más tarde le revuelve todo y empieza a sentir un miedo que le sube por

las piernas y se extiende por todas las extremidades.

Knut sabe por experiencia que está a punto de perder el control. Cuando le ocurre, no es capaz de hablar ni de andar. Pero antes de que llegue a tanto, se levanta y, unos segundos más tarde, ya está fuera del comedor camino al sótano, donde sabe que hay un aseo.

Se queda allí de pie sin encender la luz y apoya la cabeza contra la pared hasta que los temblores remiten.

Después de asomarse al salón, donde Frank sigue sentado, porque la habitación aún no está lista, Knut sale del hotel. No está lleno; le habría gustado comer algo más, pero no puede arriesgarse a sufrir un nuevo ataque. Ha salido el sol; Knut respira el aire puro y unos metros más adelante vuelve a sentirse bien. Solo necesitaba un poco de aire, eso era todo, y ahora está a punto de asistir a una charla titulada «Cómo escribir una novela», y qué ciudad tan encantadora es Lillehammer. Y qué bonita, dispuesta en una pendiente. ¿Qué hace en Oslo? Por el mismo precio de su apartamento de dos habitaciones en St. Hanshaugen podría tener una casa con vistas al lago Mjøsa.

Pero, al mismo tiempo, en esta ciudad tan bonita y tan pequeña se esconden sorpresas desagradables en cada esquina y en cada espacio vacío, dispuestas a lanzarse sobre él, porque ahí viene otra crítica, que le despierta ideas negativas, y, cuando Knut mira a su alrededor en busca de vías de escape, descubre una antigua cabina telefónica reconvertida en quiosco de intercambio de libros. Se pone delante y, mientras la crítica pasa de largo, hace como que mira con interés y que está muy ocupado.

Ahí dentro ve los lomos de sus propios libros. Los habría reconocido en cualquier parte, y Knut abre la puerta y se mete en esa biblioteca minúscula. Está llena de libros desde el suelo hasta el techo. Saca los suyos y los hojea. En la portadilla de cada libro, debajo del título, dice: «¡Disfruta de la lectura!». Con su propia firma. Reconoce la letra descuidada y recuerda cómo era sentarse y firmar libros después de una charla o una presentación.

En las guardas, el dueño ha escrito su nombre. En todos los libros aparece el mismo nombre. Knut no recuerda a ningún lector

que se le acercara una vez y le pidiera que le firmara todos sus libros. Además, cada una de las firmas de Knut está escrita con un bolígrafo distinto. En otras palabras, se trata de uno de sus lectores más fieles, alguien que ha ido a verlo en seis ocasiones distintas para pedirle una firma.

Knut se emociona. Pero ¿cómo han acabado aquí sus libros?

Entonces lo entiende: el lector al que se los había dedicado ha muerto.

Pronto todos sus lectores estarán muertos. Pronto Knut tendrá que pagar a la gente para que lea sus libros.

Knut piensa en las dos alumnas de instituto a quienes no les daba vergüenza reconocer que no habían leído el libro sobre el que iban a escribir un trabajo. ¿Y por qué iba a darles vergüenza? Es Knut el que es viejo, es Knut quien está en minoría.

Pero entonces ya no importa que no le vaya bien, porque ya no se leen libros; solo se apilan en viejas cabinas telefónicas y se regalan.

Le vibra el móvil, pero no se molesta en comprobar quién es.

Se queda de pie en el quiosco hasta que la crítica ya se ha alejado. Una vez escribió que Knut era un escritor vulgar. ¿De dónde lo sacó? Y, de todas formas, cuando Knut leyó eso sobre sí mismo, trató de escribir de una forma más poética, con más subtexto. Trató de escribir «tembloroso», «herido», «dolido»; trató de escribir con adjetivos con carga positiva —adjetivos que a menudo aparecían en las reseñas de los libros de otras personas—, pero entonces desapareció lo que fuera que él tenía, y quedó algo sin vida y, lo que es peor, pretencioso, y tuvo que recular y volver a lo que siempre había escrito, y aun así esa reseña aún le duele como todavía le duele lo del guiso pasado y la manera en que La Escritora de Odda lo describió a él.

Pero bueno. Un día destrozan un libro en el Aftenposten y al día siguiente el mismo libro recibe alabanzas en el Dagbladet. O a lo mejor es al revés. Y es un alivio, pero también da miedo. Da miedo porque eso

significa que no hay un criterio objetivo y todo es fluido. Y es un alivio porque eso significa que no hay un criterio objetivo y todo es fluido. O tal vez haya un criterio objetivo, pero nadie lo tiene en cuenta.

Knut sale de la cabina. Lleva toda la vida interesándose por un único tema, y ese tema es la palabra escrita. Ahora parece que los textos escritos en forma de libros están a punto de convertirse en algo que pertenece al pasado. Tal vez debería empezar a escribir guiones de series de televisión. Pero la gente se traga temporadas enteras en una noche. Él también lo hace. ¿Va a esforzarse en construir una trama y unos personajes para que la gente engulla todo su trabajo en una noche y después suelte un eructo y le pida más, porque todo el mundo se ha convertido en un niño hiperestimulado? Y cuando salga otra temporada que le haya costado a Knut —y a muchos otros— sangre, sudor y lágrimas, la gente se la tragará también, sin masticar; se la tragará entera y después no se enterará de nada, igual que Knut no se acuerda de nada de lo que ve. Para recordar lo que sea de una serie de televisión, tiene que verla al menos dos veces.

Knut llega a un paso de peatones y, mientras espera a que el semáforo se ponga en verde, mira el móvil y ve que quien lo ha llamado es su padre. Siempre se pone nervioso cuando lo llama su padre y no es Navidad ni su cumpleaños, y ahora su primer pensamiento es que quien lo llama es la mujer de su padre, porque su padre ha muerto.

La última vez que Knut habló con su padre fue antes de Navidad. Su padre lo había llamado para decirle que ese año se iban a Bali con el hijo y la hija de su mujer y sus respectivas familias, para saltarse todo el jaleo de la Navidad y ese consumo nauseabundo que trae siempre consigo.

Os vais a Bali porque no soportáis tanto jaleo y tanto consumo, repitió Knut, porque estaba seguro de que no lo había oído bien, y su padre le dijo que sí, porque no había nada peor que la histeria navideña, y por eso se iban y no iban a volver hasta después de Año Nuevo.

Desde entonces Knut no ha vuelto a saber nada de su padre, más allá de lo que ha visto en internet. La mujer de su padre suele subir fotos del

padre de Knut esquiando junto a la casa de campo de Blefjell, de su padre brindando con la fotógrafa con un plato de skrei en el Theatercafeen o de su padre vestido de Papá Noel, rodeado de los nietos de su mujer. El viaje a Bali lo documentó hasta tal punto que Knut tuvo la sensación de haber estado allí también. Viven en la misma ciudad, y aun así no tienen contacto, lo mismo que le pasa con Lukas.

El semáforo se ha puesto en verde y en rojo varias veces y Knut sigue allí mirando el móvil e imaginándose el funeral de su padre.

Por fin se envalentona y llama. Tiene un nudo en la garganta. ¿Por qué no se veían más a menudo? Y ahora resulta que su padre está muerto. La mujer de su padre ha usado la cara de su esposo muerto para desbloquear su móvil, es lo que Knut se imagina, y después ha llamado a Knut antes que a nadie…

La voz de su padre interrumpe sus pensamientos.

—¡Hola!

Knut traga saliva. Su padre no está muerto. Está vivo. Está en Mallorca. Jugando al golf. Ahora se acuerda. Todos los años por estas fechas él y su mujer alquilan una casa grande en Mallorca con unos amigos y juegan al golf. Knut había visto las fotos en el tren. La familia de la hija de su mujer acaba de ir de visita. Su único hijo se clavó una astilla en el dedo y tuvieron que ir a quitársela al hospital. Hay que ver lo que sabemos de la gente hoy en día. Solo con darle a una tecla podemos ver con quién está la gente y si se ha retrasado su vuelo y lo que han cenado ese día. El día anterior habían estado brindando en un restaurante toda la pandilla, todos los amigos golfistas también.

Knut dice:

—¡Hola! ¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Me has llamado tú.

—No, me has llamado tú.

—Yo no te he llamado.

—A lo mejor me has llamado con el culo.

—¿Cómo?

—Que a lo mejor me has llamado sin querer. Seguramente tenías el móvil en el bolsillo y te has sentado encima.

—No, no me he sentado encima del teléfono. Lo tengo en el bolsillo y estoy paseando, así que no sé qué habrá pasado. ¿Seguro que no me has llamado tú?

—Segurísimo.

—Estamos un poco ocupados ahora mismo. Te devuelvo la llamada más tarde.

Knut está a punto de repetir que él no ha llamado a su padre, pero en lugar de eso dice lo siguiente:

—Me encantaría ir a visitaros.

No sabe de dónde le ha venido esa frase. Es una de esas cosas que dice sin saber por qué.

Al otro lado se oye una especie de hipo. Después, el padre de Knut carraspea varias veces.

—¿Visitarnos? ¿Aquí?

—Sí. ¿Qué os parece si voy este sábado? Puedo quedarme el tiempo que queráis. Puedo escribir en cualquier parte, en realidad.

Knut sabe que tienen un cuarto de invitados. Y no solo eso; tienen un apartamento encima del garaje del que la hija de la mujer de su padre acaba de subir fotos dando las gracias por «unos días estupendos en este precioso apartamento en el que he tenido la suerte de alojarme como invitada». Lo dicho: hay que ver lo que sabemos de la gente hoy en día.

Knut oye a su padre tragar saliva desde Mallorca hasta Lillehammer.

—Es un sitio muy bonito —dice Knut—. Y no me vendría mal algo de calor. Esta primavera ha sido muy fría.

—Hum… Tengo que hablarlo con Else. Ya te llamaré.

Knut se queda de pie junto al paso de cebra y espera, y un minuto después recibe un mensaje.

«ahora no nos viene bien mejor nos vemos cuando volvamos»

«¿Cuándo volvéis?»

«la semana que viene»

«¿Os apetece venir a cenar a casa el jueves?»

«no porque nos vamos a blefjell y en julio estamos en mandal mejor nos vemos en agosto»

«Vale», responde Knut. «¡Felices vacaciones!»

Para qué insistir. Su padre tiene más de ochenta años. Eso es lo que pasa con los hombres divorciados: que se dejan absorber por la familia de su nueva esposa. Y eso le ha pasado a él también —como cuando vivía con Hanne—. Las mujeres hacen planes y llenan el calendario con mucho tiempo de antelación, con el resultado de que todas las vacaciones o festivos se dedican a la familia y a los amigos de ellas.

Una vez, hace muchos años, Knut celebró la Navidad con los hijos de un matrimonio anterior del marido de la hija de la mujer de su padre. Fue una de esas navidades en las que no tenía a Lukas y tampoco tenía pareja ni vivía con nadie, y por tanto acabó con su padre, sentado a la mesa y comiendo costillas con los hijos de un matrimonio anterior del marido de la hija de su madrastra, adolescentes desconocidos sentados a la mesa, que bostezaban y no parecían tener claro dónde estaban, igual que Knut tampoco entendía quiénes eran y todo el rato tenía que recordarse a sí mismo qué relación había entre ellos.

La mujer de su padre suele mandarle vídeos del padre con sus nietos «postizos». En esos vídeos, el padre de Knut es un tipo

divertido y de buen carácter, bastante distinto a como era cuando Lukas era pequeño y completamente distinto a como era con Knut. Tal vez sea porque es más fácil dar lo mejor de uno con gente que no es de la familia, algo que a Knut también le pasa.

Y Knut suele responder: «¡Muchas gracias! ¡Cómo me gusta ver lo mucho que disfrutáis! ¡Mandadme más vídeos, por favor! Me encanta ver lo bien que lo pasáis en Mandal /en Blefjell/en España. Saludos desde la gran ciudad/el frío norte».

Tal vez envíe esos mensajes exageradamente entusiastas para parecer tolerante y sociable, es decir, lo contrario de lo que es.

Ahora que Knut ha empezado a comportarse de esa forma tan rara y misteriosa, le manda un mensaje a su hijo.

«¿Te apetece venir a cenar a casa el jueves de la semana que viene? Vendrá también el abuelo :-).»

Se está arriesgando. Pero no tiene por qué preocuparse, porque, tal y como pensaba, no habrá respuesta, como suele ocurrir cuando Knut le hace una propuesta concreta para que se vean. Si Lukas le respondiera a ese mensaje con un pulgar hacia arriba y un pollo asado, podría interpretarlo como que aparecerá en casa de Knut el jueves de la semana siguiente. Y no lo va a hacer. El abuelo tampoco. Y por lo tanto, Knut no tendrá que mover un dedo para organizar esa cena. Pero ahora al menos ha puesto de su parte. Así, si su padre, que tiene más de ochenta años, se desplomara en el campo de golf de Mallorca, en su funeral Knut podría consolarse al pensar que en todo caso lo había invitado a cenar.

El semáforo se pone en verde y por fin cruza la calle. A la izquierda están el parque y la cafetería. Junto a la cafetería han montado un escenario con motivo del festival; los técnicos van y vienen; frente al escenario, el público ha empezado a ocupar las sillas, que se han dispuesto en grupos alrededor de pequeñas mesas.

En la terraza de la cafetería está sentada Lene con más gente. Está de espaldas, pero Knut la habría reconocido en cualquier parte, igual que acaba de reconocer los lomos de sus propios libros en la cabina.

Si hubieran seguido casados, habrían celebrado sus bodas de plata hace muchos años. Pero en realidad ninguno de los dos se habría acordado. Se les habría pasado la fecha de sus bodas de plata, porque así eran ellos: ninguno de los dos se acordaba nunca de su aniversario y tal vez eso, entre otras cosas, había sido el motivo por el que se habían divorciado, porque ambos son un desastre. Ahora, por el contrario, ahora que ya da lo mismo, Knut se acuerda del día de su boda, que fue un 10 de junio, todos los años.

Lene subirá a leer un fragmento de su libro enseguida; seguro que ha escrito sobre Knut. Si escribe sobre un hombre neurótico y ligeramente maniacodepresivo, siempre es él. Una vez escribió sobre una mujer neurótica y ligeramente maniacodepresiva, y también era él. Knut nunca es el protagonista, pero a menudo se reconoce en un personaje secundario.

Por otra parte, qué va a saber él.

Knut también ha escrito sobre otras personas, claro que sí, y, sin excepciones, las personas sobre las que ha escrito algo no se han reconocido a sí mismas, mientras que otras personas sobre las que no ha escrito se han identificado con este o con aquel otro personaje.

Pero él nunca ha escrito sobre Lene. No sabe por qué.

Los dos fueron infieles varias veces. Knut con Turid y la mujer de Slottsparken; Lene, con un profesor de una escuela de escritura y un exnovio, así que en eso están empatados.

Lo único que recuerda de cuando estaban a punto de dejarlo es una vaga sensación de no poder más. Pero no recuerda qué es con lo que ya no podía, y ahora ella está allí, y Knut hace como que no la ve y reza en silencio para que ella no lo vea a él, no ahora, pero sus pensamientos no le tienen ningún respeto, porque ahora se imagina que Lene, Lukas y él están sentados a la mesa del antiguo piso de Sagene, iluminados por la bonita luz amarilla en la que siempre está envuelto el pasado, y que hace que resulte tan claro y, por supuesto, limpio de toda mugre y confusión.

Knut sigue caminando, porque es importante fingir que no pasa

nada, pase lo que pase, y ahora tiene que tener cuidado, porque todos esos recuerdos han despertado la resaca de las dos o tres botellas que Frank y él se tomaron la noche anterior. La ansiedad lo envuelve como un cable y es aún peor cuando ve quién está sentado a su lado, porque, por supuesto, la calva brillante de Terje sobresale por encima del resto. Knut, al menos, conserva todo el pelo, y es, además, como mínimo, diez centímetros más alto que Terje. Knut se aferra a esos datos mientras camina arrastrando los pies por el parque. Camina con paso decidido y no vuelve la cabeza hacia la cafetería más de lo que resulta natural volverla hacia la vida, las personas y los colores, de la misma manera que se volvería una persona corriente que no existe pero que podemos fingir que sí, y apoyarnos en ella y usarla como guía, con total tranquilidad y naturalidad.

Knut odia a Terje. Es un odio puro, sin nada de «por un lado, por el otro». Knut odia todo lo que Terje es y todo lo que dice y todo lo que Terje ha sido y ha dicho alguna vez y todo lo que será, hará y dirá. Knut odia cada célula y cada molécula que compone el cuerpo de Terje en la tierra.

Knut odia a Terje con el mismo odio que al principio de los tiempos le llenaba el cuerpecillo y le hacía correr con ganas, impulsado por un deseo irrefrenable de aniquilar al niño que le había tirado un puñado de arena mojada a la cara. Ese antiguo y fiable sentimiento es lo que Terje despierta en Knut, y, de vez en cuando, Knut saca su odio y lo desempolva y lo pule para mantenerlo limpio y bello y sin rayones.

A Terje le gusta el fútbol e ir a pescar. A Lukas también le gusta el fútbol e ir a pescar, y Knut lleva la cuenta de todas las excursiones que han hecho Terje y Lukas y que le hacían y aún le hacen sentir como un padre no deseado y superfluo. Knut, además de proponer viajes para ir a ver fútbol a Inglaterra, también ofrecía salir a pescar. Pero la pesca es un ámbito que Knut no domina en absoluto, algo que Lukas, por supuesto, sabe: cuando era un adolescente, la propuesta de su padre quedó en una excursión a una cabaña alquilada en la que se demostró que el hijo sabía mucho más sobre la pesca que su progenitor. Sentado en el barquito de remos, Knut esperaba que ningún pez mordiera el anzuelo, porque

entonces tendría que matarlo, algo que nunca había hecho y que no sabría hacer; algo que temía como un perro miedoso.

El problema es que eres como una vieja, solía decirle Frank.

Knut ha cruzado el parque sano y salvo y ahora tiene la iglesia de Lillehammer a su derecha.

El último libro de Terje recibió unas críticas demoledoras, y, aunque Knut no lo ha leído, está de acuerdo con el reseñista en todo. Los críticos intentaban superarse unos a otros en los métodos de destrucción, hasta que alguien hacía sonar un silbato y decía basta en forma de un largo artículo en una revista. Era el mismo tipo de artículo que había dejado por los suelos toda la vida y el trabajo de Knut, porque el objetivo de ese tipo de artículos es ir en contra de la mayoría. Así, la destrucción de la obra de Terje condujo a un artículo elogioso en una revista, mientras que la elogiosa recepción de la prensa diaria de El Famoso Libro tuvo como resultado un artículo demoledor en la misma revista. Todo esto gracias a nuestra necesidad innata de equilibrio, piensa Knut, que tiene el libro de Terje desde hace tiempo en la mesita de noche. Terje y él comparten editorial, por lo que Knut recibe sus libros gratis; de lo contrario, para que el préstamo no quedara registrado, habría tenido que sentarse a leerlos en un rincón de la biblioteca de Majorstua.

Solo ha sido capaz de leer la primera parte del libro de Terje. Aun así, le encanta tenerlo a mano. Por ejemplo, puede pasarse un buen rato mirando la foto del autor. Mira a Terje, que está con los brazos cruzados y proyecta los músculos de los antebrazos hacia delante. Ve cómo ha cambiado y editado su biografía. Dice que ha «trabajado en la basura, en el puerto, en una cadena de montaje, en la construcción y en fábricas». La así llamada biografía de Terje es un poema muy acompasado de la clase trabajadora en el que se ha omitido hábilmente que Terje se crio con sus padres, que eran profesores. Ambos viven todavía y, además, siguen casados. Por último, pero no por ello menos importante: Terje se gana y se ha ganado la vida desde siempre como editor y consultor autónomo, así como profesor de escritura, y tiene las manos blancas y suaves y completamente desprovistas de los callos que según su biografía debería tener.

Como Knut ha tenido un hijo con la mujer de Terje —«ja, ja, yo llegué primero»—, se ha encontrado con ese tal Terje regularmente durante los últimos diez o quince años y en todo tipo de acontecimientos, y ambos siempre han conversado afablemente: son compañeros de trabajo, publican en la misma editorial, etcétera.

Pero cuando están borrachos y nadie los ve, especialmente cuando no está Lene, dejan ese teatro y lo sueltan todo, y, en el fondo, Knut anhela esos momentos, mano a mano con Terje, porque el odio que sienten el uno por el otro tiene algo de primitivo e íntimo. Es un estado que Knut a menudo echa de menos, especialmente en el mundo cultural, y sabe que es algo que tiene en común con Terje. Aunque, por supuesto, nunca hablan abiertamente del tema, Knut sabe que Terje y él tienen ese odio rabioso recíproco en común, y que ambos lo disfrutan, y Knut fantasea con un ajuste de cuentas, tal vez una pelea de borrachos aquí en Lillehammer, en cualquier rincón oscuro. Quiere oír cómo crujen huesos y cartílagos.

Knut pasa por delante de casas antiguas y bien cuidadas con jardín y, como de costumbre, se imagina que Lene y él viven en una de ellas. Con Lukas. Y que tienen un hijo más, o incluso dos. Déjalo ya, se dice a sí mismo. Solo estás pensando en ello porque sabes que es imposible. Lene vive en una casita muy agradable en la ciudad jardín de Tøyen junto a su nuevo marido, Terje, con quien lleva ya más tiempo del que estuvo contigo.

Capítulo 6

Knut está a punto de llegar a Nansenskolen. Va en medio de un grupo, porque mucha gente quiere asistir a esa conferencia, es decir, que mucha gente quiere saber cómo se escribe una novela. Acaba de recibir un mensaje emocionado de su familiar más cercano —Knut y Frank han acordado que se inscribirán mutuamente como familiares más cercanos si acaban (o cuando acaben) en el hospital—, que ahora se ha instalado en la habitación de hotel de Knut, y allí está tumbado esperando a su caprichoso amante, que acaba de confirmar que está de camino, y así también se confirma que Knut no tiene dónde dormir esta noche.

Delante de Nansenskolen hay una cola que llega hasta el patio y, mientras Knut se pone al final, piensa en cómo tiene que ser dar una charla delante de gente que hace cola para entrar. Entonces recuerda que ya lo ha vivido, pero que fue hace tanto tiempo que bien le podría haber sucedido a otro.

En la cola hay caras conocidas delante y detrás. Knut los saluda con un gesto de la cabeza y la mayoría le devuelve el saludo; aunque parezca increíble, allí está también Turid, una persona en la que lleva mucho tiempo sin pensar, y ahora justo acababa de pensar en ella y aquí está, con su marido y varias personas más. Knut le sonríe, pero ella le ignora, y ese gesto se le instala en el cuerpo como algo nuevo y tiene que respirar de manera consciente para superarlo.

Por fin están dentro de la sala y Knut encuentra un sitio en el extremo de un banco, junto a la salida, para poder salir corriendo. Por experiencia, este tipo de eventos culturales a menudo son una decepción, pero, aun así, Knut se deja tentar una y otra vez; además, el título de esta conferencia, «Cómo escribir una novela», es infinitamente atractivo, porque ¿quién no quiere saber cómo se escribe una novela? Hasta un autor con cincuenta libros a sus espaldas daría su brazo derecho por obtener una respuesta a esa

pregunta, y tanto Knut como el público aplauden con entusiasmo cuando el escritor llega y se sitúa detrás del atril.

Pero cuando por fin cesa el aplauso, el escritor aclara, y es lo primero que dice, que no va a hablar de lo que se ha anunciado.

De lo que va a hablar es de por qué ha dejado de comer carne y se ha hecho vegetariano.

Tiene el rostro tranquilo y satisfecho; la gente murmura, pues conoce esa liturgia y sabe apreciarla: al público le gusta lo que va a contracorriente, lo que se sale de lo establecido, lo que nadie espera. Y todos aplauden, al principio de forma titubeante, claro, y miran a su alrededor para ver cómo reaccionan los demás, y Knut se da cuenta de que muchos están decepcionados, como él, pero un segundo más tarde ocultan esa decepción y asienten muy serios, mirándose los unos a los otros, y siguen aplaudiendo.

El que está en el escenario es, además de escritor —y vegetariano—, crítico literario, y es uno de los que publicó una crítica tibia, por decirlo finamente, del último libro de Knut, por lo que Knut quiere parecer un espectador entusiasta y positivo para que nadie sospeche que está resentido. Knut, de nuevo, comete el mismo error que cometen muchos: cree que los demás piensan en él y que están pendientes de lo que hace en todo momento. Pero la realidad es que piensan tanto en él como él en ellos, es decir, nada en absoluto.

Cuando remite el aplauso, una mujer levanta la mano.

—¿Eso quiere decir que no vas a hablar sobre escribir novelas?

—Exacto —responde El Vegetariano.

Se agacha y se tapa la cabeza con las manos para protegerse y todo el mundo se ríe. Todo el mundo menos la mujer que ha hecho la pregunta.

—He cogido el tren desde Oslo solo para oírte hablar sobre escribir novelas. He venido solo por esta charla. Me he levantado a las cinco de la mañana para llegar a tiempo.

—Estoy seguro de que te devolverán el dinero —dice El Vegetariano, y el público se ríe.

La mujer se levanta y recoge sus cosas. La sala se ha quedado en silencio y cuando se cierra la puerta tras ella, El Vegetariano dice:

—¿Alguien más quiere que le devuelvan el dinero? ¿Alguien quiere un descuento? ¿Una rebaja? Porque no voy a hablar de lo que pone en el programa.

La gente vuelve a reírse, pero las risas están más dispersas.

—A lo mejor queréis que os devuelvan el dinero del billete de tren también, ya que habéis venido ni más ni menos que desde Oslo.

Pronuncia Oslo marcando mucho la ese, y las risas suben de volumen. Hay quien incluso aplaude. Porque en esta sala la gente es tolerante y está abierta a los cambios en el programa.

Entonces sigue hablando. Sin notas, cuenta que un día se quedó mirando un mostrador de carne en un supermercado y se dio cuenta de algo sobre lo que nunca había reflexionado: que comemos otros seres vivos. Le había preguntado a un hombre que pasaba por allí si era posible que allí abajo hubiera vidas enteras, almas enteras cuidadosamente empaquetadas, clasificadas según la parte del cuerpo a la que corresponden. El hombre había seguido su camino sin responder.

Cordero, ternera, crías que separan de su madre, cámaras de tortura, holocausto. Los animales viven un holocausto todos los días, a todas horas.

Habla de los beneficios que tiene para la salud dejar de comer no solo carne, sino productos lácteos y demás, y que gracias a su nuevo estilo de vida ha adelgazado diez kilos.

A pesar de que El Vegetariano los ha engañado, se respira buen rollo en el ambiente y la gente sonríe, asiente y se ríe de todos los chistes. Es como si el público tuviera que convencerse —ahora que ha pagado por ello— de que el escritor lo está haciendo bien y que

ellos han hecho bien en quedarse allí sentados.

Tal vez porque El Vegetariano habla el dialecto de Bergen —o al menos lo que Knut, que se ha criado en Oslo, cree que es el dialecto de Bergen—, Knut se acuerda de la última vez que estuvo allí. Fue hace ya unos años, y no se acuerda del motivo de su viaje, pero sí recuerda que lo primero que vio al salir del aeropuerto fueron unas letras enormes y luminosas que formaban la palabra «Bergen» seguida de un signo de interrogación:

BERGEN?

Las letras estaban ancladas a la parte baja de la ladera de una montaña y Knut se había parado a verlas. ¿A lo mejor no estaba en Bergen? Por un momento no lo tenía claro.

Un segundo más tarde pensó que el artista responsable de esa instalación, porque enseguida se dio cuenta de que debía de ser eso, habría apreciado la confusión de Knut, una confusión y una falta de certeza que debe de haber sido el objetivo: hacer que la gente se detenga, que piense las cosas, que reflexione. Que no dé nada por sentado, que cuestione las cosas. Que no se duerma sino todo lo contrario: que siempre esté consciente y despierta.

Pero Knut no necesita que le recuerden que tiene que cuestionarlo todo, porque ya lo hace y lo ha hecho siempre, y ahora en Nansenskolen se pregunta de dónde viene ese impulso —y encima bastante convencional— de disolución y ruptura, y si no se va a acabar pronto con él ahora que es una convención, hasta el punto de que ya se les pide a los viajeros que duden incluso de dónde han aterrizado.

¿Cuántas cosas puede permitirse una persona cuyo objetivo es romperlo todo, ir a contracorriente, no dar nada de lo que se espera de uno, no hablar de lo que se ha dicho que se va a hablar o cuando destroza unos pantalones a propósito? ¿Cuánto dinero, tiempo y energía hay que tener?

El Vegetariano habla de la reencarnación.

—¿Cómo puede ser que todo lo que soy vaya a desaparecer?

Tiene que haber un alma que se reencarna en distintos cuerpos aquí en la Tierra, o tiene que haber otro mundo y otra dimensión a la que llegamos al morir, y si esto les sucede a los seres humanos, no hay ningún motivo para que no les ocurra a todos los seres vivos, incluidos los insectos y todo aquello que tenga conciencia y un deseo de sobrevivir y de formarse, y entonces la idea de matar y comerse a otros seres es imposible, insostenible, dice, y Knut desaparece dentro de sí de nuevo, porque como de costumbre tiene que oponerse a lo que oye y, además, sigue decepcionado porque la conferencia trata de algo distinto a lo que pone el programa, joder, y piensa en todos los documentales sobre la naturaleza que ha visto en internet cuando se despierta a las dos de la madrugada y no puede volver a dormir y se tumba en el sofá y enciende la tele a esas horas de la noche —tal vez para librarse de palabras y pensamientos— para ver siempre documentales de la naturaleza en los que aparecen leones comiéndose a las crías de las leonas para después aparearse con esas mismas leonas, o cocodrilos cuyo menú incluye humanos y serpientes que se comen cabras enteras que siguen moviéndose vivas dentro de ellas un buen rato.

El mundo animal es espeluznante e insondable, y lo que han hecho los humanos, piensa Knut mientras El Vegetariano habla y el público ya ha empezado a moverse inquieto, lo que han hecho los humanos es encontrar la manera de no ser devorados, y así hemos establecido nuestro propio sistema alimentario, en el que los animales tienen, por lo general, una vida estupenda, en cualquier caso si la comparamos con la vida que habrían tenido en la naturaleza, donde cada día es una lucha por conseguir la comida suficiente y evitar que los devoren antes de que logren reproducirse, y después evitar que devoren a sus hijos antes de que ellos logren reproducirse, y así sucesivamente. De todo esto se libran los animales de granja, que reciben alimento y pastoreo o están en un establo o en un corral y reciben cuidados constantes por parte de los humanos hasta el día de su muerte, y cuando ese día llega, sucede rápido y con una delicadeza relativa, al menos comparado con el final que habrían tenido en la naturaleza, donde habrían sufrido una muerte lenta y violenta y agonizante como comida y/o entretenimiento de un ser más grande y más fuerte.

Knut tiene la sensación recurrente de que detrás de lo que está

diciendo El Vegetariano —que además se está pasando de la hora, porque tendría que haber terminado hace quince minutos— se esconden el deseo y la esperanza de encontrar un paraíso, un mundo donde nadie se come a nadie, y de que un mundo así es posible y está a nuestro alcance si los humanos nos comportamos como es debido.

Knut se pregunta cuándo acabará esto y cómo coño puede alguien ser escritor y crítico al mismo tiempo. Es como si una vaca trabajara en un matadero, para seguir con el tema del día, pero El Vegetariano no se rinde y ahora habla de la primera vez que fue al médico después de llevar varios meses siendo vegetariano y de lo estupendos que habían resultado sus análisis de sangre.

Pero esto no es ni de coña por lo que ha venido Knut. No se ha levantado a las cinco de la mañana para sentarse a escuchar consejos de alimentación. No tiene nada en contra de comer verduras, pero el vegetarianismo es un tema que nunca le ha interesado para nada, al igual que otros temas que tampoco le interesan para nada, como el fútbol, hacer cestas o lo que sea, todo lo contrario de cosas que sí le interesan, como por ejemplo: cómo se escribe una novela.

Por fin termina la charla.

Knut sigue a la marabunta hacia la salida. En la cola ve bostezar a la gente y Knut también bosteza, porque como de costumbre casi no ha dormido esta noche.

Se queda parado en la plaza frente a Nansenskolen, esperando que ocurra algo que le levante el ánimo. Tal vez espere encontrarse con alguien, un viejo amigo, un antiguo amor, tal vez Turid pueda reconocer su existencia, siempre han sido amigos en público, se han subido juntos a un escenario. ¿Por qué motivo pasa de él? ¿Querrá que hable con su marido?

Pero no los ve. Deben de haberse escabullido.

Por el contrario, a quien sí ve es a El Vegetariano, que baja por las escaleras rodeado de su entourage, igual que Knut en su día iba siempre rodeado del suyo, por supuesto sin ser consciente de ello en

ese momento, pero ahora que ya no está en el meollo del asunto lo ve aún más claro, y recuerda los años que siguieron a la publicación de El Famoso Libro, en los tiempos en los que —según la crítica y los lectores— aún no había entregado nada que estuviera al mismo nivel que El Famoso Libro, pero la gente aún tenía fe en él. En los tiempos en que, por ejemplo, se sentaba a tomar una cerveza en Kunstnernes Hus y no podía levantar la vista sin darse cuenta de que varias personas, tanto hombres como mujeres, lo estaban mirando fijamente. Entonces Knut pensaba que esas caras lo miraban con deseo. Recuerda especialmente a un escritor que no le quitaba ojo, con una expresión que Knut interpretó como —e incluso lo anotó en su cuaderno y después lo incluyó en una novela — «si no fuera capaz de decidir si quería comerme, follarme o matarme».

Y en el séquito de El Vegetariano a quién iba a ver Knut sino a El Editor. A su propio editor. Ambos están junto a la entrada, riéndose a mandíbula batiente de vete a saber qué. Cada carcajada es un hachazo al sistema nervioso de Knut.

No sabía que El Editor y El Vegetariano se conocieran.

¿Se estarían riendo de él?

Knut cree que todo lo que pasa tiene que ver con él. Probablemente sea un signo de vejez, es decir, de que el tiempo da la vuelta y se vuelve hacia la infancia, por lo que enseguida estará al nivel de su yo de tres años.

Se acuerda de una película que Frank y él vieron no hace mucho en la que Anthony Hopkins interpreta a un hombre con Alzheimer. Al final, cuando el entorno y las caras que lo rodean no paran de cambiar y nada tiene sentido, Hopkins llama a su mamá desde su habitación de la residencia. Hopkins es un hombre de ochenta y tantos años que llora y gime: «I want my mommy I want my mommy».

Pero Knut no es tan mayor aún, y por ahora sigue siendo un miembro pleno y erguido de la civilización, y siente el impulso de acercarse a ellos. Pero está tan lleno de bilis y resentimiento que, si se acerca a ellos, rebosarán. Ellos dejarán de reírse y toda la ligereza que ahora destilan se esfumará. No quiere cargarse ese

buen ambiente con su presencia. Además, no quiere recordarle a El Editor su última reunión y, en conexión con su último intento de escribir, no quiere recordarle lo de M.

Knut se estremece al pensarlo y, antes de que el editor lo vea, sube apresuradamente por el camino de grava y se adentra en las callejuelas de la ciudad y deja atrás Nansenskolen.

El enfado, el pulso acelerado, todo eso le dice que, a pesar de sus malas experiencias, tenía expectativas para esta conferencia. Una esperanza de recibir ayuda, inspiración, consejos, trucos, lo que sea. ¿Era demasiado pedir? ¿Era inaudito esperar que una conferencia tratara sobre lo que en el programa decía que iba a tratar?

Knut camina deprisa. A la izquierda está el lago Mjøsa; las colinas que asoman por encima del lago están oscuras. Pronto será verano y recuerda que no hemos pagado nada por entrar en esa conferencia, ya que la pulsera del festival nos da acceso gratuito a todas las actividades, trata de decirse Knut a sí mismo. Pero no sirve de nada. En lugar de eso piensa en todas las demás veces en que se ha dejado seducir por algo solo porque es gratis, por ejemplo una obra a la que asistió el año pasado, un estreno para el que Frank tenía entradas como parte del pago por haber diseñado una web para un grupo de teatro, y la alegría de obtener algo gratis había eclipsado todo lo demás, como de costumbre, incluidos sus temores, porque el grupo de teatro era conocido por su «valiente y alternativa puesta en escena de los clásicos», según decía en la web que había diseñado Frank.

La pieza que iban a ver era una versión de Casa de muñecas en la que todos los papeles iban a interpretarlos niños. Eso Knut lo sabía de antemano. Lo que no sabía y solo supo cuando Frank y él se sentaron en el centro de la fila de butacas y todas las vías de escape estaban bloqueadas, era que a los niños les habían hecho una entrevista en vídeo sobre su participación en la obra y lo que pensaban de ella, y, mientras el público buscaba sus asientos, el vídeo se proyectaba en globos enormes que estaban colgados de cuerdas largas por toda la sala. Entonces salieron al escenario los niños de carne y hueso. Estaban envueltos en una tela blanca, que parecía de papel, con palabras y frases impresas que, según el programa, eran las réplicas originales de Casa de muñecas. El programa incluía la entrevista con el director, que hablaba de lo

interesante y gratificante que había sido trabajar con niños, y de cómo era mucho mejor que trabajar con actores adultos, que suelen ser mucho más rígidos.

Los niños, que parecían tener entre ocho y doce años, permanecían de pie en el escenario, envueltos en las letras. Leían cada uno su manuscrito, que tenían delante. A menudo se trababan con las palabras, porque el director, que quería crear el acercamiento más inmediato posible al texto, no había dejado a los niños practicar de antemano.

Además, el escenario estaba vacío, a excepción de algunos viejos decorados apilados al fondo, y esa falta de escenografía, según el programa, haría que el público se fijara en lo artificiales y manipuladoras que son todas las escenografías, y por la misma razón la luz era plana e idéntica en toda la sala.

Todo ello dificultaba el seguimiento de lo que estaba ocurriendo. Después de la primera media hora de la pieza pusieron una película y apagaron las luces de la sala. La película estaba entrecortada y era confusa, parecía una vieja cinta en Super 8, pero debía de haberse grabado en el presente, porque después de un rato aparecían lanchas hinchables llenas de personas y chalecos salvavidas de color naranja que flotaban en lo que presumiblemente era el mar Mediterráneo. Después, la película mostraba a una serie de mendigos que merodeaban por una ciudad que poco a poco quedaba claro que era Oslo. Al final se veía a gente haciendo cola frente a una oficina pública, y luego todo volvía a empezar desde el principio, con los chalecos salvavidas naranjas, los mendigos, etcétera, y la película se proyectaba tanto sobre los niños del escenario y los viejos decorados que estaban apilados, como sobre los grandes globos, y todo el tiempo Knut trataba de entender primero lo que mostraba la película y después su relación con Casa de muñecas. ¿Eran los niños Nora? ¿Eran las personas de la lancha hinchable Nora, que se había ido de casa? Pero en cuanto creía que había encontrado algún tipo de conexión, pasaba algo que se cargaba el sentido y la relación entre una cosa y otra y que hacía que Knut se avergonzara de sí mismo por tener esa necesidad de buscar el sentido a las cosas, por lo que fingió, también ante sí mismo, que no había estado buscando el hilo conductor de todo aquello. Ahí estaba la necesidad convencional de Knut de encontrar la coherencia, algo que con esta obra justamente se

quería desafiar para que no terminara siendo, como tantas otras cosas, un producto de consumo cultural para la clase media, como el director de la obra afirmaba en el programa, y Knut pensó en algo que había leído en alguna parte, que «la cultura tiene que hacer daño». Un crítico escribió que le gustaba el teatro que no pretendía gustar. El crítico escribió que habría que ponerse en la entrada del teatro después de la representación y preguntar: ¿te ha hecho daño? Y después echar a todos los que respondieran que no. Fuera con ellos.

Knut camina por la misma zona residencial por la que llegó. Hay gente caminando delante y detrás de él, y recuerda cuando estaba sentado en la fría y cruda sala de teatro, que antes había sido la nave de una fábrica, y encontró consuelo en la certeza de que si hubiera habido alguien junto a la puerta del teatro que le hubiera hecho esta pregunta, si la representación le había hecho daño, habría podido responder con un SÍ alto y claro.

La representación lo había aburrido de una forma tan intensa, tan dolorosa y tan fundamental que si el objetivo que perseguían las personas que estaban a cargo de la producción era la angustia existencial y el dolor psíquico en general, entonces había sido todo un éxito, porque ya en los primeros minutos empezó a picarle y a pincharle y a escocerle todo; le temblaban las piernas, y la ligera borrachera de las dos cervezas que habían tomado en un pub de camino al teatro —«para aguantar al menos la primera media hora», como había dicho Frank, que se había mostrado escéptico desde el principio—, esa embriaguez hacía mucho tiempo que se había disipado, y la mente empezaba a vagar. Tal vez debería empezar a tomar suplementos de magnesio, que supuestamente podrían ayudarlo con el síndrome de las piernas inquietas, y no solo eso, el magnesio podía ayudarlo con el insomnio, y Knut había conseguido a duras penas no sacar el teléfono para buscar magnesio y así siguieron las cosas: se le ocurría algo y enseguida quería sacar el teléfono para anotarlo o para buscar dónde se compraba algo.

Knut piensa en esa obra de teatro y en la conferencia a la que acaba de asistir, porque ambas actividades tienen algo en común, algo que no sabe muy bien qué es, tal vez una especie de dejadez, de pereza maquillada de algo nuevo e interesante, porque ahora está bien escaquearse, faltar, no cumplir con lo acordado, reírse de

la gente en su cara, de la gente que ha cogido el tren desde Oslo ex profeso, de la gente que está intentando con todas sus fuerzas encontrar la coherencia a una serie de tonterías torpes e inconexas, de la gente que paga su entrada y asiste y se sienta derecha como una vela y escucha y trata de entender lo que allí se dice. Es una falta de respeto, una burla hacia el público, hacia…

Pero de nuevo Knut se dispersa, porque aquí está caminando por las calles que llevan al centro de Lillehammer y siente que la ira remite, por mucho que intente alimentarla, porque está tan viejo y tan cansado que ya no es capaz de estar furioso más de unos minutos seguidos. Es como si el cuerpo tirara la toalla; ya no es capaz de seguir en pie. «Ahora estás solo con todas tus tonterías», le dice el cuerpo, y cuando Knut llega al cementerio ya ha olvidado lo que hace unos minutos le irritaba tanto.

Es como si una voz en su interior le dijera «Ya pasó, ya pasó».

Pero Knut no se rinde y entra en el cementerio y se sienta en un banco y da vueltas a los recuerdos en busca de algo que lo ponga de los nervios, pero no le hace falta buscar demasiado, porque la semana pasada oyó en la radio que un tipo iba a votar a favor o en contra de algo. Knut ha olvidado qué era, aunque recuerda lo que dijo el hombre: al principio, dijo el hombre, quería votar a favor de eso que Knut había olvidado, y el hombre sabía que estaba garantizado que habría una mayoría de votos a favor. Pero como no le gustaba imaginarse a sí mismo como un borrego, como él mismo decía, había votado en contra. «Por qué has votado en contra si querías votar a favor», le preguntó el entrevistador, y el hombre le respondió: «Si hubiera pensado que había una opción real de que saliera el no, habría votado a favor. Pero odio que la gente se comporte como un rebaño de borregos. Yo no quiero ser un borrego».

Knut se tumba en el banco para relajar la espalda, que está rígida por haber pasado tanto tiempo sentado, primero en el tren y después en esa charla lamentable.

El banco está caliente. Los pájaros cantan en los árboles. Los muertos murmullan y tararean a su alrededor, los oye claramente, o tal vez solo sean los insectos en los arbustos.

La extrañeza de todo lo que siempre le ha molestado pero que

antes normalmente conseguía pasar por alto se arrastra por su conciencia y exclama «Qué raras son las calles, las casas, y todas las personas, las caras que hablan alrededor de mesas y más mesas de cafeterías y restaurantes y parques», y de nuevo tiene la sensación de que todo el mundo menos él ha entendido algo que nunca llegará a comprender.

Y qué más da, murmuran los muertos. No lo descubrirás de todas formas, y pronto estarás aquí.

Pronto estarás aquí, se dice. No lo olvides.

Descubrir el qué, quisiera saber Knut, pero entonces las voces desaparecen y solo quedan los sonidos de los animales.

Capítulo 7

A Knut lo despierta el zumbido del móvil.

«¿Qué es de tu vida? ¿Tienes tiempo para un café?», le escribe El Editor.

Cuando se incorpora y comprueba dónde está, Knut responde:

«¡Claro que sí!».

La respuesta llega de inmediato:

«¿Dentro de media hora en la cafetería de la biblioteca?».

«Ok. ¡Hasta ahora!»

En esta ciudad nada está lejos, y la biblioteca queda a cinco minutos andando. Knut pone la alarma veinte minutos más tarde y vuelve a tumbarse.

Lo buscan. Tiene una cita. Con su Editor. ¿Cuándo fue la última vez que quedó con su Editor? Tiene que haber sido…, no, mejor no pensar en ello.

Pero allí tirado en el banco, mirando al cielo, lo piensa de todas formas, como es lógico.

Las dos novelas que Knut publicó antes de El Famoso Libro vendieron la media de ejemplares de las novelas noruegas: alrededor de setecientos libros. En esa época, Knut solía imaginarse a los setecientos lectores, o los seiscientos, si quitaba a familiares y amigos y a la gente con la que fue al colegio y otros conocidos que tal vez leyeron el libro para ver si había hablado de ellos; él lo habría hecho, pero entonces quedaban seiscientas personas que se habían comprado su libro voluntariamente, y a esas las reunía mentalmente en un auditorio y lo aplaudían y él se inclinaba ante

ellos.

Entonces llegó El Famoso Libro. Knut tenía treinta y pico años y se sentía viejo. En realidad era joven y tonto, y por eso pensaba que la vida iba a ser siempre como cuando publicó El Famoso Libro: escribiría un éxito tras otro y siempre podría elegir festivales, programas de radio y televisión, entrevistas y todo ese rollo, como enseguida empezaría a llamar a esas cosas.

Una vez en esos tiempos almorzó en la editorial. Ahí estaba, junto a una mesa en medio de la cafetería de la gran sede de la editorial, con El Editor, el director editorial, el jefe de márketing y un par de responsables más. Las personas más importantes de esa editorial estaban reunidas alrededor de esa mesa que todo el mundo miraba fijamente desde todas las demás mesas, y todas las caras se dirigían hacia Knut, y, en medio de esa situación privilegiada, Knut se quejaba de todas las ofertas que recibía.

«Con todo este lío, ¿de dónde se saca el tiempo para escribir?», se preguntaba.

Varias cabezas asintieron, comprensivas, alrededor de la mesa.

Durante mucho tiempo, después de El Famoso Libro, hubo rostros que miraban sonrientes y esperanzados a Knut. Durante muchos años, reunió multitudes a su alrededor en la fiesta de verano de la editorial Aschehoug, multitudes que querían estar en el meollo del asunto, y el meollo del asunto era estar al lado de Knut. Y todos se reían en cuanto él abría la boca.

Ya han pasado muchos años de eso, y en algunos amargos intentos de escribir, Knut ha descrito a esas hordas que en otros tiempos se reunían a su alrededor como enjambres de moscas que zumban entre excrementos, «olisqueando con sus sensibles trompitas en busca de la siguiente boñiga fresca y olorosa».

En otro intento aún más amargado, describió detalladamente cómo el mundo lo había devorado, digerido y defecado, y ahora, «llena de asco, la gente señala el hediondo montón de excrementos que soy yo».

Ninguna de estas formulaciones contó con el visto bueno de El Editor, y por ello Knut le estará eternamente agradecido en este y en todos los universos imaginables.

En estos últimos años, Knut ha adquirido la costumbre de agotarse a sí mismo, y también a El Editor, con innumerables proyectos de escritura. Siempre es igual de optimista, y nunca consigue avanzar más de veinte o treinta páginas antes de que El Editor gire el pulgar hacia abajo y todo se le escurra de las manos.

El último de esta ristra es un proyecto que Knut se dice a sí mismo que ha abandonado pero que en el fondo espera que llegue a buen puerto: un intento de escribir la historia de M. Porque, al igual que está obsesionado con su exmujer, también lo está con M. No con él como persona, como sí lo está Frank, sino con su historia y su experiencia vital.

Los tres libros que Knut publicó a lo largo de los más de veinte años que han pasado desde El Famoso Libro han sido recibidos con cierta insatisfacción, tanto por parte de la crítica como de los lectores, porque siempre ha intentado escribir algo que no fuera una secuela de El Famoso Libro, una novela que, según señalan muchos críticos, en su momento creyeron que estaba sobrevalorada, aunque ahora la comparan con todo lo que publica.

El último libro que Knut publicó, y que no gustó mucho, trata sobre una escritora de su edad. Tenía casi cincuenta años cuando salió el libro. Y Knut se quedó con esa impresión de que no había gustado después de leer todas las reseñas (que suele decir que no lee nunca): a la gente ya no le gustaba Knut el escritor.

El motivo por el que se quedó con esa impresión era que los críticos tenían una opinión negativa por razones muy diferentes. Uno opinaba que el libro era demasiado superficial y verborreico y que Knut se esforzaba demasiado en parecer gracioso, mientras que otro opinaba que era demasiado oscuro y deprimente e inaccesible. Varios críticos se preguntaban por qué el libro no abordaba la crisis climática, que hoy en día no puede pasarse por alto, y por qué solo trataba de personas blancas de clase media. ¿Dónde estaba el tamil de la fábrica de procesamiento de pescado, dónde estaban los samis, dónde estaban los gais noruego-pakistaníes, dónde estaban los

refugiados, dónde estaban los mendigos, dónde estaban los discapacitados, dónde estaba la realidad?

«Estoy tan harto de la gente blanca de mediana edad y de clase media que me dan ganas de vomitar», escribió un hombre blanco de mediana edad —casado con una cirujana e hijo de un profesor universitario, algo que Knut descubrió con una sencilla búsqueda; Dios bendiga internet— en un largo artículo de una revista, por suerte no en una de las revistas de los grandes periódicos, pero como las críticas negativas tienden a calar, eran justamente esas palabras las que despertaban a Knut en mitad de la noche y le hacían pronunciar largos discursos defendiéndose a sí mismo.

«Pereza —escribía el crítico—. Estoy tan harto de la gente blanca de mediana edad y de clase media que me dan ganas de vomitar. Socorro. Aburrimiento mortal.»

Knut coqueteó con la idea de tirar la toalla y escribir sobre sí mismo directamente, con nombre y apellido, como hacían muchos. Escribir su propia versión. Como ha hecho La Escritora de la Realidad con gran éxito.

«¿Necesitamos que otro hombre blanco de mediana edad nos hable de ansiedad, fornicio y alcoholismo?», se imaginaba Knut, en mitad de la noche, cuando no podía dormir, que escribiría la crítica.

«Si quieres leer sobre personas consentidas de mediana edad que no paran de mirarse el ombligo, este libro es para ti.»

La palabra ombligo se repetía en esas fantasías.

En un intento por curtirse, Knut leyó las malas críticas una y otra vez, y poco a poco iban haciéndole menos daño, pero también se le quedaban aferradas a la corteza cerebral.

Un día, cuando llegó a la del tamil en la fábrica de procesamiento de pescado y el gay noruego-pakistaní, algo empezó a agitarse en el fondo de su mente. Y empezó a pensar en la relación secreta de Frank. No era la primera vez que Frank estaba con un padre de familia musulmán, pero sí era la primera vez que la cosa se convertía en una especie de relación. Que ya duraba varios

años.

Knut tenía a un verdadero gay noruego-pakistaní a mano. Solo los separaba una pared.

Knut estaba fascinado con esa relación tan rodeada de control y secretismo. Por ejemplo, M le había enseñado a Frank cómo podían ponerse en contacto el uno con el otro a través de distintos juegos del móvil en lugar de utilizar los canales habituales, en los que tan fácilmente podrían descubrirlos. Y cuando M iba a visitar a Frank, antes tenía que esconderse en un portal de la acera de enfrente, y Frank tenía que mirar por la ventana en busca de un taxi, porque los taxistas pakistaníes tienen una red de cotilleos y se informan los unos a los otros de todas las irregularidades, y cuando la calle estaba despejada, Frank levantaba el pulgar, y M, que llevaba una sudadera con capucha y una visera, cruzaba corriendo.

Esta paranoia, como Knut llamaba al principio a esa clase de payasadas, para M no era más que precauciones necesarias para protegerse de una cultura homófoba.

¿No estás generalizando?, objetó Knut, y Frank y M se rieron a carcajadas. Las pocas veces que Knut había estado con M en casa de Frank —cuando Frank quería jugar a que eran una pareja normal y Knut hacía el papel de invitado—, M se quedaba callado y a veces miraba a Frank y a Knut, que estaban sentados hablando y riendo, con la misma expresión de quien se sienta a la sombra y mira a alguien que baila y se divierte al sol.

¿A qué te refieres con que quieres escribir sobre M?, le había preguntado Frank. ¿Y por qué no podía inventarse Knut algo por sí mismo? ¿Y había oído hablar alguna vez del concepto de apropiación cultural? Knut le había respondido que era demasiado viejo para preocuparse por todas las nuevas reglas que llegaban de todas partes y que además eran contradictorias. Por ejemplo, había leído en un artículo que era importante tener amigos de piel oscura, pero unos párrafos más adelante en ese mismo artículo había leído también que no había que hacer amigos basándose solo en el color de la piel. ¿Y cómo serían las cosas si los escritores solo pudieran escribir sobre su propia raza y su propio género, sobre su propia orientación sexual?

Además, no es seguro que vaya a salir algo de todo esto, le dijo. En principio solo quiero hacerle unas preguntas. Knut le pidió el número de teléfono de M y Frank le respondió que ni siquiera lo tenía, pero después añadió, más bien en broma: M es médico de cabecera, así que podrías ser su paciente.

A Knut le venía bien, porque su médica de cabecera de entonces le parecía cansada y desinteresada. Knut solía anotar las molestias y síntomas en cuanto aparecían. Todo el mundo sabe que a partir de los cincuenta todo puede ocurrir, y Knut creía que le estaba haciendo un favor a la sociedad al ir fijándose en estas cosas, para poder detectar a tiempo cualquier enfermedad grave y costosa para la sociedad. Solía leer la lista de síntomas más o menos una vez al mes, cuando iba al centro de salud de Solli plass donde estaba su médica de cabecera. Mientras leía en voz alta, ella disimulaba uno o dos bostezos, y antes de que él llegara a un tercio de la lista, ella le decía que si pretendía seguir, tenía que pedir otra cita.

Lo malo es que cuando Knut volvía, la mayoría de los síntomas habían desaparecido. Como suelo decir, dijo la médica, «la mayoría de las enfermedades y dolencias se pasan solas».

Así que Knut se alegró de librarse de esa persona. Contaba con que M se lo tomaría más en serio. Además, M tenía la consulta en Pilestredet, que le quedaba más cerca.

Knut se registró como paciente de M —que aún no había completado la lista de pacientes, tanto porque no llevaba mucho tiempo trabajando como porque mucha gente no veía claro tener un médico con un nombre extranjero— y unos días más tarde fue a la consulta, como último paciente del día. Hasta entonces solo había visto a M en casa de Frank.

Ahora estaba ahí sentado, con su bata de médico y toda la parafernalia y, después de hacer que Knut le prometiera que el libro, si es que había libro, se desarrollaría en Trondheim o en Bergen, que su familia sería de tal y tal zona de Pakistán y no de donde eran en realidad y una serie de cosas más para ocultar su identidad, M empezó a contarle que cuando tenía diecinueve años lo casaron con su prima de dieciocho. Sus padres se habían dado cuenta de que le pasaba algo raro y por eso habían adelantado la

boda, que llevaban planeando desde que M nació, y durante lo que M creía que eran unas vacaciones normales y corrientes en su país de origen, se celebró el enlace. Después de la boda, lo mantuvieron preso en una casa de pueblo con su prima y todo el mundo fingió que eso era la luna de miel. Les daban comida y los atendían, y la prima podía ir y venir, pero a M no le dieron permiso para salir del pueblo. Decían que era porque no lo conocían en la zona y todo el mundo podía ver que no era de allí y podría ser peligroso que saliera solo. En un momento dado consiguió subirse a un autobús con la esperanza de poder llegar a la embajada noruega en Islamabad, pero cuando llevaban unos minutos de viaje, un pasajero se acercó al conductor y le susurró algo al oído, y entonces el autobús dio la vuelta y regresó al pueblo y se detuvo frente a la casa, donde el tío de M, que ahora era también su suegro, lo estaba esperando.

Cuando la prima estaba embarazada de tres meses, por fin le dieron permiso para volver a Noruega.

Knut había leído historias parecidas, y aun así tuvo que interrumpirlo varias veces: «¿De verdad es eso lo que pasó? ¿Cómo podía saber el tipo del autobús quién eras?». Y M respondió con paciencia cada una de las preguntas.

«Sé que te resulta grotesco —dijo M—, y en realidad lo es. Pero para mi familia sería una traición no impedirme que saliera del armario. Para ellos, "elegir ser homosexual", como ellos dicen, es justo eso: una elección, una elección decadente, una elección de un estilo de vida egoísta y desconsiderado, como ponerse un pendiente en la nariz o teñirse el pelo de verde. Y aunque nunca hemos hablado del tema, sé que están seguros de que alguna vez les daré las gracias por ser responsables e impedirme que me destrozara la vida a mí mismo y a toda mi familia. Tengo tres hermanas pequeñas y si llego a salir del armario, ninguna de ellas se habría podido casar.»

M estaba sentado en su silla de oficina, frente al escritorio, y Knut estaba en la silla en la que suponía que solían sentarse los pacientes. Era la primera vez que tenía la oportunidad de estudiar a M de cerca, y, a pesar de que M se acercaba a los cuarenta, aparentaba tener veintitantos años. Tal vez fuera porque no bebe alcohol. O tal vez porque Frank y

él quedaban en el gimnasio, iban a la sala de musculación del SATS de Bislett y hacían como que eran conocidos que quedaban para hacer ejercicio. Frank dijo que cuando hacía press de banca y M lo ayudaba y sus manos y sus hombros se rozaban, ese roce inocente era lo más erótico que había experimentado en toda su vida.

Knut y M siguieron viéndose entre dos y tres veces a la semana durante mes y medio. Knut siempre le pedía cita a última hora del día, como M le había pedido que hiciera, y M le hacía análisis de sangre para disimular. Un día le mandó hacerse una radiografía, porque hacía tiempo que Knut sentía un dolor difuso en la base del dedo gordo del pie izquierdo. Dolor difuso fue un diagnóstico que acordaron entre los dos, y M le contó a Knut que había hablado de él con un compañero: que lo estaba mareando un hipocondríaco, y que el hipocondríaco siempre pedía la última cita del día para que le diera tiempo a hablar de todas sus dolencias, y se rieron los dos.

Knut estaba impresionado con tanta planificación, con cómo pensaba M en todo lo que podía pasar y siempre iba varios pasos por delante. Y aunque Knut era consciente de las actitudes homófobas en las comunidades de inmigrantes musulmanes, había dado por hecho que las cosas habrían cambiado más o menos al mismo ritmo que el resto de la sociedad. Pero ahí estaba M hablando como si aún vivieran en 1980.

«Basta con que te vea un taxista en el lugar equivocado y en el momento equivocado, prosiguió M. Y aun así nadie pregunta cuando, por ejemplo, estoy en casa de Frank y le digo a mi familia que estoy haciendo horas extras, que tengo que adelantar trabajo y que me quedo a dormir en la consulta, que está bastante lejos de Lørenskog. Al contrario, me ayudan. También puedo decir que tengo que ir a un "seminario" o a un "congreso". Esas son palabras mágicas en nuestra casa, y me permiten hacer cualquier cosa.»

«Pero ¿cómo sabes que lo saben?», preguntó Knut, y M dijo: «En los años anteriores a la boda oí que mis padres discutían sobre mí. Mi padre acusó a mi madre de haberme echado a perder, porque siempre se les echa la culpa a las madres si algo no sale según lo planeado. Así que, cuando nos fuimos a Pakistán ese verano, yo sabía lo que iba a ocurrir, y también sabía que si causaba algún tipo de problema, quien lo pagaría sería mi madre, así que cuando me

descubrieron en ese autobús, en el fondo me sentí aliviado.

»El otro día estaba con mi madre en la cocina. Nos gusta cocinar juntos y mientras ella hacía chapati y yo me encargaba del arroz, se me escapó sin más. Tengo un nuevo amigo. Se llama Frank. Es diseñador gráfico y vive en St. Hanshaugen. Creo que te caería bien. Mi madre no reaccionó, siguió cocinando como si no le hubiera dicho nada, como si nadie hubiera dicho nada. Justo antes de eso nos habíamos reído de algo, porque mi madre ve lo cómico de todas las situaciones. Pero entonces no se estaba riendo. Tampoco sonreía. Se volvió hacia mí y me dijo con un tono de voz normal: "¿Has dicho algo?". La miré para ver si a lo mejor estaba hablando en clave, si quería seguir hablando del tema, solo que ni en ese momento ni en ese lugar, pero tenía un gesto completamente neutro y se puso a hablar de otras cosas. Era como si estuviéramos haciendo equilibrios en el borde de un volcán mientras charlábamos de temas banales».

Knut miró el móvil para asegurarse de que estuviera grabando todo lo que decían. Era algo distinto de las nimiedades de las que escribían en general los escritores blancos de origen noruego. Se moría de ganas de ponerse manos a la obra. Todo el rato quería preguntarle sobre algún detalle, asegurarse de una cosa o de otra, pero, en primer lugar, no quería interrumpir, y en segundo lugar, ¿por qué iba a mentir M? Ahí estaba con su bata blanca, con las manos entrelazadas sobre el regazo, contándole con toda la calma del mundo que su padre le daba palizas de manera habitual durante toda su infancia, mientras que la tarea de «disciplinar» a las hijas le correspondía a su madre. La madre solía quitarse una zapatilla, salir corriendo detrás de sus hijas y darles donde podía. Todo eso tenía un halo exótico y como de cuento, y mientras Knut intentaba imaginárselo, el entorno cambió y enseguida la consulta de M en Pilestredet se convirtió en algo extraño y extranjero y tercermundista.

M tenía que irse a casa. Al salir, dijo: «Mi familia parece moderna y occidental. Todas mis hermanas han estudiado. Ni siquiera llevan hiyab. Pero no hace falta rascar mucho para descubrir otra realidad. Imagínate que estás cenando en casa de alguien y una de las personas con las que estás sentado a la mesa

dice: “Hitler fue un político muy incomprendido y el Holocausto, en general, es un invento”. O bien: “La pedofilia puede ser buena y sana para los niños. Depende mucho de cómo se lleve a cabo”. ¿Qué pensarías de alguien que dijera esas cosas?».

Knut le respondió que pensaría que la persona en cuestión estaba delirando. Se encontraban en la calle, fuera del centro de salud, y M replicó: «Eso mismo pensarían ellos si yo pronunciase la frase “Soy gay”. Lo entenderían como una llamada de atención y pensarían que necesito ayuda. Y eso fue lo que hicieron cuando me casaron: ayudarme».

Knut se fue directo a casa y empezó a transcribir la grabación. A la semana siguiente, volvió a quedar con M, y M le siguió explicando cosas de su infancia y adolescencia; le contó cosas sobre su padre, que tenía una pequeña tienda de ultramarinos en la que pasaba día y noche y en la que M y sus hermanas tenían que ayudar, y sobre su madre, que era ama de casa y siempre se encargaba de que hubiera comida casera y de calidad en la mesa. Cuando M llevaba un buen rato en el despacho de su casa —estaba casado y tenía dos hijos, pero aún vivía con sus padres—, su madre ponía la mesa y le calentaba la comida. M le habló de todo lo que habían sacrificado sus padres al viajar al otro lado del mundo para darles a sus hijos un futuro mejor, y de su propio sentimiento de culpa por la espalda destrozada de su padre por dormir entre cajas en la tienda, y la nostalgia de su madre, que con el tiempo se transformó en depresión. «Mamá nunca ha estado a gusto en Noruega —dijo M—. Sencillamente porque Noruega no es Pakistán. Nadie puede ayudarte a aliviar el dolor de no vivir donde están tus raíces, y alguna vez me he preguntado si no habría sido mejor, al menos para mis padres, que no hubieran salido de su país de origen. Si no habría sido todo más fácil así.» «¿Para ti también?», preguntó Knut. «Sí, para mí también, en realidad —respondió M—. Entonces no me habría planteado vivir abiertamente como gay. No habría sido una opción. Aquí tengo la posibilidad de una vida distinta siempre frente a mí, como una tentación, algo que me atormenta no conseguir, algo que no está al alcance de alguien como yo. Y entonces veo a mis padres y la tristeza que sufren a pesar de que todos sus hijos tienen estudios superiores (una de mis hermanas es farmacéutica y la otra jurista), y aun así ellos tienen la eterna

sensación de estar al margen de todo, principalmente porque Noruega no es Pakistán. Esa es la pena del migrante, y el nuevo país no puede hacer nada al respecto. Y entonces a esa tristeza se la llama de cualquier otra manera para echarle la culpa a otra cosa o a otra persona, tal vez para crear la ilusión de que la pena puede desaparecer de alguna manera, como cuando los pacientes vienen a la consulta y quieren un diagnóstico, porque si hay un diagnóstico también habrá un tratamiento. Pero a esa pena de la diáspora, como yo la llamo, nadie puede ponerle remedio.»

M le contaba cosas y Knut se aseguraba de que el móvil estuviera grabándolas, y mientras M hablaba, Knut pensó si debería escribir el relato en primera persona, como si fuera M, o si directamente debería escribir desde su propia perspectiva, la de Knut el escritor, que se siente bloqueado y un día conoce a M, quizá en una parada de autobús, y allí empieza todo.

«Y mi padre ahora está en Pakistán —prosiguió M—. En la casa de la que tanto nos ha hablado y para la que ha ahorrado durante tanto tiempo y por fin ha terminado hace unos años. Porque ese era su sueño: volver hecho un gran hombre. Pero el pueblo no es el mismo que hace cuarenta años, algunas personas han muerto y otras se han ido y ahora viven allí otras personas, y allí está en su palacio, solo en las grandes estancias, y su único acompañante es un viejo mayordomo encorvado que vive en un cuartucho sin ventanas y al que papá manda hacer una cosa tras otra. Cuando hablamos con él por videollamada, vemos al mayordomo que va de aquí para allá y le sirve té. Papá lo ha instruido para que veamos lo bien que estaríamos en Pakistán, con mayordomo y más espacio que aquí. El pueblo está lleno de esos palacios vacíos, construidos por taxistas y dueños de tiendas noruego-pakistaníes. El padre de familia espera en casa con su mayordomo e insiste a sus familiares para que vuelvan. Pero mi madre no quiere ir ni loca, aunque parezca increíble después de lo que se ha quejado durante todos estos años. "Mi vida está aquí en Oslo, aquí están mis hijos", afirma. O dice que irá a Pakistán, pero nunca lo hace. Es terca como una mula. Durante un tiempo tuve la esperanza de que se rindiera y se marchara, porque con ellos dos allí al menos tendría una oportunidad de…, pero el otro día oí un rumor de que mi padre iba a casarse otra vez en Pakistán, justo ahora. Está muy aceptado que un hombre, si su

mujer no está cerca, tiene que satisfacer sus necesidades de todas formas, así que ella no viajará, al menos por ahora. Por las noches quiere que vea películas de Bollywood con ella, y a mí no me interesan nada. Pero ella cree que sí, porque soy gay. "Mira —me dice—, mira qué bonito, te va a gustar, porque ahora cantan y bailan mucho." Pero a mí nunca me han interesado ni las canciones ni los bailes, y ella lo sabe. Siempre me ha interesado el fútbol y el críquet y el deporte en general, y aun así insiste, y este intercambio que tenemos unas dos veces al mes es lo más cerca que está de aceptarlo.»

Pero entonces tuvieron que dejarlo otra vez, y, mientras caminaban por los pasillos vacíos del centro de salud, M dijo que era la primera vez que le contaba la historia completa a alguien. «No estoy seguro de que sea una buena idea, en realidad», dijo M mientras esperaban el ascensor, y, para tranquilizarlo, Knut le volvió a contar cómo mantendría el anonimato de M y de toda su familia, y M adujo: «No es que no confíe en ti. La negación de mi familia es tan total que si alguien me relacionara con este libro, serían los primeros en ayudarme a taparlo. El problema es que desde que he empezado a hablar contigo casi no he podido dormir. Me ha vuelto todo. La razón por la que me las he arreglado durante todos estos años es que lo he reprimido todo y sigo reprimiéndolo cada día. Esto de Frank está bien, pero es como comer chocolate. Y no se puede comer chocolate todo el rato y tampoco se puede sobrevivir a base de chocolate».

Llegó el ascensor y, al entrar, M dijo: «Frank vive en una ilusión. Cree que es cuestión de esperar. No entiende que es imposible que alguna vez lleguemos a estar juntos de verdad, como pareja oficial, con una dirección en común. De vez en cuando me envía enlaces de pisos o casas adosadas que encuentra cerca de donde vivo, porque se imagina una vida normal en la que soy un padre divorciado normal que tiene a sus hijos la mitad del tiempo. He intentado explicárselo muchas veces, pero es como si no entendiera lo que le digo. O como si no se lo creyera. Y ahora lo dejo que siga con sus sueños. Últimamente habla de gestación subrogada, de tener un hijo en común, y de quién donaría el semen y a quién elegiríamos para que el niño sea del color correcto, como si fuera hijo de los dos, y entonces me preocupo por él y me pregunto si no estará

desarrollando algún trastorno neurológico. Pero si entendiera la situación como realmente es, se rendiría de una vez por todas. Tal y como están las cosas, al menos podemos vernos de vez en cuando, y al menos tengo eso. Hace mucho tiempo que renuncié a mi propia felicidad o alegría o realización personal o como quieras llamarlo. Todo eso lleva ya mucho tiempo enterrado. De lo contrario no habría podido seguir adelante. Pero tampoco podría seguir adelante sin Frank. Y mucho menos sin los niños».

Knut dormita en el banco del cementerio. Queda un cuarto de hora para su cita con El Editor, ese hombre que ha estado allí desde el principio. Todos los libros de Knut han empezado con Knut enviándole a El Editor de veinte a treinta páginas, y luego avanzando a trompicones hasta que un buen día tiene un manuscrito de unas doscientas cincuenta páginas entre las manos, sin saber cómo ha ocurrido. Nunca siente que ha terminado del todo, y cada una de las veces El Editor ha tenido que persuadirle para que suelte el manuscrito. Knut siempre ha soñado con enviarle un manuscrito completo. En lugar de eso, El Editor ha formado parte del caótico proceso de escritura de Knut desde el primer día, y cuando Knut piensa en todo lo que el pobre editor ha tenido que pasar antes de que el libro entre en imprenta, a menudo fantasea con quitarle la vida (de una manera limpia e indolora, eso sí), para que no haya testigos.

Esta vez fue distinto. Knut se fue a casa a transcribir las grabaciones. A la semana siguiente volvió al centro de salud para hablar con M, y así siguieron, y un par de meses más tarde, Knut entregó cerca de cien páginas a M, en papel, ya que era demasiado arriesgado enviárselas por correo electrónico, y después M las leyó e hizo comentarios y corrigió lo que Knut no había entendido bien, y enseguida Knut pudo empezar a hilvanar la historia. Escribía en primera persona, es decir, escribía como si fuera M y enseguida tuvo un manuscrito de doscientas cincuenta páginas. Le quedaba mucho, tenía un poco de lío con la cronología, el uso del tiempo y todas esas cosas, pero solo eran detalles. Lo principal era que, para variar, Knut podía entregarle un manuscrito completo a El Editor.

En los días siguientes, le sorprendió que El Editor no se pusiera

en contacto con él. Había estado esperando un mensaje a lo largo de la jornada laboral. Un mensaje que dijera: «Es lo mejor que has escrito. Qué descanso no tener que leer sobre la clase media blanca noruega», etcétera. Knut estaba seguro de que iba a recibir todo esto y mucho más en el móvil, a ser posible en mitad de la noche. Pero pasó una semana antes de que tuviera noticias.

El Editor no es el tipo de persona que se entusiasma con las cosas, se dijo Knut a sí mismo. Y seguro que tiene una regla sobre no escribir mensajes entusiastas a los autores, porque en ese caso, la próxima vez esos autores esperarían el mismo grado de entusiasmo, o incluso más, y por eso ha establecido esa regla de no contactar a los autores fuera de su horario de trabajo…

El décimo día, a la hora de comer, Knut le escribió un correo electrónico: «¿Lo has leído?».

La respuesta llegó a la mañana siguiente: «Sí, lo he leído. ¿Cuándo nos vemos?».

Unos días más tarde, Knut fue a la editorial a hablar con su editor.

«Eh», dijo El Editor cuando fue a recibirlo a la recepción, sin que Knut pudiera interpretar algo de ese saludo ni de la forma de decirlo.

De camino al despacho, Knut estudió la manera de andar de El Editor como los pasajeros con miedo a volar estudian a las azafatas, pero no vio nada que se saliera de lo normal, ni para bien ni para mal.

Pero aún mantenía la esperanza. Knut no tenía elección. Llevaba dos meses de trabajo intenso, se había desconectado de internet durante horas e incluso había subido una publicación misteriosa a Instagram, ilustrada con el manuscrito apoyado sobre el escritorio, y con los árboles del patio trasero como telón de fondo. Antes de subirla, se había asegurado de que el texto no fuera legible por mucho que se ampliara la imagen, y debajo escribió: «¡Nueva novela en camino!».

La publicación había tenido más de trescientas reacciones, todas ellas positivas.

El Editor le sostuvo la puerta, entraron y se sentaron cada uno en una butaca. En la mesita estaba el manuscrito que Knut le había enviado por correo electrónico y que El Editor había impreso en la enorme impresora de la editorial, que estaba en el pasillo. En las dos semanas que habían pasado, Knut se había imaginado a El Editor en la puerta del despacho del resto de los editores, leyéndoles pasajes en voz alta.

El Editor se reclinó y cruzó los brazos. Pues sí que has currado, dijo, y Knut asintió. Desde su asiento, veía que El Editor había hecho anotaciones con un bolígrafo rojo en la portada del manuscrito. No muchas, solo unas palabras. Eso podía significar que la novela era muy buena y que no necesitaba comentarios, pero también podía querer decir que era tan mala que no había mucho que decir.

No sé cómo decirte esto…, dijo El Editor por fin, y Knut no pudo aguantarse más. Venga, dijo. ¿Es una mierda? Y El Editor se inclinó para coger el manuscrito y se quedó sentado con él en el regazo. No diría que es una mierda… pero… sí tengo que decir que es muy poco… coherente.

Y después El Editor dijo lo siguiente, que Knut recordará mientras viva:

Bueno, te lo diré sin rodeos, porque creo que puedes soportarlo. Y agarró el manuscrito con una mano y lo golpeó con la otra. Esto…, esto tienes que dejarlo. Un abogado gay noruego-pakistaní no funciona. Lo del cámping gas en medio del salón y que quemaran el edificio entero… y toda esa violencia… y el matrimonio forzado. No, a ver, es demasiado exagerado…

Pero ha ocurrido, he investigado, puedo probarlo, dijo Knut, y notó que se le aflautaba la voz y tuvo que tragar saliva en mitad de una palabra. El Editor negó con la cabeza. Eso da igual. Tiene que agarrarse a algo, echar raíces en algún sitio.

Knut se imaginó que El Editor se caía desde una gran altura y

que su cabeza reventaba contra el asfalto como un melón demasiado maduro.

Escúchame, prosiguió El Editor. Hemos contratado a un chico con la misma trayectoria familiar que M y cuando leyó el manuscrito estaba muy afectado, por no decir otra cosa. Terminó de leerlo antes de ayer y dijo que era lo peor que había leído en su vida. De hecho, ahora mismo está de baja.

¿Ha pedido una baja después de leer mi manuscrito?, preguntó Knut, y miró a El Editor en busca de un gesto que le indicara que todo era una broma.

Pero El Editor se limitó a devolverle la mirada.

Así que tienes que dejarlo, dijo. En cualquier caso no podemos publicarlo como está ahora. Bueno, y de ninguna otra manera, si te soy sincero. Cito a nuestro lector: «El propio punto de partida es lo que está mal». O sea, que tú, un hombre blanco, escribas sobre pakistaníes. «No es correcto», dice. Lo hagas como lo hagas.

No puede ser que pienses eso, dijo Knut. Que lo piense el lector, es cosa suya, pero ¿en serio que estás de acuerdo? ¿De verdad?

Un mohín se dibujó en la cara de El Editor, pero desapareció antes de que Knut pudiera interpretarlo.

Venga, va, dijo Knut. Que estamos solos.

El Editor carraspeó. Después dijo:

Lo siento, pero la verdad es que estoy de acuerdo con nuestro nuevo lector.

Parecía avergonzado, pero por Knut. Como si Knut tuviera la costumbre de bajarse los pantalones y exhibirse en lugares públicos y ahora dependiera de El Editor enderezarlo, llevarlo por el buen camino.

Knut llegó a casa y mientras fantaseaba con que El Editor se

moría o se jubilaba o simplemente dejaba de existir, entró en la web de la editorial y buscó al nuevo lector. Después de husmear un poco en las redes sociales, se enteró de que tenía treinta años, y un grado en Estudios de Asia y Oriente Medio y otro en Cultura y Comunicación. Había nacido en Sri Lanka y lo había adoptado una familia noruega cuando tenía tres meses y después se había criado en Bærum. En su foto de perfil de Facebook llevaba una especie de traje exótico de color granate con unas hombreras enormes con abalorios. En la cabeza llevaba una especie de boina del mismo color, que tenía encima un objeto que parecía un pequeño candelabro. Según encontró en Google, el atuendo era un traje tradicional del país de origen del lector: Sri Lanka. Después de mirar esa foto durante un buen rato, Knut cerró el portátil y empezó a hojear la copia impresa que le había dado El Editor. El texto estaba lleno de subrayados y de signos de exclamación rojos en el margen, colocados allí por El Ceilandés —como el lector se hacía llamar en redes sociales, a pesar de que no había vivido en Sri Lanka desde que tenía tres meses—, pero sin ninguna explicación. Ahí estaba otra vez. Le correspondía a Knut adivinar lo que había querido decir El Ceilandés.

Knut buscó en el mapa y descubrió que hay aproximadamente la misma distancia entre Sri Lanka y Pakistán que entre Noruega y Francia.

¿Le habrían encomendado a una persona nacida en Francia, pero criada en Pakistán, la tarea de leer un manuscrito que tratara sobre un noruego, pero lo hubiera escrito un pakistaní, para corregir cualquier posible error cultural?

Knut se dio cuenta de que la cultura noruega y la francesa probablemente podrían parecer idénticas vistas desde Pakistán, y entonces se mareó y se sintió aún más viejo y agotado que de costumbre.

—Puedes pedirle a ese editor que me llame —dijo M, que esa misma tarde llamó a Knut desde su consulta para preguntarle qué tal había ido—. Y si quieres también a ese chico que se supone que es de Sri Lanka. Pídeles que me llamen para que les cuente que todo lo que escribes es la pura verdad, y que es mucho peor en la vida real. Pero sí que deberías rebajarlo un poco para que no suene tan

exagerado. Es esa la palabra que has usado, ¿no?

—No hace falta —respondió Knut—. De todas formas, no quieren el libro.

Knut se pasó varias semanas sin leer ni escribir. Hubo un periodo en el que solo veía la tele y escuchaba la radio y algunos pódcast, sobre todo de los que dan consejos y trucos para llevar una vida mejor. Por un tiempo dejó el alcohol. Durante algunas semanas solo comió verduras, y después solo carne y productos lácteos. Se tapaba la boca con esparadrapo porque al parecer es sano respirar solo por la nariz. Se tomaba medio litro de agua antes de cada comida. Dejó de comer pan y patatas, dejó de tomar café. Pero nada le sirvió para calmar la sensación de que todo había terminado y no tenía nada más que ofrecer.

Para poner las cosas en perspectiva, se quedó despierto por la noche viendo documentales sobre Stalin y Mao y otros déspotas responsables de hambrunas y de millones de muertes.

Se esforzó en acercarse a su estantería, sacó los clásicos y se puso a leerlos con la esperanza de encontrar una pista, pero las palabras parecían no tener sentido y no querían juntarse para formar frases y párrafos; solo se movían como lo que eran: agrupaciones cortas y largas de letras.

Knut dio vueltas por el piso hablando consigo mismo. «Creo que ya no soy escritor, si es que alguna vez lo he sido —se decía—. Creo que se acabó.»

Y como si el universo quisiera acabar con él, fue justo en ese momento cuando salió el último libro de La Escritora de la Realidad. Así, Knut pudo leer sobre sí mismo con nombre y apellido, en forma de viejo verde cachondo, sonriente y apestoso.

Pero ahora El Editor quiere tomarse un café. Así que vuelve a haber algo. No todo se ha terminado para siempre. «Igual que una roca que se ha calentado durante un largo y soleado día de verano no se enfría hasta bien entrado el atardecer», piensa Knut, y escribe

esa poética frase en su Moleskine. Después se levanta del banco del cementerio, un banco que ya ha empezado a considerar su casa, y se dirige a la biblioteca de Lillehammer.

Brilla el sol y todo tipo de personas pasean por las calles y las aceras y entran y salen de las tiendas.

Infraestructura. Todo está en marcha, todo funciona.

Pero a la puerta de Fretex, una tienda de segunda mano, hay un cartel.

«¡Todos los libros gratis!»

Capítulo 8

—¿Sabías que ahora los libros se regalan?

Knut y El Editor están en la cafetería de la biblioteca de Lillehammer, y una mujer joven acaba de hacerle un café a Knut con una sonrisa y piando como un alegre pajarillo, y Knut ha tenido que contenerse para no sonreír de oreja a oreja y reírse muy alto y parecer así lo que un libro muy premiado dice que es: un viejo verde. En lugar de eso trata de alegrarse de que El Editor haya sacado la tarjeta de la editorial y le haya pagado la focaccia, el cruasán de chocolate y el zumo de naranja recién exprimido, junto con el expreso doble con una nube de leche —todo eso le puso delante el pajarito cantor en ese mismo momento—, porque es una confirmación de que la editorial todavía cree en él.

El Editor se queda mirando la montaña de comida que Knut tiene delante. Él solo se va a tomar un té verde. En Oslo va corriendo al trabajo por las mañanas y se ducha en el baño de la editorial. Knut lo sabe por las entrevistas, porque es el editor más famoso de Noruega, y cuando hace muchos años se fue de la antigua editorial a la editorial que para Knut sigue siendo «la nueva editorial», todos sus autores se fueron con él, incluido Knut, que solo había publicado un libro en aquella época y aun así se sentía unido a su editor como una cría de tortuga se siente unida a su madre. Ya no lo tiene tan claro, pero la verdad es que ya no tiene nada tan claro como antes.

—¿Dónde dices que regalan libros?

—En Fretex, en las viejas cabinas telefónicas, en los bares. Hay libros por todas partes, y nadie los quiere.

El Editor suspira.

—Ya, es un problema. Los libros en papel ya no venden tanto.

Pero los audiolibros han tenido un auge tremendo. Pero, oye, ¿cómo va la escritura? ¿Tienes algo nuevo? ¿Algo que quieres que lea?

—No, por desgracia —dice Knut—. Tengo un bloqueo desde el verano pasado.

El Editor no pilla la indirecta, a pesar de que el verano pasado fue cuando rechazó el manuscrito sobre M.

Knut da un sorbo al café y un mordisco a la focaccia.

—Desde el verano pasado no he escrito ni una sola palabra —añade con la boca llena de focaccia.

Por algún motivo no quiere contarle que ha empezado a escribir un diario.

—«Un bloqueo» no es más que una excusa. Tienes que ponerte a ello. Siéntate y quédate sentado. Saludos Ibsen. Siéntate y quédate sentado. Eso habría dicho o escrito él.

El Editor parece cansado. Recita las palabras como si se las hubiera aprendido de memoria y las hubiera repetido muchas veces, cosa que seguramente es cierta, y aun así es evidente que está tratando de centrarse. Tal vez porque tiene remordimientos por haber rechazado el último manuscrito de Knut. De todas formas, Knut decide que es buena señal.

—Ibsen no tenía internet.

El Editor menciona una aplicación que bloquea internet, y Knut asiente y finge que no ha oído hablar de ella, pero claro que sí, y no solo eso, sino que la compró y se la descargó hace años. No le sirvió de mucho, porque pronto encontró una manera de sortear esa aplicación y conectarse de todos modos, y se pasó horas navegando en YouTube y en Twitter, como antes. Este comportamiento le recuerda algo que escribió un novelista sueco alcohólico en su autobiografía: que empezó a tomar Antabus para dejar de beber, y que lo único que consiguió fue aprender a sortear el efecto del Antabus para seguir bebiendo, y así siguió con las dos cosas, con el

Antabus y con la bebida.

Knut ha leído todos los libros de autoayuda, ha escuchado todos los pódcast y ha visto todas las películas del mundo sobre la procrastinación y el bloqueo y la resistencia y todas las formas de llamar a esta situación que sufre y que en el fondo nunca ha visto como otra cosa que no sea vagancia pura y dura. Como una persona con sobrepeso que lee libros sobre adelgazar tirada en el sofá comiendo rosquillas, Knut rastrea la red en busca de libros y pódcast sobre no ser capaz de escribir, en lugar de ponerse a escribir.

Knut da un sorbo al zumo.

—Durante mucho tiempo me he sentido desconectado de la humanidad, como si yo fuera un vagón de tren que se ha quedado en una vía secundaria y ahora esa vía estuviera desconectada también. Es como si tuviera problemas con mi motor interno, o con la red de cableado. Lo único que quiero es ir al bosque y tumbarme con la cara en el musgo. Debajo de un abeto.

El Editor no responde, y Knut lucha contra el impulso de sacar la Moleskine y apuntar todas esas frases tan bonitas que seguramente podría usar para empezar una o varias novelas o, en cualquier caso, cuentos, o tal vez piezas breves en prosa. Cuando está en una cafetería, lo apunta todo en la Moleskine, nunca en el móvil. Mira, pensativo y soñador, al infinito y hace como si se le hubiera ocurrido una idea brillante, y entonces se pone a tomar notas, completamente absorto en ese ejercicio. Así de vanidoso es.

Sigue cualquier cosa hasta el fondo y encontrarás la vanidad, unida al aburrimiento y al miedo al dolor.

«Sigue cualquier cosa hasta el fondo y encontrarás la vanidad, unida al aburrimiento y al miedo al dolor», apunta en su Moleskine, que al final ha sacado, porque ahora El Editor ha ido al baño.

El Editor hace como que no ha oído eso de los vagones desconectados y lo de que Knut quiere irse al bosque a tumbarse bajo un abeto, presumiblemente porque le recuerda la línea de pensamiento que siempre tiene que cambiar del primer borrador de

todos los libros de Knut. «Sé concreto», suele decir, y cuando vuelve del baño, le dice:

—Lo importante es que escribas. Escribe al menos cinco páginas al día, sobre lo que sea. Escribe un diario. Tu exmujer, Lene, tiene un diario. Así es como empiezan todos sus libros. Al menos eso es lo que dice en las entrevistas.

Knut asiente y finge que no ha empezado a escribir ese diario, pero le duele que El Editor se haya permitido sacar a colación a Lene. Si estuviera más presente, se daría cuenta de que no es demasiado inteligente sacar el tema de Lene justo en ese momento y en ese contexto.

—Pero oye —dice El Editor, como si acabara de darse cuenta—. ¿Vas a hablar con…? —Y entonces nombra a La Escritora de la Realidad—. Vais a hablar en la carpa, ¿no? ¿Cuándo era?

—A la una.

—Escribió sobre ti en su último libro, ¿no?

—Sí, algo he oído.

—¿No lo has leído?

—No. En realidad, no. Pero sobre lo de escribir un diario. Si intentas describir lo que te ha ocurrido a lo largo del día, sucesos aparentemente simples, enseguida te darás cuenta de que tienen infinitas ramificaciones en el tiempo y el espacio, y acabarás teniendo que dedicar un mes para hablar de una sola hora. Así que quienes aseguran escribir sobre «la realidad», en realidad inventan y novelan, como todos los demás. Añaden y quitan cosas. Si no es imposible.

El Editor saluda a alguien que camina detrás de Knut, se le ilumina el rostro y después se recompone cuando vuelve a mirar a Knut.

—Claro, claro. Ya sabes que me puedes mandar lo que quieras cuando quieras. Te espero.

Entonces se hace el silencio, y es porque El Editor ha sacado el móvil y lo está mirando. Knut aprovecha la oportunidad para envolver el cruasán de chocolate en una servilleta y metérselo en el bolsillo, para comérselo luego.

El Editor apoya el móvil en la mesa y empieza a moverse, desvía la mirada, quiere marcharse. Knut también quiere irse. Todas esas personas de la cafetería pueden levantarse y marcharse, mientras que Knut tiene que quedarse sentado dentro de esa carcasa que es él mismo.

Está a punto de decir que quiere «dejar de ser escritor, y esta vez lo digo en serio».

Pero, en primer lugar, ya lo ha dicho muchísimas veces y, en segundo lugar: ¿y qué? Un escritor egocéntrico menos con quien hablar y a quien pagar. La gente que trabaja con escritores tiene que estar harta. Knut ha oído que cuando la editorial hace una fiesta solo para los editores y el resto de empleados, sin los escritores, la llaman Fiesta de Adultos.

«Yo también estoy harto de ti», le gustaría decir a Knut, pero entonces se adentraría en una espesura de la que no podría volver a salir a menos que siguiera sus propios pasos y pidiera perdón de mil maneras distintas.

Y, al mismo tiempo, ahí están los editores en su despacho y con su sueldo fijo, recibiendo y criticando, garabateando con un boli las palabras que a los escritores tanto les ha costado escribir. Se sientan y leen y anotan al margen, página tras página, mientras los escritores están presos en su solitaria carcasa, produciendo y escupiendo más, más, más.

La taza de café de Knut está vacía. El plato está vacío, salvo por algunas migas de la focaccia.

La taza de té verde de El Editor también está vacía, y El Editor levanta las manos y las deja caer en la mesa, y esa es la señal para ir terminando.

¿Qué hace El Editor cuando nadie lo ve? ¿Él también se despierta en mitad de la noche y piensa en la muerte?

—Doscientos mil lectores no pueden estar equivocados —dice El Editor, como ya le ha dicho muchas veces antes, porque El Famoso Libro ha vendido más de doscientos mil ejemplares en los últimos veinte años, contando todos los formatos, y a El Editor, al igual que a todas las demás personas de la editorial y a la industria editorial noruega en general, le habría gustado que Knut escribiera una secuela de El Famoso Libro en lugar de dedicarse a cualquier otra cosa.

—¿Por qué no? —replica Knut—. Además, muchos de los lectores ya están muertos. Ya eran mayores entonces. Y claro que pueden equivocarse. Millones de personas pueden equivocarse. Millones de personas votaron a Hitler.

El Editor se levanta. Está acostumbrado a los intentos de Knut de alargar las conversaciones.

—Escribe un diario. Creo que es una buena idea. ¡Vamos hablando! ¡Y suerte! —El Editor echa a andar, pero se detiene y se da la vuelta—. Ay, es verdad. ¿Vas a ir a la fiesta de esta noche? Antes de que empiece teníamos pensado ir a ese restaurante…, ¿cómo se llamaba? El nuevo. ¿Te vienes? ¿Como a las cinco y media? Te aviso.

—Genial —dice Knut, y El Editor se va.

Knut se queda sentado un poco más, después saca el móvil y le manda un mensaje a Lene.

«¿Dónde estás? ¿Tienes tiempo para un café? Me gustaría que habláramos de Lukas.»

Knut no tiene nada nuevo que decir sobre Lukas, pero sabe que si lo menciona le será más fácil estar a solas con Lene.

«¿Qué te parece la cafetería del parque dentro de media hora? ¿Nos vemos allí?»

Knut le responde con un sol.

Le encantan los emoticonos. Muchísimas veces ha fantaseado con emitir ruidos animales en lugar de hablar. Por ejemplo, cuando

se encuentra con alguien y nadie sabe qué decir, sería mucho mejor poder ladrar o gruñir o rugir o piar, y cada vez que Knut manda un simbolito de esos es como si emitiera sonidos animales en lugar de palabras eternas.

Se va directo a la cafetería del parque, que está casi vacía, así que debe de haber una pausa entre las actividades. Pide un café americano y lo paga con uno de sus múltiples vales. Tiene un montón, porque El Editor pagó la comida de la cafetería de la biblioteca, donde de todas formas no aceptan vales como pago, pero también porque no le ha dado ninguno a Frank y se los ha quedado todos para él.

Cuando se acaba el café, se pide una cerveza.

Busca a Lene con la mirada y, cuando ya han pasado quince minutos de la hora convenida y se dispone a mandarle un mensaje, Lene se sienta frente a él.

—Bueno, que empiece la fiesta.

—¿Por qué nos divorciamos, en realidad?

—¿Cuánto has bebido?

—Un día cometes un error y entonces ese error se hace más grande, y enseguida uno se convierte en un pequeño insecto que intenta aferrarse al pelaje de su propio error gigantesco.

Lene se lo queda mirando. Hay algo íntimo en que no tenga fuerzas para responder, en que no tenga fuerzas para decir que no tiene fuerzas para escuchar sus disquisiciones filosóficas sobre el pasado y se limite a decir:

—Necesito un café. ¿Se pide en la barra?

Knut se levanta.

—Te invito yo. Soy rico. —Saca el fajo de vales del bolsillo y los abre en un elegante abanico, como un mafioso con sus billetes—.

¿Qué quieres?

Lene sonríe.

—Madre mía. Pues pídeme un capuchino bien cargado.

Knut vuelve con el café y se lo pone delante a Lene, que le sonríe otra vez.

—Lillehammer. Aquí estamos otra vez. Qué raro pensar en cómo estábamos entonces y que ahora estemos aquí sentados. Y yo acabo de leer un fragmento de mi nuevo libro y mañana tú vas a hablar con…

—La que no debe ser nombrada —interrumpe Knut.

—¿Cómo lo llevas? ¿No es una locura? ¿De verdad es casualidad que os hayan puesto juntos?

—Yo creo que sí, en realidad. Me invitaron hace menos de una semana. Si tuvieran pensado hacerme una jugarreta, me habrían invitado antes. Creo que habrá sido algún becario que no se entera muy bien de las cosas.

—Yo no te reconocí para nada cuando leí esa mierda, y tampoco has cambiado tanto.

Knut quiere pasar a otro tema. Dice:

—¿Has pensado que también podríamos haber seguido juntos?

—Sí, lo he pensado —responde Lene. Y después no dice nada más, porque no hay nada más que decir.

Knut prosigue:

—¿Te acuerdas del último año de secundaria, cuando fuimos a Frognerparken con una red y un bate y matamos un ganso y luego invitamos a todo el mundo a cenar?

Lene lo mira como diciendo: «Ay, no. No hablemos de los viejos tiempos». Pero después se recompone. Porque ahora es Knut el que

está mal, porque al día siguiente va a enfrentarse a su verdugo. Aún siguen con esa vieja balanza que decide quién tiene más derecho a hablar, más derecho a que se le escuche.

—Sí —dice por fin—. Sí, me acuerdo. Pero tú no estabas.

—¿Qué dices? ¡Claro que estaba!

—No. Fuimos Steinar, yo y los demás. ¿No te acuerdas? Tú te quedaste esperando en la cocina de mi casa. Ni siquiera fuiste capaz de desplumar al bicho. Si hasta te fuiste a una habitación mientras lo hacíamos.

Knut mira a su alrededor, como si la respuesta estuviera allí, en la cafetería.

—Pero yo me acuerdo de que fuimos a Frognerparken con una red; recuerdo esa imagen perfectamente. Me veo a mí mismo con la red en la mano. ¡Llevo recordándolo todos estos años!

—Puedo conseguir enseguida varios testigos que saben con certeza que tú no estabas en las inmediaciones de Frognerparken esa noche. Estábamos Steinar, Siri, Njål y yo. Siri y Njål son mis amigos en Facebook, les puedo…

—¡No! No es verdad. Lo recuerdo perfectamente. Tenía la red en la mano…

—Te lo has inventado. No estabas con nosotros. No quisiste venir. Dijiste que podías hacer todo lo demás, podías hacer la comida y fregar los cacharros después, pero no querías matar a ningún ave y tampoco querías arriesgarte a acabar en la cárcel. ¿En serio se te ha olvidado?

—¿Por eso nos divorciamos?

—¿Eh?

—¿Porque no quise ir a matar a golpes al pájaro ese?

—Pero ¿qué dices? ¡Si ni siquiera estábamos juntos todavía!

—No, pero puede que se plantara una semilla en tu interior y entonces…

—Déjalo ya. Si fuera así, nunca hubiese querido estar contigo para empezar, o sea, si me hubieras parecido un blandengue…

—¿Te parezco un blandengue?

—Basta.

—¿Sabes algo de Lukas?

—No.

—Tú también tienes que insistirle mucho para quedar con él, ¿no?

—Ya sabes que sí. Pero si Terje y sus hijos lo invitan a hacer algo, siempre se apunta. Tengo que reconocer que me he rendido. Fue liberador. Tú también deberías hacerlo. Lo importante es que esté bien. Tampoco es fácil tener padres divorciados con los que hay que quedar por turnos.

Knut ve una oportunidad.

—¿Y si quedáramos con él los dos juntos? ¿Si le proponemos que hagamos algo los tres?

—No creo que sirva de nada.

Lene parece distraída. Mira a su alrededor. La cafetería empieza a llenarse y el público se sienta a esperar frente al escenario. Algo está a punto de ocurrir.

—Al parecer está muy a gusto con la familia de Thea.

Lene se encoge de hombros.

—Sí, parece que lo han adoptado.

Pero Knut no se rinde.

¿No es triste que no lo veamos nunca?

—No lo sé. Tiene casi treinta años. ¿Cuánto veíamos nosotros a nuestros padres a esa edad?

Knut hace un último intento.

—¿Qué hemos hecho mal? ¿Por qué no tuvimos más hijos?

Lene lo mira inclinando la cabeza.

—¿Se te ha olvidado cómo nos peleábamos para poder pasar un rato solos? Primero, tú querías ir a una cabaña a escribir, y luego me tocaba a mí. Durante varias semanas seguidas. Lo único que hacíamos era ganar dinero, escribir, ganar dinero, escribir. ¿No te acuerdas? No tendríamos que haber tenido hijos. Ni tú ni yo tenemos el don de la familia.

—Pero si solo tuvieran hijos los que son aptos para tenerlos, la humanidad se extinguiría en cinco minutos.

—Puede ser. Pero Terje es muy distinto a ti y a mí. Terje es un hombre de familia. Ya sabes cómo era. Podía coger una tienda de campaña, unas cañas de pescar y a los tres chavales e irse a deambular por Nordmarka durante varios días.

—Y sigue igual. ¿No se fueron a Liverpool o no sé dónde el año pasado?

—Sí, son una pandilla. A menudo me siento fuera de lugar.

—¿Y cómo te crees que me siento yo?

—La verdad es que me gustaría haber tenido más hijos. Una hija.

—¿Conmigo o con Terje?

—Contigo, de hecho. Porque entonces Lukas tendría hermanos.

—¿No tiene dos? Él los llama hermanos en Instagram.

—No es lo mismo.

—No tengo contacto con él. No me devuelve nunca las llamadas y no me responde a los correos que le mando todas las semanas.

—Brindemos por ello.

Lene levanta la taza de café y Knut le da un sorbo a la cerveza.

Ella tiene una mano apoyada sobre la mesa. Knut apoya la suya encima.

—¿Qué haces?

—Acosarte. Llevo varias horas sin acosar a nadie y empiezo a sentir un picorcito.

Lene retira la mano.

—¿Estás deprimido?

—No lo sé. Es posible. O estoy deprimido siempre, o no lo estoy nunca. Cómo se puede saber si no se tiene con qué comparar. Solo estoy dentro de un cuerpo, que es este. No sé cómo están los demás. ¿Cómo os va a Terje y a ti?

—Bien.

—Bien. ¿Cómo es vivir con un escritor?

—¿Por qué me lo preguntas? Lo sabes perfectamente.

—Todos los escritores deberían estar casados, pero nadie debería casarse con un escritor.

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo he leído en algún sitio. No recuerdo dónde. ¿Quieres una cerveza?

—Vale.

Cuando Knut vuelve con dos cervezas, hay otra pareja sentada a la mesa. Son dos escritores de la editorial de Lene, y son al menos una generación más joven que Knut y Lene.

—Justo estábamos hablando de la fiesta de Navidad —dice Lene, y después siguen hablando todos a la vez.

Knut asiente y sonríe y finge estar siguiendo la conversación, pero siente que las voces y las caras están muy lejos de allí. Es una técnica que ha desarrollado y ha ido perfeccionando a lo largo de los años, y que además ha descrito en uno de sus libros: cuando algo le resulta insoportable, se esconde en un rincón de su interior y deja que su carcasa se encargue de lo que hay que hacer. En este caso: oír amablemente la inútil, poco interesante y no menos aburrida conversación que se está desarrollando en esa mesa. Asentir y negar con la cabeza, reír; después de todos estos años, su carcasa sabe hacer perfectamente todas esas cosas. Literalmente le sale solo sin que tenga que quemar ni una sola caloría. En lugar de eso puede tumbarse a dormitar en algún lugar cerca del hígado, y mientras oye la conversación con los oídos de su carcasa, se pregunta por qué la gente joven es tan aburrida. Los libros que escribe esa pareja, con sus rostros brillantes y emocionados, también son aburridos, y cómo se comportan, cómo consiguen emocionarse por nada, como ahora, cacareando como gallinas y moviendo mucho los brazos. Basta, quiere gritarles Knut, basta basta basta. Pero en lugar de eso asiente y sonríe. Y asiente y niega con la cabeza y dice ah, uy, no, sí.

Knut bebe cerveza y echa de menos el cementerio. Se sienta de modo que le permita tener una visión general del escenario, donde ahora hay tres personas, dos de ellas de origen somalí, según lee Knut en el programa que ha buscado en el móvil y ahora lee con gesto de pedir perdón, como si quisiera comunicar que tiene que enterarse de esa cosa tan emocionante que está ocurriendo sobre el escenario.

Una es editora de una revista feminista, la otra es editora de una revista de moda, lee Knut en el programa. «Dos mujeres muy fuertes», dice el titular. Ya que ha sacado el móvil, Knut aprovecha para mirar algunas otras cosas: el correo, las noticias de NRK, el Aftenposten, el Dagbladet.

La conversación de la mesa termina, y los cuatro vuelven la mirada al escenario. La pareja joven —tienen unos cuarenta años y en realidad no son tan jóvenes, Knut es el único que piensa que lo

son, porque él es un viejo— se ha puesto seria. Como hacía antes la gente en misa, piensa Knut.

Las dos somalíes del escenario llevan hiyabs muy ajustados al rostro, uno negro y el otro con un colorido estampado floral. El resto de su atuendo consiste en túnicas y pantalones de la misma tela que los hiyabs que les cubren toda la piel, a excepción de la cara y las manos.

Knut se inclina hacia delante y se apoya en la mesa.

—Yo creo que la de las flores es la editora de moda.

Lene sonríe. Los otros dos hacen como si no hubiera dicho nada.

Cuando la editora de la revista feminista toma la palabra —y es, como Knut había adivinado, la que va vestida de negro—, dice que lleva hiyab para provocar a los noruegos.

La entrevistadora exclama acercándose el micrófono:

—¡Nuestras invitadas no se dejan avasallar! ¡Un aplauso para estas mujeres fuertes y estupendas!

Todo el mundo aplaude. También Knut y Lene.

En medio de todo el jolgorio, Lene se inclina hacia Knut y le susurra al oído un verso de Obstfelder:

—«Qué raro es todo aquí».

Lene está tan cerca que Knut puede comprobar que huele igual que siempre. Knut asiente con la cabeza y se dispone a decir algo, pero antes de que lo consiga, ella ya se ha retirado y el aplauso ha terminado.

Y cuando un poco más tarde Terje se acerca a su mesa, Knut se levanta y le dice a Lene que tiene una cita.

La cita que tiene es con el banco del cementerio.

Knut se tumba en el banco y vuelve a sumergirse en los sonidos

que lo rodean: los cantos de los pájaros y el zumbido de los insectos. En el seto de detrás del banco hay algo que cruje, tal vez sea una rata que corretea de acá para allá en medio de su ajetreada rutina, sin pensar en Knut ni en todos sus problemas, y nada tranquiliza más a Knut que pensar que el mundo contiene trillones de seres vivos que no saben nada de él y a quienes Knut no podría interesarles menos. Y esta vez se queda dormido. En medio de los crujidos y el zumbido de las moscas y de la luz de la tarde, se queda dormido y sueña que la rata se acerca al banco. Se levanta sobre las patas traseras y lo mira fijamente. Tu vida es demasiado fácil, dice la rata. Estás hecho para luchar por sobrevivir, pero aquí estás, tirado y arrastrándote, y pronto comerás la comida que ha preparado otra persona y beberás la cerveza que ha elaborado otra más y todo esto lo haces para pasar el tiempo, porque en el fondo te aburres muchísimo. Los demás también se aburren, pero al menos lo saben. Tú, en cambio, llevas demasiado tiempo sin trabajar y te pasas el día doblando bolsas de plástico.

Entonces la rata se echa a reír. Se ríe a carcajadas, pero no de una forma ratonil, y cuando Knut se despierta se da cuenta de que el sonido viene de una urraca que da saltitos por las tumbas un poco más allá. Está discutiendo con otra urraca que revolotea sobre la copa de un árbol.

El mundo animal, piensa Knut, y vuelve a acostarse. Los animales y las plantas. La flora y la fauna. Él mismo forma parte de ello, allí tumbado con su cuerpo animalesco.

En el curso para aprender a combatir el miedo escénico le aconsejaban que, cuando apareciese el pánico, pensara en algo físico, algo sensorial, para dejar de obsesionarse y darle vueltas a la cabeza antes de una actuación. Piensa en un lugar del que tengas buenos recuerdos sensoriales o imagina que estás comiendo y bebiendo lo que más te gusta o todo a la vez, dijo el director del curso, y a lo largo de los años Knut se ha imaginado sentado en las escaleras de la granja sueca que tenía la familia de su madre justo al otro lado de la frontera. La granja la vendieron hace mucho tiempo, pero Knut recuerda sentarse en las escaleras por las mañanas, antes de que se despertaran sus padres, y mirar el lago que resplandecía entre los árboles. Eso era todo. Se quedaba allí sentado en pijama,

nada más, y ahora, tumbado en el banco, rememora ese recuerdo y siente el tejido suave del pijama, que era de franela, y el escalón de piedra caliente debajo de él.

Capítulo 9

Un poco más tarde, Knut está sentado en un restaurante con El Editor y un grupo de la editorial. El restaurante acaba de abrir y se encuentra en una fábrica reformada en una zona industrial junto al lago Mjøsa. En la pared hay fotografías con motivos eróticos. Una de ellas muestra a una mujer japonesa desnuda, atada con una soga. La soga está anudada con mucha habilidad. Otra foto muestra a la misma mujer tumbada y con las piernas abiertas. La foto está hecha de tal manera que los genitales no solo quedan expuestos, sino que son el punto central de la imagen y, al mismo tiempo, están desenfocados y Knut se acuerda de un día a principios de los noventa en el que iba caminando por la calle Karl Johan y creyó que veía visiones, porque allí, en un escaparate, habían expuesto un tipo de objetos que hasta entonces Knut solo había visto en las revistas porno. Pero en ese escaparate, a plena luz del día, en Karl Johan, en la parte que está más cerca de la estación de Jernbanetorget, había filas y filas de dildos y maniquíes vestidos de enfermera o en ropa interior de látex y de cuero, y había esposas y látigos.

Entonces Knut pensó que estaba teniendo alucinaciones. Ahora, treinta años más tarde, ni se pararía a mirar. Pero aquí en Lillehammer, y no solo aquí en Lillehammer sino en todas partes últimamente, es como si viera el presente desde lejos. Cuando volvió del baño, se puso delante de las fotos y se quedó mirando, como un niño. No es que le choque ver mujeres desnudas atadas con una soga, pero se siente incómodo. Igual que se siente incómodo, aunque de otra manera, cuando ve a mujeres con hiyab. Dos extremos opuestos y, aun así, a Knut de alguna forma le parecen dos caras de la misma moneda.

Por fin vuelve a sentarse. Y mira el vino blanco que la camarera sirve en la esbelta copa. Ella sostiene el culo de la botella y sirve el vino despreocupadamente, como si no estuviera prestando atención

a la cantidad. Ese es el comportamiento habitual de un camarero en un restaurante caro, pero en cuanto levanta la botella le guiña un ojo a Knut, y él le devuelve una sonrisa tan amplia como hacía tiempo no se dibujaba en su rostro. Casi puede sentir cómo se le abre la piel junto a las orejas.

La camarera se acerca al siguiente cliente, y Knut se imagina que la espera a la puerta del restaurante a la hora del cierre y vuelve con ella a Oslo, sin mediar palabra. Se imagina todos los detalles y cuando además se da cuenta de que la camarera no le ha guiñado el ojo al cliente de al lado, que además es el director de la editorial, y que tampoco le guiña el ojo a ningún otro cliente, que él se dé cuenta, la fantasía se desarrolla y enseguida viven juntos en St. Hanshaugen, y ella está feliz y despreocupada y no para de reírse; en resumen, es igual que aquí en el restaurante: amable, indulgente, sonriente, naturalmente dominante como ha de ser una buena camarera, capaz de dominar y manipular a los clientes sin que a ellos les dé la sensación de estar siendo manipulados y dominados; en eso se parecen a las azafatas de vuelo, que siempre han fascinado a Knut (que fantasea con ellas): mujeres uniformadas y seguras de sí mismas que lo han visto todo y no se dejan sorprender por nada.

Mientras se sirve el primer plato, un paté de verduras con boletus y granada, Knut piensa en por qué se siente atraído por las mujeres uniformadas. Llega a la conclusión de que debe de tener algo que ver con su madre. Al final, todos los caminos llevan a su madre. Las manos cálidas y seguras de su madre, que es la que más sabe de todo. Sí, eso ha de ser, y Knut sonríe para sus adentros y mastica el paté y bebe vino blanco, satisfecho con esa conclusión. Pero entonces también desaparece la agradable fantasía, porque eso es lo que pasa cuando se llega al fondo de un asunto, que otras cosas se quedan por el camino. Tal vez llegue a una conclusión, pero el caso es que vive solo y no tiene contacto ni con su padre ni con su hijo, y el único hombre con quien habla a diario es su vecino gay, que está atrapado en una relación desesperada con un padre de tres hijos pakistaní que está casado con su propia prima.

La conversación de la mesa sigue su curso. El Editor también está ahí, junto con el jefe de márketing y algunos escritores más, entre ellos un conocido autor de novela policiaca con quien Knut

echó un pulso en una fiesta de Navidad, y también un poeta del que Knut había oído hablar, pero con quien no había cruzado ni media palabra.

Dos de las escritoras son debutantes, dos mujeres jóvenes que miran al infinito y parecen aburridas. Se asemejan a algún tipo de animal raro, tan bello y poco común que su mera presencia es más que suficiente. No tienen que mantener una conversación ni esforzarse de ninguna manera. Pueden mostrar su aburrimiento abiertamente, y si alguien intenta integrarlas en la conversación, pueden conformarse con responder con monosílabos.

Knut no las mira, para que no piensen que no les quita ojo, el muy cerdo. Knut tiene miedo de lo que los demás piensen de él. No le había pasado nunca. Bueno, siempre había creído que le daba miedo lo que opinaran los demás, pero ahora se da cuenta de que no era así. Sin embargo, desde el otoño, sí que tiene miedo, y por eso se ve a sí mismo siempre desde fuera.

—Noruega no es una nación cultural —exclama el poeta.

Tiene diez o quince años más que Knut y procede de una familia rica de algún lugar de Vestlandet. Knut lo sabe por una entrevista en un periódico. «Mi lucha por la libertad», era el titular. Como era el hijo mayor, se suponía que tenía que encargarse de la empresa familiar, una fábrica de muebles, pero en lugar de eso se fue a la capital, donde se paseaba vestido de militar y escribía poemas. «Renuncié a mi herencia porque tenía que seguir mi vocación», decía en la entrevista, y Knut había intentado imaginarse cómo habría sido para el padre del poeta que su hijo rechazara lo que había construido para irse a la capital a escribir poemas. ¿Qué debe ser que los hijos se escapen con el circo, que rechacen «algo que se te impone», como dijo el poeta en la entrevista? «No se me da bien recibir pasivamente "verdades" heredadas.»

Pero recibir becas sí que se le ha dado bien a lo largo de los años. Knut lo sabe, porque él mismo —que también las pide, y cada vez más a menudo recibe un no por respuesta— lleva la cuenta de esas cosas. Así que el poeta es un mantenido, pero en lugar de mantenerse con la herencia paterna, lo mantiene el Estado.

Knut traga el último bocado de paté y rebaña el resto de la salsa con un trozo de pan, porque había poco paté y solo le había dado más hambre, y mira al poeta, que está sentado frente a él y que ahora mismo está pasando el dedo por el borde de la copa de vino, una y otra vez, mientras se inclina hacia una de las dos mujeres jóvenes, tan joven que podría ser su nieta. Ella le sonríe amablemente, como sonríen las mujeres a los hombres mayores. Seguramente ella vea al poeta como un abuelo o un tío abuelo, porque se llevan al menos cuarenta años. El poeta, por su parte, parece pensar que tienen la misma edad.

¿Fue así lo de Knut con La Escritora de la Realidad? ¿Él también se le había pegado de esa forma sin darse cuenta, inclinándose sobre ella y babeando?

No puede ser. Habría parado mucho antes.

Basta con mirarlo todo con la mayor distancia posible, ver a las personas como lo que son: hormigas que caminan y se pelean y charlan y se tropiezan unas con otras.

Knut intenta ser complaciente, como para prepararse para el día siguiente, porque el plan es no despeinarse, sino conservar la indulgencia que ha conseguido mostrar aquí sentado. Se centra en que aquí está, bajo unas lámparas de araña comiendo paté, y que nadie lo ha acusado formalmente de nada, y que enseguida traerán jarrete de cordero preparado de una forma exquisita y que una camarera de lo más profesional, estricta pero comedida, le está sirviendo vino en la copa que tiene delante, y que puede pedir que se la rellene cuando quiera.

Por último, pero no menos importante: objetivamente Knut sigue formando parte de la élite cultural. Cualquiera podría confirmarlo si lo vieran allí sentado, en un restaurante gourmet entre las estrellas de una de las editoriales más grandes de Noruega.

Como tienen que asistir a la fiesta de presentación y no hay demasiado tiempo, no se sirve postre, para decepción de Knut. A modo de consuelo se come los restos del cruasán de chocolate que

ha encontrado en el bolsillo mientras sigue al grupito de la editorial por Maihaugen. Knut camina y se siente parte del grupo, parte de algo coherente, algo que se proyecta hacia el futuro, algo productivo, algo bueno, y mientras mastica el cruasán de chocolate, intenta aferrarse a este sentimiento tan poco frecuente.

La comitiva entra en la sala junto con cientos de otros miembros de la escena cultural noruega. Se sientan en el centro de una fila, y, aunque Knut normalmente prefiere ponerse en un extremo para poder marcharse cuando quiera, toma asiento de manera muy formal con los demás.

La sala está a oscuras, el escenario se ilumina y la directora del festival les da la bienvenida. Presenta a la ministra de Cultura, que va a pronunciar el discurso inaugural, y mientras la voz de la ministra se convierte en una vibración regular, Knut intenta imaginarse dónde va a dormir esa noche. Por alguna razón, no le preocupa no tener un lugar donde quedarse. ¿Qué más da? Siempre hay una cama en algún sitio, ¿y acaso no acaba de comer en el restaurante más caro de Lillehammer con las personas más destacadas de una de las editoriales más importantes de Noruega? ¿Y no tiene una pulsera del festival en la muñeca? ¿Y acaso ha pagado algo para estar allí?

Knut se despierta sobresaltado de su ensoñación cuando la ministra de Cultura golpea el atril con el puño.

—Así que ahora quiero literatura provocadora —grita en su relajado dialecto de Finnmark—. ¡Quiero una literatura que haga saltar por los aires las fronteras! ¡Una literatura que destroce los mitos y quebrante las normas y rompa con los tabúes! ¿Entendido?

La sala estalla en aplausos, y muchas personas silban y vitorean. Algunas se levantan y aplauden aún más fuerte. Poco a poco la sala entera se pone de pie, Knut y el resto de personas de la editorial incluidos, y aplauden y vitorean y se miran los unos a los otros y asienten con la cabeza, y desde su sitio Knut intenta imaginarse a qué se refiere la ministra de Cultura con lo de la literatura provocadora, y entonces se acuerda de que acaba de releer Memoria de mis putas tristes, de Gabriel García Márquez.

Hace tan solo unos días estaba frente a la estantería, como de costumbre, buscando algo que pudiera recordarle lo que estaba haciendo, porque de vez en cuando le pasa que no entiende lo que es la literatura, qué sentido tiene. En resumen, pierde el control y, para recuperarlo, lee libros que antes le aportaban algo. Por desgracia, en los últimos años los libros antiguos que antes leía con tanto gusto e interés ya no le ofrecen la misma experiencia. Y como también le sucede con la mayoría de los libros, Knut no recuerda ni el ritmo del lenguaje ni nada del argumento de Memoria de mis putas tristes; solo el estado de ánimo que percibió al leerlo por primera vez: algo melancólico, nostálgico, algo sobre la vejez. Y eso era lo que estaba buscando cuando lo cogió de la estantería.

Pero cuando se tumbó en el sofá y hojeó el libro, era como si no lo hubiera leído nunca. Ya al principio, el protagonista de noventa años cuenta cómo violaba analmente a su criada para que no se quedara embarazada, y así siguió durante años, hasta que se volvió «demasiado viejo». Como compensación, la criada, que era indígena y era bajita y morena —y por lo tanto, como se dice entre líneas, el único tipo de relación posible entre ellos era el sexo anal—, recibió un aumento de sueldo, y así el protagonista la convirtió en prostituta, como hace con todas las mujeres que conoce. Si no son prostitutas, él hace que lo sean, haciéndoles aceptar dinero de una u otra manera. En el burdel de la ciudad pide una virgen por su noventa cumpleaños: una niña de catorce años que trabaja en una fábrica y cuida de sus hermanos pequeños y de su madre enferma, y que la madame anestesia para que se quede dormida cuando llega el nonagenario que va a acostarse con ella como un regalo que se hace a sí mismo, algo que este hombre de noventa años al final decide no hacer. Bueno, eso hay que reconocérselo, pensó Knut tumbado en el sofá, sintiéndose desconectado de sus contemporáneos y también de todo lo demás. Pero el libro se publicó hace casi veinte años. ¿Se percibió como provocador en aquella época? Al parecer no, porque en la contracubierta decía lo siguiente: «Un relato extraordinariamente sensual, de los más bellos que ha escrito Gabriel García Márquez. Igual que el protagonista seduce y se deja seducir, el premio Nobel vuelve a seducir a sus lectores. En su pluma lleva la magia de la narrativa latinoamericana».

Entonces habrá que deducir que violar a tu criada indígena analmente es parte de la escena cultural, piensa Knut, a diferencia

de tocarle el culo a alguien que se ha sentado en tu regazo.

El invierno pasado, en el instituto, Knut había leído un fragmento de la parte más aburrida de El Famoso Libro, una descripción detallada de una escena de sexo que en su día dudó si incluir o no, pero que ha leído tantas veces a lo largo de los años que se la ha aprendido de memoria. Ahí estaba, viejo y canoso, y a su lado estaba la profesora, igual de vieja y canosa, y antes de la conversación habían hablado de lo «valientes» que habían sido al acordar que Knut leyera ese fragmento en particular. Ahora los alumnos entenderían que ellos, los viejos, sabían un par de cosas de la vida y, por último, pero no menos importante, que ellos también han sido salvajes y alocados y en muchos sentidos lo siguen siendo. Pero los alumnos eran tan vagos y estaban tan poco interesados como suelen estarlo siempre la mayoría de los alumnos. Y después Knut tenía la sensación de haberse masturbado en público, de haber estado con los pantalones por las rodillas, sudando, muy tenso, mientras que quienes pasaban por su lado le lanzaban una mirada y después seguían mirando el teléfono.

La ministra de Cultura ha terminado y la directora del festival vuelve y presenta lo siguiente. Sonríe con picardía.

—Quién sabe si la ministra de Cultura podrá cumplir su deseo, porque aquí vienen cuatro autores que no necesitan presentación, y ya veremos qué se les ocurre.

Los cuatro escritores suben al escenario en fila y el foco se desplaza del atril a otra parte de la escena, donde se han dispuesto cuatro butacas en semicírculo tras una mesita baja. En la mesita hay botellas y copas; los autores se sientan cada uno en su butaca, y la directora del festival presenta a los cuatro por su nombre, y de nuevo la sala prorrumpe en aplausos.

Los autores se sirven vino y Knut trata de recordar si se ha acostado con alguno de ellos, pero no. Con una ha discutido un poco por Facebook, pero eso es todo.

Un escritor de novela policiaca hace una introducción en la que afirma que no podría estar más de acuerdo con la ministra de Cultura y después comenta que los escritores deberían escribir

menos sobre ellos mismos y más sobre problemáticas políticas actuales, y mientras sigue hablando sobre los temas que deberían abordar los escritores y cómo deberían escribir para cumplir su misión social, Knut vuelve a enfrascarse en sus pensamientos. Tal vez, para cumplir con los requisitos de la ministra de Cultura acerca de una literatura provocadora, debería escribir sobre un sacerdote que esté en contra del divorcio. Él mismo empieza a estarlo. Y después el sacerdote puede estar en contra de la inmigración, del islam, de los cambios de sexo, del matrimonio gay y de que las mujeres sean sacerdotes. Knut sonríe para sus adentros. No tiene claro si un libro así rompería tabúes y superaría los límites, pero provocador sería seguro. Si es que consiguiera publicarlo.

Una autora toma la palabra y dice que los escritores deberían escribir sobre algo que no fuera la clase media. Después, un tercero sostiene que hay demasiado consenso en la escena cultural noruega. Echa de menos que haya discusión, un poco de debate. El último autor es un hombre con ropa de mujer, y Knut se imagina que su sacerdote también se opondría a eso. El sacerdote además estará en contra del sexo antes del matrimonio y de otras posturas que no sean la del misionero. Knut se siente inspirado. Quiere sacar su libreta, pero hay poca luz en la sala.

Los cuatro escritores beben vino y asienten cuando hablan sus compañeros. Se les oye tragar por el altavoz, y Knut se imagina a su sacerdote, un viejo cascarrabias. O, bueno, quizá no tan viejo, sino de cincuenta y muchos. Casualmente igual de viejo que el propio Knut.

El hombre con ropa de mujer lleva un vestido ajustado. Tiene una barba cerrada y está muy maquillado, y cada vez que gesticula, sus pulseras tintinean. La lucha de este escritor está en el derecho de transitar entre dos o más géneros, según el día. Se llama a sí mismo travesti y quiere reintroducir esa palabra porque se siente abrumado por todos los términos nuevos que han ido apareciendo últimamente, y además varias personas han intentado prohibirle usar la palabra «travesti». Hay que usar el término «persona trans», porque la palabra «travesti» es condescendiente y rancia y, además, tránsfoba. Pero yo uso las palabras que me da la gana, exclama el hombre en falsete, y la sala aplaude. Y además soy un hombre, para

vuestra información. Y todo el mundo aplaude y vitorea.

Entre sus demandas está el derecho a tener dos pasaportes: uno para los días en que quiera moverse por el mundo como hombre, y otro para los que quiera moverse como mujer. Es confusamente parecido a otra escritora —llevan hasta el mismo peinado y el mismo tipo de botas—, pero el hombre ha exagerado en todos los sentidos, tiene demasiado de todo, demasiado maquillaje, demasiadas joyas, demasiado peinado, y Knut piensa que es un converso, porque mientras que la mujer habla despacio y en voz baja, el hombre con ropa de mujer está sentado en el borde de la silla y gesticula y habla muy alto y con voz penetrante, interrumpiéndose a sí mismo y a los demás. Se ríe a carcajadas de sus propios chistes y la sala se ríe con él. Todo el mundo se muere de risa con sus chistes, que no tendrían tanta gracia si no los hiciera una persona con tanto encanto y tanta vis cómica.

Pero esto, evidentemente, no es una provocación. Sus gritos y su comportamiento dominante irritan a Knut —quien, por cierto, se irrita con mucha facilidad—, pero no lo provocan. El tipo está ahí sentado, en un festival literario financiado por el Estado noruego. Hace un par de décadas hubiera sido genial y, tal vez, para alguno de los presentes, también provocador, pero ahora no. Aun así, el «hombre con ropa de mujer» tiene algo que puede definirse como «provocador» en el sentido clásico de la palabra, pero ¿para quién? Para alguien que no sea ninguna de las personas de esta sala. Y tal vez ahí esté la cuestión, tal vez sea eso a lo que la ministra de Cultura se refería al buscar literatura provocadora: la que provoca a otras personas que no son las de esta sala.

Entonces, ¿podemos aplaudir los presentes en la sala la parte «provocadora» del asunto?, se pregunta Knut, y luego vuelve a pensar en su sacerdote y se ríe para sus adentros. Sabe que quedará en nada, pero le divierte pensar en ello.

Mientras El Travesti habla, Knut por algún motivo se pone a pensar en sus tiempos en el periódico en el que antes trabajaba un par de días a la semana como corrector. Al principio no entiende la conexión, por qué su cerebro ha desenterrado ese recuerdo. Pero entonces se acuerda de que solía recortar los nombres largos de la gente cuando corregía o extraía citas. Antes, si alguien se llamaba

Per Kristian Lundestad Henriksen, había que escribir Per K. L. Henriksen. El nombre completo de Knut es Knut Andreas Pettersen, y aun así siempre se ha llamado Knut A. Pettersen oralmente y por escrito. Pero últimamente los nombres se escriben enteros. Esto surgió casi al mismo tiempo en que las mujeres empezaron a mantener su apellido de solteras además de adoptar el de su marido, y así sus hijos acabaron teniendo los apellidos de ambos. El resultado de eso es que hoy en día casi todo el mundo tiene dos apellidos y, como además mucha gente tiene dos nombres, los nombres son más largos que nunca y hay que escribirlos enteros, y Knut piensa que todo esto, tanto lo del hombre del escenario que quiere tener dos pasaportes y estar por encima del bien y del mal y lo de los nombres o que todo el mundo pretenda mantener su especialísimo y a veces incomprensible dialecto incluso cuando habla en medios nacionales es todo lo mismo: una necesidad de reconocimiento, pero sobre todo se trata de que el entorno se adapte al individuo de forma que el individuo se sienta reconocido, no solo aceptado y comprendido, sino también amado. Tal vez sea especialmente importante ser amado a pesar de lo que uno haga, piensa Knut mientras otro atronador ataque de risa le llega a los oídos desde el escenario. El hombre con ropa de mujer podría haberse afeitado, por ejemplo, porque hay algo en esa barba que no encaja, especialmente cuando ha sido tan cuidadoso con el maquillaje y todo lo demás, pero luego está el asunto de ser amado a pesar de todo, y quizá la barba desempeña un papel importante en ese sentido, como una especie de prueba: «¿Estás conmigo o estás contra mí?».

Fricción. De eso se trataba.

Los escritores abandonan el escenario y se presenta a un dúo de músicos samis. Uno golpea un tambor y el otro empieza a cantar un yoik, y una especie de letargo se expande por la sala, y Knut sigue pensando en eso de la literatura provocadora, en qué es provocador y qué es «provocador», y recuerda que una vez en invierno, después de la visita al instituto, Frank lo había convencido para ir a una exposición en el Centro de Arte Henie Onstad, uno de los clientes habituales de Frank. La artista era joven y prometedora, el Museo Nacional de Arte de Noruega le había comprado obra y ya había recibido cierta atención en el extranjero. Al principio, Knut no tenía

ganas de ir. «No me gusta el arte», dijo, pero cuando Frank le contó que habría vino y canapés, se subieron al bus que llevaba a Høvikodden.

La entrada a la exposición era una enorme vagina hecha de tela y, para atravesarla, había que echar a un lado los labios vaginales, y entonces se entraba en una sala oscura cuyas paredes estaban forradas de imágenes transparentes en cajas de luz retroiluminadas. Una de ellas mostraba a la artista masturbándose tumbada y abierta de piernas. Otra mostraba un pezón erecto, un ano, un dedo en una vagina, un dildo cubierto de sangre. Las imágenes eran nítidas, con colores y contrastes fuertes. En la siguiente sala había un culo hecho de una especie de material plástico de color verde. De entre las nalgas salía de vez en cuando una nube de perfume. Después había lo que según el catálogo era una «butaca pajeadora», una butaca alta y ancha en cuyo asiento estaba montada una pirámide de plástico con la que se invitaba a las visitantes a frotarse. «A través de su valiente y revelador proyecto artístico, la artista quiere inspirar a su público a masturbarse», decía en el catálogo, y en internet había citas de la reseña: «Una mujer libre e independiente impulsada por el deseo; un sujeto sexual activo que está en el acto para nadie más que para sí misma. Una patada a nuestra eterna necesidad de ponernos en apuros. Nos hace ser conscientes de nuestras propias inhibiciones. Así, la artista visibiliza que aún existen temas tabúes en nuestra realidad profundamente sexualizada».

Knut ya ha visto eso muchas veces, desde los años ochenta: mujeres jóvenes que se muestran de manera agresiva, o al menos de una forma que él interpreta como agresiva, como si volvieran su sexo hacia el mundo, con su flujo y su sangre menstrual, con una luz fuerte y duros contrastes. En estos casos, Knut siempre tiene la sensación de que se ríen de él, de que se burlan de su deseo creando una imagen distorsionada de lo que desea, mostrándolo como algo repulsivo. Y aun así casi solo son mujeres jóvenes quienes se usan a sí mismas en el arte de esta manera, y por mucho que se destruyan y se vuelvan «feas» y «repulsivas», la juventud y la frescura que hay en ellas siempre se transparenta, y así, lo que hacen, pase lo que pase, acaba siendo una celebración de la belleza femenina joven, que ni la sangre menstrual ni los granos son capaces de ocultar,

como también se transparentaba la masculinidad del hombre que hace un rato estaba en el escenario, donde dominaba la conversación y se reclinaba con aplomo, como solo lo hacen los hombres.

Lo mismo ocurre con las personas mayores, cuya vejez y desgaste siempre se acaban transparentando y revelando, por mucho que se maquillen e intenten parecer más jóvenes de lo que son, pensó Knut, mientras caminaba entre las esculturas y los cuadros de Høvikodden.

«Qué maravilla», dijo una señora mayor en voz alta a dos amigas de su edad mientras miraban vaginas y sangre y dildos. Las tres mujeres iban arregladas y bien vestidas, y parecían cultas. Eran muy similares a la mayoría de las personas que conforman el público de esta sala de Lillehammer, y asintieron con energía. «Qué maravilla.»

En la sala brillan los haces de luz azul de los móviles, que algunas personas han sacado y ahora miran encorvándose sobre la pantalla, y Knut contempla a los samis del escenario y se siente unido a ellos, mientras cantan un yoik con el rostro impasible en su incomprensible idioma, que probablemente se encuentre al borde de la extinción. Se mecen como chamanes al ritmo melancólico y adormecedor de su canto, pero nadie en esta sala comprende lo que hacen, igual que nadie entiende ya lo que hacen los escritores como Knut.

¿Y si ya ha pasado la era de los libros? ¿Qué pasaría si, por lo tanto, Knut abandonara la escritura y se dedicara al arte? Su primera exposición podría ser una instalación, porque no tiene formación ni habilidad para el arte figurativo. Por otro lado, tiene ideas más que suficientes, tantas que pueden acabar siendo un problema, pero a lo mejor así podría hacer algo con ellas. ¿Podría, por ejemplo, hacer una exposición que entre otras cosas incluyera una «pared pajeadora» en la que los hombres pudieran meter el pene? No, ahora que lo piensa ya existe algo parecido, Frank lo ha visto en sus viajes a Berlín y a Nueva York. Knut tiene que inventarse algo nuevo, tiene que ir un paso más allá. Y mientras los samis tocan y un poeta keniano —muchas veces propuesto como favorito para el Nobel— sale al escenario y recita un poema en su lengua tribal, probablemente también en peligro de extinción, Knut sigue pensando en lo que debería ofrecer su instalación. Otro

keniano que está en el otro extremo del escenario traduce verso a verso lo que dice el poeta keniano, y Knut recuerda vagamente que ha habido un poco de polémica con eso, porque al principio habían propuesto a un intérprete noruego-keniano, pero como no era de la misma tribu que el favorito para el Nobel, se percibía como un caso más de arrogancia colonial, y por fin lograron encontrar a una persona de la misma tribu que el poeta, y a esa persona la trajeron desde Estados Unidos, donde vive, por lo que no habla noruego, y por lo tanto traduce al inglés, pero con un acento tan marcado que resulta difícil entender lo que dice y Knut se pierde en sus propios pensamientos, y enseguida se imagina su próxima instalación en Høvikodden, que consistirá en un retrete muy alto, una especie de trono, y dentro de él habrá cámaras y todas apuntarán hacia arriba, hacia el agujero, donde los visitantes se sentarán a hacer sus necesidades, que se filmarán, y el vídeo se retransmitirá en directo por una pantalla enorme situada fuera de la sala.

Así, los visitantes podrán presenciar, puede que por primera vez, algo tan extremadamente cotidiano y al mismo tiempo tan extrañamente escondido en nuestra cultura, y todo estará ambientado con ritmos frenéticos de música techno. Será como un parto, solo que lo que vendrá al mundo no será un bebé, sino heces, ¿y qué podría decir el catálogo al respecto? Las posibilidades son infinitas.

Los dos kenianos llevan un cuarto de hora en el escenario. Y aunque algunas personas del público están mirando sus móviles, la gran mayoría están sentadas muy rectas, sin quitarles ojo, aunque es imposible que estén entendiendo algo. Aun así, ahí están fingiendo, comportándose como es debido a pesar de que probablemente se estén muriendo de aburrimiento.

Esto es la civilización.

Knut está conmovido.

Finalmente los samis, el poeta y el intérprete abandonan el escenario, y presentan a otro poeta, esta vez de las islas Feroe, que empieza a leer poemas en feroés, y Knut sigue planificando su instalación, y su siguiente pregunta es: ¿cómo se consigue que la gente participe en algo así? Porque nadie se había atrevido a probar la silla de las pajas, al menos Knut no vio a nadie hacerlo, y el

nuevo proyecto de las heces de Knut va aún más allá, o a lo mejor no, y Knut piensa qué es más difícil hacer en público: cagar o masturbarse. No lo tiene claro. Pero lo que podría hacer para acelerar el proceso en ese váter único en el mundo —dado que hay que contar con que el público tenga un cierto grado de inhibiciones tanto mentales como físicas, y con que hay un tabú bastante arraigado que esta obra cuestiona— es que en la entrada se ofrezcan diferentes tipos de laxantes de acción rápida. Los valientes visitantes que en un momento dado se presenten voluntarios podrían obtener algún tipo de premio, además de una copia del vídeo de su propia «actuación», y así verían algo que seguramente no han visto nunca, a pesar de que es algo que hacen todos los días, incluso varias veces.

En el catálogo de la exposición debería poner algo de por qué construimos naves espaciales para explorar otros planetas, mientras que aún hay «acciones absolutamente cotidianas que están rodeadas de un misterio impenetrable».

«¿Cuándo si no se podrá ver algo como esto, esa zona sin cartografiar por muy cotidiana que sea?» Knut relacionaría esta experiencia con «la dificultad de verse de verdad a uno mismo».

Todo esto escandalizaría a cierto tipo de personas, que entonces harían sus previsibles protestas y añadirían así la fricción necesaria a la exposición, que, por supuesto, acabaría haciendo una gira: «No queremos tener esto en nuestra ciudad», y así se despertaría el interés de la prensa, algo que empezaría a formar parte de la obra en sí. Y si nadie protestara, piensa Knut, siempre podría pagar a alguien para que lo hiciera. O podría disfrazarse y salir a protestar él mismo.

Capítulo 10

Dos horas más tarde, una mujer joven se pega a Knut. Es la fiesta de la salchicha del periódico Dagbladet, que se celebra en la sala de desayunos del hotel Breiseth. Knut se retira, ella lo sigue y así cruzan la sala. Enseguida Knut acaba con la espalda pegada a una pared. La mujer apoya su torso contra el brazo de Knut, como si no fuera capaz de mantenerse en pie sin ayuda. Ella mira a su alrededor. Ambos tienen un perrito caliente en una mano y un vaso de plástico lleno de cerveza en la otra. Ha pasado un buen rato desde la cena y el plan de Knut es comer tantos perritos calientes gratis como pueda.

La mujer le da un codazo.

—Ya no quiero ser escritora.

Knut ha olvidado cómo se llama y no se atreve a preguntárselo. Ha hablado con ella varias veces, en varias fiestas de verano y cenas de Navidad, y no puede preguntárselo ahora, y como tiene las dos manos ocupadas tampoco puede sacar el teléfono y buscarla entre sus contactos. Knut tiene memoria fotográfica para las caras, pero a veces se le han llegado a olvidar los nombres de personas de su propia familia.

—Oye —dice ella—. Escúchame. ¡Ya no quiero ser escritora!

Knut tiene la boca llena de salchicha y le indica con un gesto que tiene que acabar de masticar. Traga tan rápido que le duele la garganta.

—¡Anda! ¿Y eso?

Ella mira a su alrededor. El local está a reventar.

—Pero ¿has visto esto? ¿La fiesta de la salchicha? A ver, en serio.

La escritora ha dado bastante que hablar, recuerda ahora Knut. Ha ocupado las portadas de la sección de cultura de distintos periódicos. Un libro sobre una relación sadomasoquista entre una mujer joven y un hombre mucho mayor que ella. En las portadas, ella salía con los ojos llorosos y la boca húmeda, como si se estuviera corriendo. Toda esa coquetería, toda esa pornografía que ha invadido el espacio público, ¿por qué nadie dice nada al respecto? Knut recuerda —de sus incursiones obsesivas en internet— que en sus fotos La Escritora de la Realidad suele llevar un escote en el que se le ve el canalillo, y allí es donde se centra la mirada tanto de los hombres como de las mujeres, pero por supuesto sin que nadie lo comente.

Pues hazlo tú, le respondería Frank, y Knut le diría que no, no puedo ir debatiendo por ahí, soy escritor, tengo que escribir, tengo que concentrarme. ¿Y por eso estás aquí gritando?, le diría Frank.

Pero ahora no hay ninguna boca húmeda entreabierta, y Knut se imagina que las imágenes tienen que haber estado retocadas de alguna manera, porque en la vida real ella tiene otro aspecto, y él quiere marcharse, pero tiene miedo de provocarla; parece agresiva y está en el estadio de la borrachera en el que se busca un catalizador. Knut siente sus tetas contra el brazo. Imagínate que Knut se hubiera pegado así a una mujer. Y a pesar de que ella no para de gritar que quiere marcharse de allí, «vámonos al Haakons pub, lejos de estos imbéciles» —como si el Haakons pub no estuviera lleno de esos mismos imbéciles, y como si ellos fueran una excepción—, y aunque le mira fijamente la boca a Knut cuando habla, nada de eso tiene por qué querer decir nada que no sea que está borracha, y ahora él tiene que concentrarse en no creer que su diferencia de edad es menor de la que es. Y en último lugar, pero igualmente importante: Knut ha oído rumores sobre el libro que ha escrito ella, que está basado en la tan conocida realidad, y lo último que quiere es que su impredecible pene aparezca en otro libro más.

Ella sigue mirándole la boca y pegándose a él, pero de una forma relajada y poco implicada, como si todo fuera un pasatiempo, igual que comer perritos calientes o beber cerveza o ir a la peluquería, al dentista o al servicio, hacer una tarea pendiente, guardar algo en su sitio…, qué satisfacción cuando por fin hacemos

algo que teníamos que hacer.

Durante un rato, Knut intenta autoconvencerse, como ha descrito en alguno de sus libros, porque ahora todo lo atormenta. Todo lo que ha escrito se queda tirado como chatarra en el camino y aparece cuando menos se lo espera: «Si quieres experimentar algo mientras tus huesos siguen cubiertos de piel, debes aprovechar cada oportunidad que se te presente».

Algo ha desaparecido y no sabe muy bien qué es: lo que antes nivelaba y hacía brillar su entorno y le hacía olvidar todo lo demás. Ahora, sin embargo, y aunque está borracho, ve con demasiada claridad que ella tiene trozos de salchicha entre los dientes, que tiene los ojos rojos, que huele a sudor y que está demasiado borracha y tiene los brazos llenos de tatuajes. En el fondo de su corazón, Knut cree que los tatuajes les quedan mejor a los hombres, que a menudo ya son muy feos. Cuando las mujeres se tatúan, le parece contaminación y vandalismo.

Pero, pese a todas esas objeciones, durante unos instantes Knut se imagina que se acuestan en la cama de ella, en su habitación de hotel, porque al menos así tendría un sitio donde dormir.

Un sitio donde dormir. Se le había olvidado: no tiene dónde dormir.

Al parecer se te ha olvidado que ya no funcionas así, susurra una voz en la cabecita de Knut. Pero luego está lo del sadomasoquismo, y él ya es un señor mayor, así que a lo mejor puede salir del paso si la tumba en su regazo y le da unas cachetadas. Tal vez eso baste para pasar la noche en su habitación, para tener una cama, al menos. Mañana va a participar en una mesa redonda, va a sentarse frente al público. Y aquí está ahora, bebiendo y sin un sitio donde dormir. En otras palabras, es un sintecho borracho. ¿Cómo ha acabado así? Tiene malas experiencias con beber antes de hablar en público. La resaca tiende a despertar el viejo miedo escénico. Por no hablar de que al día siguiente se va a enfrentar a su principal enemiga, y puede acabar en el escenario con las manos más temblorosas que nunca.

Ella sigue pegándose a él y mirando a su alrededor, como si

fueran una pareja. Pero Knut sabe que tumbarse junto a alguien en una cama lo hace empezar a imaginarse cosas y a darle a esa persona un espacio y una atención que no le corresponden. Es una química vacía y sin valor, pero aun así esas sustancias consiguen engañar al organismo para que inicie unos procesos que lo inmovilizan y lo consumen. Y allí está el organismo llamado Knut una vez más, un cuerpo indefenso en una cama, ni más ni menos que eso, un cuerpo que trata de no pensar que dentro de poco acabará en un horno crematorio, y cuando Knut por fin consigue volver a la realidad y carraspea y está a punto de decir algo, no sabe el qué, ella se marcha.

Está tan borracha que da media vuelta y se va. Pasa de una cosa a la siguiente. De haber estado pegada a él a marcharse sin más. Esa actitud se te permite si eres una mujer joven, y Knut no puede quejarse con nadie. Porque ¿qué va a decir? «Estuvo pegándose a mí y después se fue, sin más.» Él solo quería un sitio donde pasar la noche, y a pesar de que está lleno desde hace dos perritos calientes, se va a pedir uno más, y se lo traga con su kétchup y su cebolla frita, pero con lágrimas en los ojos por el esfuerzo.

Está sudando y se le acelera el pulso. Tiene que marcharse de allí. Tal vez ahora ocurra, tal vez ahora le dé un infarto. Por suerte, su médico de cabecera está ahí, solo un piso más arriba.

En el Haakons pub, Knut busca a Lene. Pero en lugar de Lene se encuentra a su marido, porque allí, frente a él, está Terje.

—Hola, Terje. Mañana compartiremos escenario, ¿qué te parece?

—No estoy de humor ahora para conversaciones de ascensor.

—¿De dónde viene esa obsesión colectiva por las conversaciones superficiales? Nadie está de humor para ellas —dice Knut. Pero Terje se queda mirándolo sin responder y sin decir nada más, como se comporta cuando Lene no está cerca. Esa es una de sus especialidades, Knut le ha visto hacer este truco con más gente, así que sabe que no solo se comporta así con él. Pero Knut está

demasiado cansado para que eso lo afecte, y le devuelve la mirada. Así se quedan un rato, mirándose fijamente, y Knut está a punto de marcharse cuando Terje le agarra del brazo y ese contacto inesperado hace que se le despierte algo, y Knut se vuelve, porque tal vez ahora ocurra, pero entonces Terje lo suelta, para gran decepción de Knut, y desaparece.

Cuando llegaron a la fiesta de la salchicha, el editor le gritó a Knut lo siguiente mientras desaparecía entre la multitud: «Después hay otra fiesta. ¡Te aviso!». Pero son las once y media y Knut aún no ha recibido ningún mensaje, y se pasa un rato dando vueltas por el Haakons pub, sentándose aquí y allá. El ambiente es el mismo de siempre, todo el mundo está borracho y, o bien deja estar las viejas enemistades, o bien las saca de toda proporción. De camino al servicio se encuentra con un crítico del Morgenbladet al que está gritándole un escritor joven y debutante cuyo nombre Knut no recuerda. Los dos están borrachos y sudados y el escritor le grita a la cara al crítico, que se seca la saliva del primero con un gesto exagerado.

Más tarde, Knut se encuentra con Caragrande. En realidad es injusto pensar que las mujeres son más cotillas, piensa Knut mientras intercambia un par de frases con el hombre que tiene enfrente —qué pasa, sí gracias, estás escribiendo algo, no, sí, bueno, y tú, sí, bueno, no—, porque los peores cotillas que Knut ha conocido son hombres, y el más cotilla de todos es este, y si quieres que todo el mundo se entere de algo, es más eficiente contárselo a él que publicarlo en internet. Desde la última vez que se vieron, Caragrande se ha dejado crecer la barba y ahora mira fijamente a Knut igual que mira a todo bicho viviente, y Knut ve las valoraciones y los cálculos que tienen lugar en la cabeza de Caragrande, que enseguida decidirá si va a dedicarle tiempo a Knut y, de ser así, cuánto. Y Knut se sorprende a sí mismo al decir:

—¿Sabes guardar un secreto?

La cara de su interlocutor se le acerca tanto que Knut ve cómo le vibran las aletas de la nariz. Tiene la barba salvaje y despeinada.

Knut niega con la cabeza.

—Joder, es que no te lo puedo contar.

Knut resopla y finge que está muy borracho, como debería estarlo a estas alturas, pero se siente completamente sobrio. Tal vez haya llegado al punto en el que el alcohol ya no lo intoxica, sino que le sirve para alcanzar un estado neutro.

Caragrande se inclina hacia delante con la boca abierta. Tiene el labio inferior brillante y lleno de baba, lo que le hace parecer tonto. Sus labios brillantes y carnosos en medio de una corona de vello facial hacen que Knut los asocie a otra cosa, pero reprime esas asociaciones.

—¡Venga, hombre!

—Nada. Olvida lo que he dicho. Olvídalo. Es demasiado fuerte.

Knut se ríe y hace como que se tiene que agarrar a la pared. Caragrande se le acerca más. Le recuerda a un animal, pero Knut no sabe muy bien a cuál.

—Cuando se empieza una cosa hay que terminarla.

Puede que a una hiena. Una hiena gorda y torpe.

—No, no hay por qué hacerlo —dice Knut.

El rostro de Caragrande planea sobre Knut como un planeta en el cosmos; está demasiado cerca y es demasiado grande, y Knut se regodea en el asco que siente y que le recuerda a su odio por Terje. Qué gusto sentir algo tan puro y concentrado y sin grietas, preguntas ni dudas.

Caragrande susurra:

—Escúpelo.

Knut traga saliva y baja la vista al suelo. Aún no tiene claro qué va a decir. Le apetece tomarle un poco el pelo a ese tipo. Tocar algunas teclas. Hacer que ocurra algo.

Para darse un tiempo para pensar, dice:

—Bueno, ha llegado el momento. ¿Conoces a…? —Y Knut dice el nombre de La Escritora de la Realidad, porque es el primer nombre que le viene a la mente, y el hombre susurra:

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno, pues… ella y yo tuvimos una relación. Pero ella no escribe sobre ese tema. Y eso es lo que me cabrea tantísimo, ¿sabes? Que ella eshcribe sobre la realidad, pero en realidad no, pero ella dice que sí, porque quiere mantener el marido y el chalé adosado y toda su preciosa vida, y por eso no eshcribe nada sobre la relación de varios meses que tuvimosh.

—Dios —dice Caragrande.

Parece decepcionado, y Knut entiende el motivo, porque ¿qué es una relación extramatrimonial hoy en día? Y se da cuenta de que tiene que pensar en algo más.

Respira hondo.

—Pero eso no es lo peor. Lo peor…

Knut cierra los ojos y se apoya contra la pared. Caragrande lo imita y se inclina hacia Knut.

—¿Sí?

—Lo peor de todo es que al parecer soy el padre de su hija mediana.

—No.

Knut está seguro de que Caragrande acaba de tener una erección. No le hace falta ni mirar; percibe el movimiento con el rabillo del ojo, como si algo se moviera ahí abajo.

—Sí, creo que sí. Se parece a mí y las fechas encajan. Nunca lo he dicho en voz alta. Casi no me he atrevido ni a pensarlo. Y aquí estoy, contándotelo a ti. No sé qué coño me pasa. Joder, qué borracho estoy.

Y Caragrande invita a Knut a una cerveza y lo arrincona, porque ha conseguido a su presa del día y no tiene ojos para nadie más. Y Knut disfruta de ser su presa. Es casi como en los viejos tiempos, cuando todo el mundo quería hablar con él, y hablan de unas cosas y de otras, pero no durante demasiado tiempo, porque Caragrande se da cuenta enseguida de que ya no hay nada más, pero a la vez esto es más que suficiente, y se inquieta porque tiene una tarea que hacer, y enseguida desaparece entre la multitud. Knut vuelve a sentarse y se ríe para sus adentros. Entonces se pone serio y se pregunta qué ha hecho. Pero está demasiado borracho y cansado para preocuparse.

Durante un rato se pasea sin mucho ánimo comprobando si alguien tiene una habitación de sobra. Por experiencia, suelen crearse nuevas parejas en noches así en el Haakons pub, o al menos antes pasaba, lo que significa que varias habitaciones se quedan vacías. Knut ve a algunas de esas parejas, muy pegadas en distintos rincones del bar, o sentadas muy juntas en distintas mesas. Pero no es capaz de preguntarles, y el tiempo pasa.

A la una menos veinte recibe un mensaje.

«habitación número 12 en breiseth»

La fiesta ya lleva en marcha un buen rato. ¿Por qué no le ha avisado El Editor?

Knut responde que se ha ido a la cama.

«¿pero no te quedas aquí en el hotel?»

Knut no responde, y de camino a Breiseth ve a La Escritora de Odda sentada con El Vegetariano en una terraza junto al río. Sus cabezas están muy juntas y se ríen. La Escritora de Odda tiene la mano en el muslo de El Vegetariano. Están casados, cada uno por su lado, pero sus matrimonios parecen sólidos, de los que no se rompen por estas cosas.

Justo después ve a Lene y a Terje, que van de la mano por la calle. Como si alguien lo hubiera planeado. Alguien que quiere hundirlo. Es una cálida noche de primavera en Lillehammer. Hasta

el asfalto parece dar positivo en alcoholemia y Knut oye claramente que las casas por las que va pasando se ríen de él.

Entra en el hotel, pasa por recepción, saluda con la cabeza a la recepcionista, que está allí sentada y le devuelve el saludo, y, como si fuera la cosa más normal del mundo, Knut baja al sótano, a la sala de la chimenea. Nadie lo detiene. Por qué iban a hacerlo. Es un huésped del hotel, a pesar de que haya cedido su habitación con fines caritativos.

Por desgracia, ninguno de los dos sofás del salón de la chimenea es adecuado para dormir. En cualquier caso, no para que duerma alguien de casi dos metros de altura. Knut encoge su largo cuerpo todo lo que puede y trata de no pensar en el día siguiente, y con ello solo consigue que sus pensamientos se centren exclusivamente en ese día y en lo que sucederá entonces.

Knut tiene más de dos décadas de intervenciones públicas a sus espaldas. A lo largo de todos esos años ha vivido triunfos y fracasos. En cuanto a los triunfos, los recuerda vagamente en forma de salas llenas de personas que se reían cuando Knut trataba de ser gracioso o que aplaudían de forma espontánea si decía algo que les gustaba. Pero no recuerda episodios puntuales; solo una especie de gran recuerdo general de algo bueno.

Los fracasos, sin embargo, los recuerda con una claridad cristalina. Sobre todo, una ocasión muy al principio, cuando era debutante e iba a dar una charla al aire libre en Studenterlunden, en el centro de Oslo, con motivo de un festival.

Knut se sentó en unos sofás detrás del escenario con el hombre que iba a entrevistarlo, y allí intentó controlar el miedo escénico que por entonces aún sufría. El hombre que iba a entrevistarlo también estaba nervioso, pero por motivos diferentes, porque aunque habían pasado tres minutos de la hora aún no había ni una sola persona en el público, a pesar de que había al menos cien sillas dispuestas en fila. El hombre no paraba de asomarse al escenario a mirar y volvía con un informe de la situación. A Knut no podía darle más igual. Bastante tenía con mantener a raya su ansiedad, y

no le habría importado que la charla se cancelara.

No lo entiendo, dijo el hombre. Tiene que haber habido un malentendido, ¿no lo han anunciado? Tal vez es porque lleva todo el día lloviendo. Pero ¡ya ha escampado! Mira, ahí viene uno. Sí, al menos hay un tipo sentado ahora mismo. Y son y cinco. Deberíamos ir empezando.

Subieron al escenario y al fondo del todo había efectivamente un hombre. Tenía una edad indefinida y estaba sentado con la mirada perdida y una sonrisa de oreja a oreja. Parecía la típica persona que deambula por las calles y se detiene ante todo lo que destaca, y Knut lo bautizó para sus adentros como El Tonto del Pueblo. El visible entusiasmo de El Tonto del Pueblo contrastaba poderosamente con las filas de sillas vacías. El único otro ser humano que apareció en su campo de visión y que Knut al principio pensó que era un nuevo espectador —lo cual habría aumentado el número de asistentes en un cien por cien— resultó ser una mujer romaní que rebuscaba en una fila de contenedores verdes que estaban en el borde del recinto. Con su falda larga y su trenza que le caía por la espalda, se inclinó sobre la basura en busca de botellas vacías. Cada botella que encontraba la metía en un carrito de la compra a cuadros.

¿Por qué lo recuerda tan claramente? Aún oye el ruido de las tapas de los contenedores, porque cuando la mujer terminaba de rebuscar en uno, cerraba la tapa y seguía con el siguiente. Ella estaba en su mundo y no parecía ser consciente del ruido que hacía, y con ese ruido de fondo empezó la charla, y como si quisiera hacerle un homenaje a la mujer romaní, porque los romaníes provienen de una cultura sin lengua escrita, el entrevistador reconoció que no había leído el libro de Knut, aunque «se lo había recomendado un compañero».

La sonrisa torcida con la que pronunció este comentario indicó que esperaba algún tipo de reconocimiento por lo que acababa de decir. Miró a su alrededor con picardía, como si ya hubiera dicho eso antes y ahora estuviera esperando recibir las habituales risas del público. Pero el único que estaba allí sentado era El Tonto del Pueblo, y lo único que hacía era sonreír hacia la nada, como antes, mientras la mujer escarbaba en los contenedores de basura.

Quien se rio fue Knut. Knut sonrió y se rio entre dientes con el comentario, como para ayudar a ese capullo a no sentir vergüenza, una vergüenza que ese capullo no mostró tener, y por lo tanto tampoco necesitaba la ayuda de Knut para quitársela.

Esa vez todo era nuevo para Knut. Pero han pasado los años y ha conocido a mucha gente así. No solo en Noruega, sino también en otros países que ha visitado para hablar de El Famoso Libro. Y a pesar de que la mayoría hacía lo que tenía que hacer, es decir, su trabajo, que en este caso era leer el libro de Knut de antemano y pensar unas preguntas, al mismo tiempo había una décima parte que destacaba por no responder los correos o responderlos dos o tres días más tarde, o por olvidar anunciar la intervención de Knut o por pagar la factura más tarde, o por no leer el libro a pesar de que se suponía que iban a entrevistarlo sobre él, o si lo habían leído, insistían en que había sido por obligación, y que no le habían prestado mucha atención, que lo habían leído mientras comían en el trabajo, en el baño o a la carrera la noche anterior y no habían llegado a leer la última parte, ja, ja. Y de nuevo es justo esta minoría la que le viene a la cabeza a Knut, ya fueran periodistas que lo iban a entrevistar o que iban a moderar una charla en un festival literario. Y todos, es decir, las personas que no hacían su trabajo, que, de nuevo, no eran muchas, puede que un diez por ciento, puede incluso que solo un cinco, pero que eran las que Knut recordaba, tenían algo en común: trabajaban en el sector cultural porque se consideraban a sí mismas como artistas. Puede que tuvieran talento en uno o más ámbitos de las artes. Puede que hubieran asistido a algún curso de escritura o de pintura, y allí les hubieran dicho que tenían talento, lo cual probablemente era cierto. El problema es que no tenían ni la pasión ni la disciplina necesarias para mantenerse el tiempo suficiente para hacer algo de valor, y por eso nunca habían apostado en serio por su talento, y se habían puesto a trabajar en el sector cultural para seguir ahí, aunque su sitio fuera otro. Pero precisamente porque no tenían interés en mostrar la disciplina que se necesita para sentarse frente al escritorio —o el caballete o el atril— y permanecer sentados, hacían todo lo demás, todo lo que rodea a eso, y en esa rutina se presentaban con una actitud arrogante (los hombres) y distraída (las mujeres), porque así se recordaban a sí mismos y al mundo que en realidad tendrían que haber sido artistas, mientras que, al mismo

tiempo, ese comportamiento era el resultado de la vagancia que en su momento les había impedido poner el alma en su vocación, y por eso se olvidaban de responder a los correos electrónicos, se olvidaban de asegurarse de que Knut no tuviera que usar un micrófono de mano —por culpa de su miedo escénico no podía sostener nada con las manos, y siempre tenía que tener un micrófono de diadema o un pie de micro—, se olvidaban de pagar las facturas o tardaban muchísimo en decirle cuáles eran los honorarios, tal vez porque no les apetecía hablar de algo tan vulgar como el dinero. Ellos no tenían que mancillarse haciendo facturas y consultando el saldo de su cuenta e insistiendo para que les pagaran por su trabajo, sino que podían vivir siendo así de distraídos y de vagos y de arrogantes con sus puestos fijos en el sector cultural, y allí podían beber vino y hablar de arte y llevar a cabo cualquiera que fuera su idea de la vida de un artista, una idea tan alejada de la realidad de los productores de arte, es decir, de los artistas, que es como si fueran dos sistemas solares distintos.

Knut intenta sin éxito encontrar una postura en la que pueda dormirse. Aparta la mesita del salón y se tumba en el suelo, con sus largas piernas sobre el sofá, y así encuentra una especie de paz, pero no se duerme.

Una vez cogió un avión desde Oslo a la otra punta del país y lo recogió una bibliotecaria en el aeropuerto. Después lo llevaron en coche a una biblioteca en el segundo piso de un centro comercial. El viaje duró tres horas.

En la biblioteca había varias filas de sillas. Dos vasos y una jarra de agua junto a los micrófonos estaban preparados en una mesa sobre una tarima, donde también habían dispuesto dos butacas. Hasta ahí todo bien. Pero cuando ya habían pasado cinco minutos y, a pesar de todos esos preparativos, solo habían llegado tres espectadores, decidieron desplazar el evento a una de las salas de reuniones de la biblioteca.

Knut se alegró, porque en ese momento aún tenía pánico escénico. Llevaba varias semanas aterrorizado, pero sentarse frente a una mesa en una sala de reuniones a charlar con tres mujeres de la edad de su madre no le generó ninguna ansiedad. Conversaron, le hicieron preguntas que él respondió y después la bibliotecaria lo

llevó en coche a un hotel en la ciudad más cercana, a media hora de allí. Al día siguiente, después del desayuno, fue a buscarlo otra vez, y después Knut tuvo tres horas de viaje en coche hasta el aeropuerto y luego se comió una hamburguesa y la regó con dos tazas de café solo y más tarde se subió al avión de vuelta a casa.

El periplo le había llevado dos jornadas de trabajo enteras.

Dos de los tres espectadores no habían leído el libro; solo querían «hacer algo en este pueblo donde nunca pasa nada». La bibliotecaria había reconocido, con un orgullo mal disimulado, que por desgracia no se le daba demasiado bien «el márketing y esas cosas».

Knut se levanta y se pasea un poco. Inspecciona el resto de la planta para ver si hay una sala con un sofá más adecuado, pero no. Sabe que no va a poder dormir hasta el amanecer, pero al mismo tiempo está demasiado borracho para preocuparse y, para que pase el tiempo, se tumba en el sofá con las piernas colgando por encima del reposabrazos. Se pone a mirar los periódicos digitales y entra en Dagbladet Pluss, para el que, gracias a distintas direcciones de correo electrónico que ha creado con ese fin, ha conseguido una suscripción gratuita, y allí hace clic en la foto de un culo de mujer suave como un mazapán que asoma tentadoramente bajo una falda demasiado corta hacia la cámara, porque se da cuenta de que siempre puede hacerse una paja para quedarse dormido. En otras palabras, su vida sexual se ha reducido a un método para conciliar el sueño. No importa, piensa Knut, y se desabrocha la bragueta de sus Levis 501. Intenta mantener la mirada fija en la ilustración, pero enseguida se le van los ojos y antes de llegar a tocarse los genitales, se pone a leer el artículo, sencillamente porque se le ha olvidado lo que se disponía a hacer.

«Cuando hablamos de sexo anal, la mayoría de la gente piensa en la penetración, pero el sexo anal también puede implicar acariciar con los dedos y lamer el ano por dentro y por fuera. Introduce la punta de la lengua con cuidado en el orificio anal. Es recomendable lavarse antes para asegurarse de que no haya bacterias intestinales en el ano.»

«Antes de rechazar esta práctica, al menos habría que haberla probado», dice la autora del artículo, una sexóloga unos años mayor que Knut, con aplomo.

«Si se introduce algo en el ano durante el orgasmo, como por ejemplo un plug anal o un dedo, el esfínter tendrá algo a lo que agarrarse y hará que el orgasmo se intensifique.»

El carmín rojo intenso de los finos labios de la sexóloga hace que su boca parezca una herida. Sonríe de oreja a oreja, mostrando sus dientes largos y amarillos como si quisiera decir con su apariencia que nadie la va a detener, y que ni Knut ni ninguna otra persona deberían intentarlo.

Aunque se ha acostado con muchas mujeres a lo largo de su vida, Knut nunca ha sido especialmente aventurero. Un polvo normal y corriente, por delante o por detrás, y alguna mamada o algún cunnilingus, eso es lo que se ha atrevido a hacer, y ahora se pregunta si se habrá perdido algo con esa actitud. En el artículo hay enlaces a otros parecidos, y Knut sigue leyendo, hechizado. «Acompáñame a un mundo lleno de todos los placeres habidos y por haber: caucho, látex, cuero, sumisión, dominación, agujas y estrangulamiento.»

Knut acaba en un estado de trance que conoce muy bien y vaga de un artículo a otro. «Tu guía completa para hacer tríos y sesiones de sexo en grupo.» Aquí habla otro sexólogo, esta vez un hombre con mucho sobrepeso. «Al hombre puede montarlo una mujer mientras otra se le sienta en la cara.»

Knut sabe que no es el único que se imagina automáticamente a ese sexólogo en un contexto de sexo grupal, igual que acaba de imaginarse con la sexóloga anterior siendo penetrada analmente. ¿Acaso no es natural asociar unas actividades determinadas con las personas que las recomiendan? «Recuerda el lubricante. Tres hombres: podéis hacer el trenecito. A un hombre se le puede penetrar por el ano mientras recibe una mamada.» Knut visualiza la enorme barriga del sexólogo interponiéndose en el camino. Se imagina que alguien la levanta para buscar el pene, y luego tiene una nueva visión: un hombre que se la mete a otra persona, hombre o mujer, mientras que un tercero se la mete a él y se pone a sudar y

la barriga se le bambolea de un lado a otro.

De la misma manera que a Knut siempre le da hambre leer artículos sobre dietas y adelgazamiento, estos artículos le despiertan un fuerte y sincero deseo de ser célibe para siempre. Es como con las fotografías de las mujeres japonesas atadas con cuerdas o la exposición de Høvikodden: todo eso elimina el deseo sexual de Knut y hace que sienta la necesidad de no volver a implicarse en nada sexual nunca más. Cuando en uno de los periódicos más importantes de Noruega se afirma que todo el mundo debería empezar a lamerse mutuamente el ano —«al menos deberías intentarlo»—, Knut empieza a sospechar que alguien, en algún lugar de la cúspide del poder, se ha fijado el objetivo de despoblar la Tierra. ¿Y por qué no? Tal vez la solución al cambio climático esté justo ahí.

Knut se abrocha el pantalón y decide no volver a tocarse los genitales más que para orinar y lavarse, y no es el único, porque cuando sigue leyendo ve que en otro artículo, del mismo periódico, además, dicen que «el interés por el sexo ha disminuido entre los jóvenes».

No me digas, se dice Knut a sí mismo en voz alta tumbado en el duro sofá. Pero él tampoco es mucho mejor que los viejos sexólogos que piensan que en este país se practica muy poco sexo anal y grupal, porque en aquel instituto donde estuvo en invierno había leído fragmentos de su propio libro en los que aparecían las palabras «polla» y «coño». Pero después, al menos, le había dado vergüenza.

Al final, Knut está tan agotado que se tumba con su largo cuerpo hecho una bola sobre el duro sofá y sueña con bibliotecarias que lo persiguen con dildos y plugs anales. Deberías probarlo, te va a gustar, exclaman, y Knut echa a correr, pero las bibliotecarias lo persiguen y corren tan deprisa y con tanta agilidad que Knut se da cuenta de que no son bibliotecarias sino hombres, atletas que se han disfrazado de bibliotecarias, y en cuanto lo agarran y se disponen a violarlo con unos dildos enormes que llevan atados al cuerpo, vuelven a convertirse en mujeres y él se despierta sobresaltado por su propio grito ahogado.

Capítulo 11

El viernes por la mañana, Knut se levanta rígido y entumecido. No ha dormido más de media hora seguida. Se cuela en el comedor y coge unos panecillos, café y zumo. Por suerte, no hay nadie más. Pone la comida en una bandeja y vuelve a bajar a su habitación. Su habitación tiene retratos en las paredes. Anoche no se había fijado, y ahora se los queda mirando mientras come, sentado en el sofá.

Hoy es el gran día.

Cómo te sientes, se pregunta Knut para sus adentros. Pero, aparte de la rigidez por la noche sin dormir en el duro sofá, no siente ni angustia ni inquietud más allá de una ligera resaca, a pesar de que el día anterior no se sintió borracho en ningún momento.

Sigue sin saber nada de Frank. Al menos podría mandarle un mensaje, pero Frank no le ha dedicado ni medio pensamiento a Knut, el vagabundo, porque cuando aparece M, se suspenden todas las reglas. Knut no entiende cómo M puede dejar tiradas a su familia y su consulta de un minuto para otro. Seguramente ya esté de vuelta en Oslo para atender al primer paciente del día, así que a lo mejor Knut puede recuperar su habitación y descansar un poco antes de subir al escenario. Echa de menos una cama en condiciones. La falta de sueño tiene un olor particular. Se suda de una manera especial cuando no se ha dormido, y Knut tiene ganas de darse una ducha.

¿Todo bien?, le escribe en un mensaje a Frank, y cuando pasan diez minutos sin respuesta, lo llama, pero nadie le coge el teléfono. Son las nueve, Knut se despega del sofá y al subir las escaleras se da cuenta de que no sabe el número de la habitación. Le explica la situación al recepcionista, que ahora es un hombre joven. Le enseña el carné y aun así no le da una llave. Le puede decir el número para que suba y llame a la puerta.

—Pero solo puede haber dos personas en cada habitación —añade el chico con una mirada suspicaz—. Si hay más, hay que pagar un suplemento.

Por el pasillo, Knut tiene que emplear todas sus fuerzas para parar la película que se está proyectando en su impresionable cerebro con resaca, una película en la que salen él mismo, Frank y M. Tres hombres: podéis hacer el trenecito.

Knut llama a la puerta. Nadie responde, así que vuelve a llamar más fuerte y por fin la puerta se abre, y ahí está Frank con una toalla alrededor de la cintura.

—Qué quieres —susurra.

—¿Que qué quiero? Esta es mi habitación. He dormido en un puto sofá diminuto en el sótano.

—M sigue aquí —susurra Frank, nervioso—. ¡Se queda hasta mañana!

—¿Que se queda hasta mañana? ¿Y yo? ¡Me tengo que duchar!

Knut intenta abrir la puerta, pero Frank es más fuerte.

—¿No has oído lo que te he dicho? ¡M sigue aquí! Ha avisado al centro de salud de que hoy no va a ir a trabajar. ¡Se queda hasta mañana! —Frank susurra tan fuerte que escupe saliva, y Knut presiona la cara contra la puerta.

—¡ES MI HABITACIÓN!

—Chis, no grites. Es la primera vez que pasa algo así. Creo que estamos en un punto de inflexión.

—He perdido la cuenta de las veces que me has dicho exactamente eso, con las mismas palabras. Pero ¿tú te escuchas cuando hablas?

—Hoy vamos a ir a un restaurante. ¡Es la primera vez!

—¿Se te ha olvidado lo que tengo que hacer hoy? Tengo que

dormir, tengo que ducharme, tengo que hablar dentro de muy pocas horas, no tengo tiempo para esto…

—Diez mil.

—¿Eh?

—Que te doy diez mil coronas.

Knut traga saliva.

—Y hay una ducha en el sótano —añade Frank—. Puedes usarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Pregunté ayer en recepción. Fue idea de M. Te doy una toalla.

Veinte minutos más tarde, Knut está enjabonándose en la ducha del sótano. Ha cogido la maleta y el neceser de la consigna del final del pasillo. El traje gris de Hugo Boss que compró en sus tiempos de grandeza está un poco arrugado. Se alisa un poco cuando lo salpica con agua, un viejo truco que aprendió cuando viajaba de un lado a otro.

Enseguida se está afeitando frente al espejo. Tiene los ojos inyectados en sangre, pero aparte de eso su aspecto es normal.

Esta noche, si sobrevive a la mesa redonda, tiene que pensar en algo. No puede pasar una noche más en ese sofá diminuto. Puede irse a casa, piensa. Puede coger el tren de vuelta a casa justo después de la mesa redonda. Pero hoy hay una fiesta en Banken. Y los vales. «No te olvides de los vales», se dice a sí mismo. Tiene que gastarlos antes de irse.

Knut se centra en esos vales y en las diez mil coronas de Frank.

Sale a la calle, al calor y la tranquilidad de la mañana. Son las diez y media. Quedan dos horas para que le toque subir al

escenario. A pesar de la resaca y de la falta de sueño, se siente bien, seguramente gracias a las diez mil coronas de Frank, que le ayudarán a pagar la luz y los gastos de comunidad de este mes, y con las cinco mil que le darán por la charla de hoy podrá pagar incluso los gastos de la tarjeta de crédito.

Algunos voluntarios del festival con camisetas amarillas cargan cajas en un coche, y en la acera, junto a ellos, dos palomas se pelean por un panecillo mordido. Knut se queda mirando cómo saltan y picotean el bollo, cómo intentan espantarse mutuamente.

Y mientras mira a los dos pájaros, le sobreviene esa antigua sensación. Primero como un leve temblor en el esqueleto. Pero después el corazón le empieza a latir, desbocado, y cuando Knut hace caso omiso e intenta dirigir sus pasos a la plaza donde está la carpa para dar una vuelta de reconocimiento, como le han enseñado todos esos años de miedo escénico, que merece la pena inspeccionar el lugar de los hechos de antemano para preparar al sistema nervioso, las piernas se le vuelven de gelatina.

Se sienta en un banco en la terraza de un bar. Tiene que conseguir llegar a la carpa al menos. Está a escasos metros de allí. Dentro de dos horas y media tiene que poder decir frases completas.

Sujeto, verbo y complementos.

Grasa, proteínas y carbohidratos.

Construir frases. Frases lógicas y racionales en noruego, su lengua materna. Le van a pagar por ello, y además de eso le han pagado el hotel, la comida y la bebida.

Hotel, comida y bebida. Cinco mil coronas. Diez mil.

Knut intenta minimizar su miedo descomponiéndolo todo en sus partes individuales, ateniéndose a los hechos físicos tangibles, como ha aprendido.

Aun así, no consigue llegar a la carpa a pesar de que está ahí al lado. Se queda pegado al asiento. Siente que empieza a temblar solo de pensar en levantarse del banco.

«Mi médico de cabecera sigue aquí», recuerda Knut entonces. M puede recetarle un tranquilizante y solo tendrá que ir a recogerlo a una farmacia, si es que consigue llegar tan lejos.

Por otra parte, no tiene ninguna experiencia con ese tipo de pastillas. ¿Y si se sienta en el escenario y empieza a arrastrar las palabras, no de esa clásica forma propia de la embriaguez —tan aceptada y a menudo incluso fomentada en el mundo cultural—, sino de una manera extraña e incómoda, como de drogadicto? ¿Con la boca dormida, anestesiada y con la baba colgando?

Knut se da cuenta de lo que tiene que hacer, y en ese preciso instante el temblor cesa y consigue ponerse de pie y echar a andar. Pero no hasta la carpa. En lugar de eso dirige sus pasos hacia la calle peatonal y después a la izquierda, hacia el río, hasta una cafetería que conoce, porque pasó por delante ayer, y donde venden un tipo de veneno que su cuerpo comprende y al que está acostumbrado, y después de pedirse una cerveza grande, sale a la terraza.

Hay gente sentada en algunas mesas, pero el local no está ni mucho menos lleno. La terraza da al río Mesna, que discurre fresco ahí abajo, y Knut busca una mesa en un rincón de la terraza, lo más lejos posible de otros clientes.

Por desgracia, allí no aceptan los vales, y Knut tiene que beberse la mitad de la cerveza para olvidar el fastidio que esto le supone. Pero si se hubiera sentado en un sitio donde aceptaran vales, seguramente se habría encontrado con gente conocida, incluso con La Escritora de la Realidad, que habría reaccionado a su naturaleza alcohólica por beber cerveza antes de la hora de comer, así que es mejor que se quede aquí. Por lo que ve, aquí no hay nadie del festival literario, solo gente del lugar.

—¡Salud! —exclama alguien cuando Knut apoya el vaso.

Automáticamente vuelve a levantar el vaso y asiente en la dirección de la que procede el sonido, en la otra esquina, donde hay dos hombres y una mujer. Son clientes habituales, se nota a la legua, y cuando Knut se bebe medio vaso de un solo trago lo reconocen como un igual.

—¡Eh! ¡Siéntate aquí con nosotros!

Knut se levanta y se dirige hacia ellos, a saber por qué. No le apetece. Quiere estar solo. Ya está harto de la gente. Se ha hartado enseguida. Por otra parte, Knut no sabe por qué hace aproximadamente la mitad de las cosas que hace. «Por qué», se oye en algún lugar de su interior. «Por qué no», resuena en otro. ¿Y cuántas veces se ha inspirado precisamente en situaciones parecidas en las que previamente no había entendido por qué había participado?

—¿Quién eres y qué haces aquí? —pregunta la mujer.

Lleva una camiseta de tirantes a rayas que apenas cubre sus enormes pechos. Ya empezamos. La gente ha dejado de vestirse antes de salir de casa. Ya no hay ninguna diferencia entre la casa y la calle, dentro y fuera. Los hombres están tatuados. Los tres muestran la agresividad propia de la borrachera creciente. Y son poco más de las once. Pero Knut también está bebiendo.

—Soy escritor, y estoy aquí porque voy a participar en el festival literario.

—¿Eh? —dicen los hombres a coro.

La mujer pone los ojos en blanco y se burla:

—Porque voy a participar en el festival literaaario.

Hace nada Knut estaba en un lugar seguro. Ahora se están abriendo las puertas del infierno. «Estoy aquí sentado porque soy escritor, y a los escritores nos interesa el mundo que nos rodea», se explica a sí mismo. Intenta dejarse inspirar por un cartel que hay en la pared, junto a la barra, con letras blancas que dicen: «Keep calm and carry on». Mientras el camarero le sirve cerveza, mira ese cartel. A su lado hay una pequeña estantería llena de libros. Ninguno es suyo, que él vea. Pero cómo le molesta que se usen libros a modo de decoración. O que los metan en viejas cabinas telefónicas. O que los regalen.

—¿Qué tipo de festival has dicho? —pregunta uno de los hombres.

Está calvo. Tiene la cabeza brillante y la cara de color granate. Parece que está a punto de estallar. Tiene cara de maltratador. Parece el prototipo mismo de un maltratador. Tú no me hablas así.

—Un festival literario.

En un antebrazo tiene tatuada una serie de números, todo apunta a que son las fechas de nacimiento de sus hijos, y Knut recuerda algo que ha leído en alguna parte: que cuando un tío se tatúa la fecha de nacimiento de sus hijos es un signo de que no se ocupa ni de ellos ni de su madre, o más seguramente madres, en plural. Que un hombre tenga la fecha de nacimiento de los hijos tatuada en el brazo suele significar que no tiene contacto con ninguno de ellos, ponía en aquel artículo o libro o lo que fuera, y aquí está ese hombre, borracho a mediodía.

Pero Knut estará borracho enseguida, y él tampoco tiene contacto con su hijo, de modo que ¿qué diferencia hay entre ellos? Tal vez la única diferencia sea que Knut no tiene la fecha de nacimiento de Lukas tatuada en el antebrazo.

—¿Qué tipo de festival literario? —pregunta la mujer.

—El festival literario más importante de Noruega. En realidad se llama Sigrid Undset-dagene, por Sigrid Undset, la premio Nobel de literatura.

—¿Te crees que no sé quién es Sigrid Undset? —La mujer se inclina hacia él. Se le acerca demasiado. Las tetas le cuelgan sobre la mesa—. Oye, que me leí Cristina, hija de Lavrans en el instituto. ¿Crees que soy tonta o qué?

—No… —dice Knut, pero antes de que pueda decir nada más, ella le interrumpe.

—Ah, eso me recuerda a una cosa. ¿Sabéis algo de Rune?

Los dos hombres y la mujer se ponen a hablar de una persona que se llama Rune. Ninguno de ellos se molesta en explicarle quién es Rune, y, mientras hablan, Knut coge el móvil y le escribe un mensaje a Lukas.

«Saludos desde Lillehammer! Hace sol y enseguida me subo al escenario. ¿Qué tal estás?»

¿Por qué ha escrito eso? Tal vez para fingir que tienen el tipo de relación en la que se informan de todo lo que hacen. Enseguida recibe un pulgar hacia arriba y un sol como respuesta.

—¿Qué tipo de libros has escrito? —pregunta uno de los hombres cuando Knut vuelve con cuatro cervezas más.

Es la tercera ronda a la que invita, porque después de la primera de alguna manera quedó claro que siempre iba a pagar él, algo que hace sin protestar. Tal vez porque es forastero o tal vez se siente superior a ellos, que están ahí con sus tatuajes y sus tetas gigantes emborrachándose a plena luz del día, y esa sensación de superioridad después lo lleva a sentir una culpa de la que intenta deshacerse pagando ronda tras ronda de cerveza a pesar de que aquí no aceptan los vales, y además intenta ser un buen interlocutor y no alargar las respuestas a sus preguntas. El motivo de esto último es que ellos empiezan a retirar la mirada cuando Knut pronuncia más de tres palabras seguidas.

—Escribo novelas.

—¿Policiacas?

Esto no lo dice el calvo, sino el otro, el que todavía tiene algo de pelo en la cabeza, no mucho, la verdad, y el poco pelo que tiene lo ha juntado en una coleta fina, y va vestido igual que los tipos que estaban fuera de la cafetería cuando llegó Knut: una camiseta gris debajo de un chaleco de cuero con un logo en la espalda que Knut aún no se ha atrevido a mirar el tiempo suficiente para leerlo al ir a pedir cervezas.

—No, ficción para adultos.

—¿Porno?

Se ríen de tal manera que Knut les ve todos los empastes.

Mientras se desarrolla la conversación, piensa en cómo contará todo esto cuando vuelva a la escena cultural. Tal vez lo cuente en la mesa redonda.

«Hace un rato, cuando me senté a beber con la pandilla local de motoristas…»

—No, ficción, o sea, historias que me invento.

—¿Y de qué tratan entonces?

Es la mujer quien pregunta.

«Hace un rato, cuando me fui a emborrachar con la división local de los Ángeles del Infierno…»

No, no son Ángeles del Infierno, ese logo lo habría reconocido.

—Hasta ahora han tratado mayormente sobre el divorcio, la infidelidad, esas cosas.

«Hace un rato, cuando estaba sentado en la cafetería bebiendo con la versión de Gudbrandsdalen de los Ángeles del Infierno…»

—¿Estás divorciado?

—Sí.

—¿Fuiste infiel?

—Sí. Pero mi exmujer también lo fue.

—Ya veo. Mi marido me dejó después de veinte años casados. Me quedé sola con dos niños y sin estudios y tuve que ponerme a fregar escaleras para sobrevivir. Luego me puse enferma y ahora tengo una baja por discapacidad. ¿Qué fue de la mujer que abandonaste tú?

—No la abandoné. Lo dejamos los dos. Y no lo dejamos por la infidelidad. Además, ella también fue infiel, como ya he dicho antes.

«No digas nada más.»

—¿Y por qué os separasteis entonces?

—Porque ella quería tener otro hijo.

Es mentira, pero es mucho peor decir la verdad: que no lo sabe.

—¿Y tú no querías?

—No.

—¿Por qué no?

El hombre que tiene las fechas de nacimiento de sus hijos tatuadas en el brazo dice:

—Todo el mundo quiere tener hijos. Yo mismo tengo cinco.

—Sí —dice el tío de la coleta—. ¡Cinco hijos con diez mujeres distintas!

Y se echan a reír otra vez. Sus risas son ensordecedoras. Knut ya no las soporta. Ninguna otra especie animal se ríe, aparte de los simios y las hienas. Aun así, él también se ríe, pero no se atreve a reírse demasiado alto, porque tiene la sensación de que el ambiente puede cambiar en cualquier momento, como en una peli de mafiosos en la que todo el mundo está sentado riéndose y de pronto alguien saca una pistola y se la pone en la sien al tipo de al lado y aprieta el gatillo.

No le van a disparar, pero puede que le echen brea y lo cubran de plumas y lo persigan por toda la ciudad, y ya hace un buen rato que Knut se ha arrepentido de acercarse a ellos, aunque sabe que lo habría hecho de todas formas porque siempre está buscando material y nunca pierde la esperanza de que algo que encuentre pueda ser el comienzo de un nuevo libro.

Quién sabe, tal vez alguna de las personas que están sentadas a la mesa diga algo que podría poner en marcha el libro que Knut lleva tantos años intentando escribir. Tal vez ya haya llegado la réplica mágica, tal vez la semilla ya esté sembrada, una semilla que

crecerá en el cerebro de Knut, y uno de estos días se despertará y por fin entrará en el torbellino como cuando escribió El Famoso Libro.

A la de las tetas puede que le gritaran y la echaran de otras partes, piensa por ejemplo Knut, pero aquí dentro, en este local, es aún bastante joven, cuarenta y tantos, tal vez, mientras que los hombres tienen al menos sesenta, y eso le da ventaja. Igual que Knut, que está por encima de esas personas en la jerarquía habitual del mundo —él, por ejemplo, no tiene por costumbre empezar a beber por las mañanas, y además ha escrito seis libros—, y aquí no tiene ningún valor ni dignidad, porque aquí lo que está arriba es lo mismo que lo que está abajo y lo de abajo es lo mismo que lo de arriba, y esta gente lo sabe, porque esta gente tiene la refinada inteligencia del borracho.

Knut está en el baño y habla por el micrófono del móvil. Ha encontrado una aplicación que convierte la voz en texto, y continúa bajito para que nadie le oiga, pero al mismo tiempo lo suficientemente alto para que lo capte la aplicación:

«No te dejes engañar por las narices rotas y las mejillas enrojecidas, no te tejes engañar por los arrebatos de ira sin motivo ni las familias desestructuradas, porque esa gente conoce el secreto de la vida».

En la mesa siguen hablando y la mujer de la camiseta de tirantes se ríe y gesticula muchísimo, y después de un rato a Knut ya no le cuesta imaginarse que se acuesta con ella, cada vez le cuesta menos, y en parte es así como sabe lo borracho que está, y de nuevo quiere ir al baño para dictar cosas en el móvil, y cuando se levanta, los hombres le preguntan si tiene problemas de próstata, y él se ríe y asiente y miente:

—Sí, tengo cáncer de próstata.

Se hace el silencio durante tres segundos, pero enseguida retoman la cháchara y se inclinan hacia delante sobre la mesa y recuerdan antiguas discusiones y peleas, y por las palabras y los gestos queda claro que han tenido las mismas discusiones y peleas en innumerables ocasiones, y que ese es el asunto, que este es un

antiguo baile que siempre vienen aquí a bailar, fielmente, todos los días, como Frank y Knut con su cantinela de siempre.

Y Knut dicta en el móvil lo de la refinada inteligencia del borracho, y se imagina que se va a casa de la mujer de la camiseta de tirantes y se acuesta con ella entre latas de cerveza y colillas, y por qué acaba de decir que tiene cáncer, y se mira en el espejo la cara huesuda y marcada y constata el aspecto que tiene ahora mismo: una noche sin dormir, el alcohol, todo. Ya no sirve de nada guardarse algo para uno mismo, hay que pagar en efectivo todo el daño que se le hace a la pobre carcasa.

Esto último también acaba por dictarlo a la aplicación del móvil.

Después se lava las manos y vuelve a salir a la cafetería. Tiene que estar pendiente de la hora. Enseguida tiene que subir al escenario. Se tomará una cerveza más y ya.

Pero cuando se dispone a salir a la terraza a reencontrarse con sus nuevos amigos, se da cuenta de una irregularidad a la derecha de su campo de visión, y ahí, a solo unos metros de distancia, hay un hombre comiendo una hamburguesa. Está sentado en un banco y está tan inclinado hacia delante que se le ha bajado el pantalón del chándal y se le ve media raja del culo: blanca, rechoncha y cubierta de pelo negro. Tiene que darse cuenta de que le está enseñando el culo al mundo. Aun así está tan tranquilo comiéndose su hamburguesa, enviando bocados de carne y de pan a su sistema digestivo que enseguida le asomarán por el culo, y esa conexión es justo lo que le está obligando a ver a su entorno. Está exponiendo a la gente, en este caso a Knut, a esa cloaca de asociaciones.

Knut cierra los ojos, pero es demasiado tarde, y, de repente, el poco optimismo que acababa de reunir en el baño, donde tenía la sensación de ser parte de algo, desaparece, y en lugar de pagar la última ronda de cerveza, se da la vuelta y se va.

Cruza la calle deprisa. Son las doce y media. ¿No ponía en el correo que tenía que llegar media hora antes? Siempre hay que llegar media hora antes a estas cosas, para saludar, probar el sonido, concretar quién va a sentarse dónde, el turno de palabra, y Knut avanza por la calle peatonal en dirección a la carpa, sin

temblar.

Pero aunque las cuatro cervezas —¿o eran cinco?— que se ha tomado le han hecho efecto, no consigue olvidar lo que acaba de ver, y el culo blanco y flácido de ese hombre le llena la cabeza y le quita la energía vital, la energía vital más básica, la necesaria para querer respirar, para querer poner un pie delante del otro, una energía que no sabemos que tenemos hasta que desaparece, y unos segundos más tarde Knut comprende a los que se tiran por un puente así, sin más, o dan un volantazo para chocarse con un camión que viene en dirección contraria.

Antes de terminar de pensar en eso, se acerca una escritora famosa. A esa escritora le gusta vestirse de forma extravagante y siempre la lía de alguna manera: o se pilla un pedo descomunal y se pone a echarle la bronca a alguien, o, como ahora, se viste exageradamente sexi, como si fuera a una discoteca, y ahora lleva un vestido corto y escotado que le levanta las tetas y se las dispara hacia delante. Lleva unas botas de tacón que le llegan a la rodilla y a cada paso que da le tiemblan los muslos, blancos y gruesos. En este contexto, en Gudbrandsdalen, a plena luz del día, parece un papagayo en un bosque de abetos. ¿Qué le pasa al mundo? Knut no estaba pensando en el sexo antes de que ella se acercara, ni mucho menos. Había intentado con todas sus fuerzas no mirarle la raja del culo a un desconocido, pero el universo no ha acabado con Knut, porque ahora llega una máquina sexual con patas con el siguiente mensaje: «¿No se te levantaba la polla? Pues ahora se te va a levantar. ¡Arriba! ¡Arriba!». Pero su polla no quiere levantarse, pase lo que pase fuera. Y cuando ella sonríe al pasar, a Knut le cuesta sonreír y devolverle el saludo y mirarle a la cara sin que se le vayan los ojos más abajo. Antes le habría resultado igual de difícil que intentar no fijarse en un elefante enorme que barrita, y cuando la escritora por fin desaparece tras una esquina moviendo el culo con sus tacones y su minifalda, Knut entonces se da cuenta de algo: ¿qué pasaría si los hombres llevaran algo que hiciera que sus genitales parecieran más grandes? ¿Qué pasaría si llevaran una especie de soporte para agrandarse la polla y pantalones cortos con una abertura delante con los que la polla acabara aplastada y elevada de forma que pareciera lo más grande posible y entonces todo el mundo hiciera como si nada y no les mirara la entrepierna a

pesar de que hubieran servido sus genitales en una bandeja y casi se los hubieran puesto en la cara a la gente?

El nerviosismo y el miedo dejan paso a la ira, que Knut abraza agradecido, porque cómo puede ser que por un lado se contrate a mujeres con velo de una religión conservadora y profundamente patriarcal como editoras de revistas feministas y de moda y al mismo tiempo se cuelguen fotos sadomasoquistas en restaurantes y las escritoras se vistan como estríperes y los periódicos estén llenos de sensatos trucos y consejos sobre el sexo anal y las orgías, mientras se ve como un delito que le toques el culo a una persona que se ha frotado contra ti durante tanto tiempo que al final te sientes obligado a agarrarle su esmirriado trasero.

Enseguida estará sentado muy formal en una silla, al lado de esa persona, en un escenario dentro de una carpa, y allí dirá frases completas. Sujeto, verbo y complementos. Y hará como si nada.

Capítulo 12

La Escritora de la Realidad, la que ha escrito sobre Knut con nombre y apellido, ya se ha sentado en una de las tres butacas del escenario. No levanta la vista cuando ve entrar a Knut. Está enfrascada en el móvil y en algo que come con un tenedor en un recipiente de plástico.

Al verla se le acelera tanto el pulso que Knut siente que le laten los lóbulos de las orejas.

—Hola —dice Knut en voz alta, y La Escritora de la Realidad levanta la vista y, por la mirada que le lanza, ve que Caragrande ha hecho su trabajo.

—Hola —dice ella, y el tono de su voz le confirma a Knut que su mentirijilla ya ha llegado a sus oídos.

Sí, piensa Knut. ¿Cómo te sientes cuando te mienten de tal manera que si protestas todo empeora? No puedes pronunciar las palabras «Knut A. Pettersen no es el padre de mi hija mediana», porque entonces todo el mundo entenderá que es posible que Knut A. Pettersen sea el padre de tu hija mediana. Y si no se lo creen, al menos estarán convencidos de que te has acostado con ese tal Knut A. Pettersen.

A Knut le indican que se acerque a la mesa de sonido donde un joven con barba le pone un micrófono de diadema.

Knut mira al joven barbudo que tiene delante y que manipula unos cables que se le han enredado. Los pantalones negros del chico tienen unos rotos por los que se le salen las esmirriadas rodillas. Por el muslo le cuelga una cadena de reloj. Debajo de la camiseta amarilla lleva una camisa de cuadros muy larga. Tiene los antebrazos llenos de tatuajes y el pelo largo y despeinado. En la cabeza lleva una gorra con una visera enorme. Todo ello obstaculiza

todos sus movimientos. Tiene que soplar para retirarse el pelo de la cara, y la visera de la gorra es tan grande que tiene que inclinarse hacia atrás para ver los cables que intenta desenredar. En un momento dado, los rotos de los pantalones se le enganchan en una de las sillas plegables, pero Knut lo agarra antes de que se caiga. El atuendo del joven está igual de pensado y es igual de aparatoso que el de una noble francesa del siglo xvii, a pesar de que a primera vista parezca un mendigo. Pero como se ha apuntado como voluntario a un festival literario es probable que venga de una familia culta y él también tenga estudios superiores, piensa Knut, que agradece todas las distracciones.

El público entra en tropel. Todo el mundo mira furtivamente al escenario, a La Escritora de la Realidad, y después retiran la mirada, como si La Escritora de la Realidad estuviera rodeada de una especie de campo magnético que les afectara también a ellos y no solo a Knut. Así ocurre a menudo con las personas famosas. Y así lo recuerda Knut de sus tiempos de grandeza: cuando la gente evita mirarte es igual de llamativo que cuando se te queda mirando.

Knut examina el comportamiento del público, y por la forma en que muchos de ellos miran a Knut, le queda claro que han entendido el potencial de que haya una cierta fricción en este encuentro, y en las caras aparentemente serias que pasan por delante de Knut es sencillo percibir que se alegran, pero que no quieren ni mostrarlo ni reconocerlo.

El chico por fin le da el micrófono de diadema, Knut se lo ajusta por detrás de las orejas y lo inclina para que quede en la posición correcta, y en ese mismo instante se acuerda de que está a punto de hablar en público. No tiene escapatoria. Y cuando el músculo cardiaco vuelve a ponerse al galope, Knut consigue imaginarse, con gran esfuerzo, que está sentado en las escaleras de la granja sueca de su familia materna, en pijama, y allí sentado siente la piedra caliente debajo de él y entonces piensa en que las cervezas que se acaba de beber y a las que acaba de invitar en el bar le habrán costado lo mismo que lo que se ha ahorrado en comida estos días, y entonces le bajan las pulsaciones lo suficiente para poder acercarse al escenario y sentarse. En cuanto sube, ve a La Escritora de la Realidad y está a punto de tenderle la mano, pero entonces se da

cuenta de que sería exagerado, porque en el reino de las mentiras hay que andar con pies de plomo y, en lugar de tenderle la mano, la levanta en el último momento para convertir el gesto en el saludo correcto a una persona conocida, a una compañera, como si quisiera decir: ¡hombre, hola!

—Enhorabuena por el éxito, es increíble —dice cuando se sienta, y qué raro es no esforzarse por mantener este circo que ha empezado ella, del que ella es culpable.

Para sacar la verdad a la luz hay que mentir. Aunque Knut no es el culpable, tiene que mentir para seguir su lema, que es «Never complain, never explain», para que nadie hable de lo que pone en ese terrible libro.

Y aquí está sentado en un escenario donde ese mismo libro está expuesto en una mesa frente a ellos.

—Gracias —dice ella, y asiente con la cabeza, pero no sonríe y vuelve a mirar el móvil.

Ella también tiene que mantener su versión de los hechos, y en su versión de los hechos está sentada cara a cara con su agresor, y en una situación así no se sonríe.

Knut siente nostalgia. ¿Cuántas veces ha estado así sentado en un escenario con un micrófono apoyado en la oreja y una mesa al lado donde solía estar expuesto su último libro, pero donde ahora solo hay un vaso de agua?

—No hemos podido conseguir tu último libro —dice la moderadora, como si le estuviera leyendo la mente. Está sentada a un lado del escenario—. Ni en las librerías ni en la biblioteca.

Le resulta familiar. Es probable que le haya entrevistado antes, puede que incluso aquí, en Lillehammer, pero igual que recuerda cada una de sus intervenciones de los últimos diez años con todo detalle, la mayor parte de lo que ocurrió en los años de fama solo es un revoltijo borroso de rostros y voces.

—¡Vaya! —dice Knut con una sonrisa.

Hace como si no supiera que la biblioteca seguramente ya se

haya deshecho de su último libro. Ha visto sus libros —todos menos El Famoso Libro— a la venta por cinco coronas cada uno varias veces en esas cestas en las que las bibliotecas venden los libros que nadie ha tomado prestados en un tiempo. A veces, Knut ha comprado sus propios libros para que no acaben tirados y sean objeto de burla.

—Pero este sí que lo hemos conseguido —dice con tono de disculpa, y le muestra El Famoso Libro—. ¿Te parece bien que lo pongamos en la mesa, aunque haya salido hace tiempo?

—Sí, por supuesto —dice Knut.

Sabe que en las librerías siempre tienen ejemplares de El Famoso Libro, porque se sigue vendiendo.

Los libros de La Escritora de la Realidad están en la mesa. Hay siete, y hace mucho que la editorial los ha sacado todos en edición de bolsillo. Cuando los colocas juntos en la estantería, los lomos muestran una ilustración. Knut se inclina hacia delante para verla. La ilustración es la silueta de una mujer con un vestido corto y zapatos de tacón. Está sentada, desplomada en una silla, con un cigarro en una mano y una copa de vino en la otra.

La Escritora de la Realidad se describe a sí misma como una bebedora social en el libro, pero Knut sabe, a través de diversas fuentes independientes, que en realidad no bebe alcohol. Lene, que vive cerca de La Escritora de la Realidad, la ha visto varias veces en el gimnasio, pero de eso no escribe nada en el libro.

Sigue enfrascada en el móvil. Solo se ha comido la mitad de la ensalada. Entonces levanta la vista y le dice a la moderadora, que está hablando con la directora del festival al lado del escenario:

—Una cosa, solo para vuestra información. Vengo directa del aeropuerto y tengo que volver a las cinco como muy tarde, así que es importante que respetemos los tiempos.

—Por supuesto —responde la moderadora—. ¿Adónde vas?

—A Nueva York —dice La Escritora de la Realidad.

El público de las primeras filas está atento a todo lo que dice y hace, pero La Escritora de la Realidad hace como que no lo nota. Tampoco deja que se note que está haciendo como que no lo nota.

—¿Vas a hacer algo emocionante allí? —pregunta la moderadora con prudencia, pero para entonces La Escritora de la Realidad ya se ha vuelto a inclinar sobre el móvil.

En sus entrevistas ha expresado que le resulta difícil estar en ambientes sociales, mezclarse con la gente, tener conversaciones sobre temas insustanciales, porque nunca sabe qué decir en esos contextos. Se siente mucho más cómoda en una entrevista en un escenario.

La moderadora se dirige a Knut.

—¿Sabes dónde está Terje?

Así que saben que hay una conexión entre nosotros, piensa Knut.

—No, pero lo vi…

—Joder —interrumpe La Escritora de la Realidad. Se agacha y rebusca en el bolso que ha dejado en el suelo—. Joder, joder —repite, y después le dice a la moderadora—: ¿Tienes un cargador de iPhone?

Antes de que la moderadora alcance a responder, una señora del público ya le ha dejado un cargador.

—Ay, muchas gracias —dice La Escritora de la Realidad, y enchufa el teléfono y lo apoya en el suelo—. Muchas gracias —le vuelve a decir a la señora del público, una señora mayor, que se pone colorada y responde:

—No hay de qué.

—Prometo acordarme de devolvértelo —dice La Escritora de la Realidad.

—Tranquila —dice la mujer mayor.

Sí, piensa Knut. Claro que es mucho más fácil que te entrevisten sobre un escenario que estar en situaciones sociales donde eres solo una persona entre muchas y no hay nadie moderando. Pero en las entrevistas de los periódicos, esos rasgos del carácter, eso de que no se te dan bien las conversaciones insustanciales sobre qué estás haciendo últimamente y qué estoy haciendo yo, se presentan como una prueba de cuánto buscas la verdad y cuán honesta eres. Pero la verdad es que eres una vaga, piensa Knut. Una vaga y una egocéntrica. Zorra estúpida, vaga y egocéntrica.

Eso.

Pero ahora le conviene ir con cuidado, porque ya empieza de nuevo a enfadarse él solo. Si quiere salir de una pieza de esta situación, tiene que dosificar fuerzas.

Intenta relajarse, bajar los hombros, pensar que está sentado en las escaleras de la granja de Suecia de su familia materna.

Y mientras Knut relaja los hombros y respira pausadamente, se da cuenta de que La Escritora de la Realidad también tiene miedo. Esta intuición animal le ha llegado a través de los poros de la piel y le tranquiliza un poco.

Faltan tres minutos para que empiece la mesa redonda, y justo en ese momento llega Terje con parsimonia. Knut ha compartido escenario con él en el pasado y sabe que parte de la personalidad de Terje se basa en llegar siempre a última hora. A Knut le parece que Terje se comporta como un malote: se mueve como un delincuente, con sigilo y con una arrogancia fingida.

Knut escarba en su interior en busca de compasión, porque cuando te van a sacrificar, la gente siente compasión por ti. Cuando los verdugos hablaron de Knut en aquella revista, le llegaron mensajes de apoyo por todas partes. Pero en lo que respecta a Terje, no encuentra el apoyo que necesita.

Lene seguramente esté allí también, y al principio a Knut lo tranquiliza saber que Lene está presente, pero por otra parte Lene se sabe la historia, así que ¿cómo de fácil será fingir que no pasa nada cuando alguien en esta sala sabe lo que pasa, sabe que Knut ha

leído el libro y se ha enfadado muchísimo con el contenido?

Cuando se miente, conviene mentir de tal manera que uno mismo se lo crea, pero le resultará difícil hacerlo con Lene ahí presente. Knut se arrepiente de no haber planeado mejor las cosas. Le podría haber pedido a Lene que no fuera. Ella le habría hecho caso sin preguntarle nada, lo sabe. Ahora es demasiado tarde.

Además está borracho. O puede que no esté borracho, pero sí ligeramente ebrio, y entonces se da cuenta de que no ha comido nada desde la hora del desayuno. Siente que cae al vacío. No se ha preparado para esto. En lugar de prepararse, los últimos días, la última semana, sí, desde que recibió la invitación, ha estado nadando en alcohol. Tendría que haberse mantenido sobrio, meditar, salir a correr. Ante todo, no debería haber renunciado a su habitación de hotel. Es como si no tuviera personalidad, como si no tuviera aplomo, como si estuviera relleno de una especie de salsa fina que fluye de un lado a otro.

Terje se ha puesto el micrófono de diadema, y se acerca al escenario.

La carpa está hasta los topes. Al fondo hay una fila de gente que no ha conseguido asiento. Cuando la moderadora se sienta entre los ponentes, la directora del festival se sitúa en un extremo del escenario.

—Bienvenidos a esta mesa redonda titulada «La infidelidad en la vida y en la literatura». Es un tema que nuestros tres invitados conocen bien, cada cual a su manera, podríamos decir.

Se oyen unas risitas entre el público. Knut sabe por anteriores ocasiones que la risa es una constante en este tipo de actividades culturales. No entiende muy bien por qué.

—Uno de nuestros invitados ha escrito un libro que todos conoceréis.

La directora del festival se inclina hacia la mesa y coge El Famoso Libro. Lo mueve de un lado para otro para que lo vea toda la carpa.

—Supongo que la mayoría conoce este libro, ¿no?

De nuevo, el público aplaude y se ríe, y Knut sonríe y mantiene la mirada fija en la última fila, un viejo truco.

Otro viejo truco consiste en ponerse las gafas de cerca, que sorprendentemente se ha acordado de meter en el bolsillo de la americana, porque con ellas no ve con claridad a más de un metro de distancia, y el público le parece una especie de papilla de colores, y así evita enterarse cuando alguien bosteza o se pone a mirar el móvil.

—Entonces no hará falta que entre en detalles sobre el argumento, más allá de que trata de la ruptura de un matrimonio y que es una especie de triángulo amoroso. ¿Se podría decir así?

Knut asiente y, a pesar de que el corazón le late como un viejo tractor, trata de respirar lo más silenciosamente posible, porque tiene el micrófono encendido y el más mínimo sonido acaba proyectado por toda la carpa y al público no le gusta el nerviosismo, le hace sentir incómodo, y Knut se promete a sí mismo que después de esto dejará de beber. Es demasiado mayor para usar el alcohol como tranquilizante. Su cuerpo ya no lo aguanta.

—Y por eso te hemos invitado hoy, porque vamos a hablar de la infidelidad en la vida y en la literatura.

La directora del festival se vuelve hacia La Escritora de la Realidad, que se ha reclinado en la butaca y tiene cara de estar aburriéndose. Entonces parece que a la directora del festival se le ocurre algo. Se vuelve hacia Knut. A Knut le late tan fuerte el corazón que siente el pulso en los dedos de los pies.

—Tengo que preguntártelo. ¿Cuándo sale la segunda parte? ¿Cuándo sabremos qué ha pasado con estas personas?

Pregunta con insistencia, como una parodia de una niña pesada que no puede evitarlo, y de nuevo el público se ríe a carcajadas.

La risa del público hace que el pulso de Knut se estabilice. Knut se ríe y, como de costumbre, contesta que no tiene respuesta, pero,

quién sabe, el próximo libro puede que sea una continuación.

Más aplausos, pero más diluidos esta vez. No aplaude todo el mundo. Y nadie vitorea.

No habrá una segunda parte. Knut lo ha intentado innumerables veces, y todas ellas ha tenido que reconocer que las personas de las que escribió en El Famoso Libro no se dejan resucitar. Les ha extraído toda la sangre y están ahí tiradas, como disfraces viejos en un desván.

La directora del festival se vuelve hacia La Escritora de la Realidad.

—Y es un honor recibir la visita de esta mujer, no hace falta que diga su nombre, que ha venido desde una residencia de escritura en Nueva York solo para esta charla en Lillehammer. Creo que eso merece…

Las últimas palabras se ahogan en un atronador aplauso, porque ahora aplaude la carpa entera, y también se oyen vítores. La Escritora de la Realidad sonríe y baja la vista al suelo. En las entrevistas ha dicho que tanta atención le resulta molesta, porque, como es tímida e introvertida por naturaleza, le resulta difícil haberse convertido en una de esas famosas a las que la gente llama a voces en las gasolineras y de borrachera y por todas partes.

—Y aquí tenemos a Terje Bjarne Lund-Pedersen Johansen, que también puede contarnos un par de cosas sobre la infidelidad, al menos en su forma más literaria.

Aplausos aislados. Terje ni asiente ni sonríe. Ese es también uno de sus rasgos distintivos, no sonreír, no ceder. Está más tumbado que sentado en la butaca y ha estirado las piernas hacia delante.

Knut tiene que tener cuidado. No pensar. Enseguida acabará esto.

—Ya solo me queda dar la palabra a nuestra eminente moderadora Kirsten-Margrethe Solveigsdatter Bretteville-Paulsgaard.

—Gracias —dice Kirsten-Margrethe, como Knut recuerda ahora que se llama, y junto a ese nombre le vuelve otro recuerdo a la memoria, algo sobre una noche de lluvia en la biblioteca de… ¿Haugesund? El recuerdo desaparece antes de que pueda aferrarse a él. Pero al menos no se ha acostado con ella, de eso está seguro.

—Creo que empezaré contigo, Terje —dice Kirsten-Margrethe después de mirarlos a los tres de uno en uno varias veces, sin conseguir decidirse.

El público es realmente agradecido, porque hasta de eso se ríen a carcajadas, y los nervios de Knut vuelven a calmarse un poco.

Kirsten-Margrethe tiene el libro de Terje en la mano.

—¿Podrías contarnos de qué va, para empezar por algún sitio?

Terje suspira y su suspiro retumba en la carpa.

—¿Y por qué tengo que hablar de este libro? ¿No basta con haberlo escrito?

Terje se reclina en la butaca como un adolescente ofendido. «Un adolescente envejecido. Una manzana podrida y arrugada.»

Si Knut no hubiera estado sentado ahí, en un escenario iluminado, habría cogido el móvil y habría apuntado esa idea. Y tal vez porque está centrado en esos pensamientos, su boca dice algo por su cuenta.

—Y entonces, ¿qué haces aquí? —se oye decir Knut.

Terje se sobresalta.

—¿Qué?

—¿Qué haces aquí si no quieres hablar del libro? Es a lo que hemos venido. Nos están pagando por estar aquí sentados hablando de nuestros libros. La gente ha pagado por estar en esta carpa a oírnos hablar de nuestros libros.

Y a pesar de que así podría comportarse el propio Terje, ya que

él mismo afirma «decir siempre lo que piensa y que mucha gente en Noruega no puede soportar la sinceridad», pone una cara que cualquiera diría que Knut le ha dado una colleja. A la gente que dice las cosas sin rodeos no le suele gustar que otras personas hagan lo mismo, esa es la experiencia de Knut, y ahí está ahora Terje, rojo como un tomate. Pero al menos se ha incorporado un poco.

—Lo que pasa es que no me parece tan interesante hablar de la trama de una novela.

Hay tanto silencio en la carpa que se oyen todos los ruidos de fuera. Un niño llorando, un coche arrancando, un perro que ladra a lo lejos.

Kirsten-Margrethe está a punto de decir algo, pero Knut es más rápido.

—¿Por qué no? ¿A lo mejor porque no trata de nada en absoluto?

Basta, se dice Knut a sí mismo. Ni siquiera lo has leído. Se da cuenta de que la parte normal de sí mismo se ha quedado a la entrada de la carpa, y ahí está, mirándolo a él, que está sentado en el escenario, como quien mira un accidente. ¿Y tú qué miras?, le dice Knut el loco a Knut el normal. Pero Knut está harto de fingir que no pasa nada, harto de contenerse. Knut está harto de comportarse de forma civilizada cuando nadie más lo hace.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Terje—. Claro que trata de algo. ¿Lo has leído?

—No. Pero lo he intentado. Suelo usar tus libros como somnífero…

Se oye un susurro en la carpa.

—… pero este último es tan insoportable que solo he llegado a…

—Qué emocionante —interrumpe Kirsten-Margrethe, que por fin se ha recompuesto—. Y es genial veros debatir, aunque no estéis de acuerdo. Para eso está este festival, para intercambiar opiniones, conversar, tener nuevas experiencias. Aquí pasan cosas, y eso es lo

que está ocurriendo ahora mismo. ¡Creo que la ocasión merece un aplauso!

Y el público aplaude, obediente. Knut toca el móvil, que tiene apoyado en la mesita, y ve que solo han pasado diez minutos. Quedan cincuenta.

Empieza a ser consciente de lo que ha hecho; se ha convertido en el malo de la película. Ha marcado el ritmo y ese ritmo hay que seguirlo. Siente que el público espera más, lo siente casi como se percibe un olor. Todo el mundo está atento y derecho como una vela y mueve ligeramente la cabeza a un lado y al otro, según quién hable, y Knut se promete a sí mismo comportarse como es debido durante los próximos cincuenta minutos.

—Pero si te parece bien, Knut…

El público se ríe.

—… me gustaría hacerle unas preguntas a Terje sobre su última novela.

La moderadora sostiene el libro, del que asoman un montón de notas adhesivas. Es el tipo de persona que hace su trabajo, y Knut se siente agradecido por ello. A medida que se hace mayor, cada vez valora más el orgullo por el trabajo bien hecho, la gente que se toma en serio su trabajo, sea cual sea, y, a juzgar por todas las notas adhesivas, queda claro que Kirsten-Margrethe ha leído el libro de Terje en profundidad, y ahora le plantea una pregunta larga.

A media pregunta, Knut ya sabe que Terje se lo va a volver a poner difícil. En parte para vengarse con ella de lo que acaba de decir y hacer Knut, y en parte porque una de las características de Terje es ser una persona incómoda y difícil en situaciones como esta.

—¿Qué has dicho? —pregunta Terje cuando Kirsten-Margrethe acaba de plantear su larguísima pregunta—. ¿Puedes repetírmelo desde el principio? Y háblame para que te entienda. Lo único que he oído es artificio, artificio, artificio.

Este es el mismo Terje que en su día escribió una tesis sobre el Ulises de Joyce. Y el público se ríe a carcajadas de Terje, el escritor maleducado e ingobernable que ahora dice:

—El punto de mi última novela es…

—No se dice «el punto» —le interrumpe Knut, cuya boca tiene vida propia de nuevo—. Se dice «el sentido» o «el objetivo». «El punto» es una traducción literal del inglés «the point». Si seguimos así, si no nos ponemos las pilas y hablamos en nuestro propio idioma, va a parecer que estamos en Estados Unidos. EL SENTIDO —exclama Knut, y golpea el brazo de la butaca con el puño—. ¡EL OBJETIVO!

Terje se dispone a decir algo, pero Knut sigue hablando:

—Otra cosa que todo el mundo dice últimamente es: «se siente como». Esta película o esta cafetería «se siente como» esto o aquello. Somos nosotros los que nos sentimos de determinada manera, no las películas ni las cafeterías. Podríamos decir que «parecen» esto o aquello, o que «nos hacen sentir» de tal o cual manera.

—Enseguida te damos la palabra, Knut —dice Kirsten-Margrethe —. Dentro de nada es tu turno. Y valoro mucho tus aportaciones. Pero ahora nos gustaría poder hablar con Terje sobre su último libro. Así que si pudieras…

Sonríe y deja la frase a medias. Knut le devuelve la sonrisa y asiente con la cabeza, y ella se vuelve de nuevo hacia Terje.

—Tu último libro —empieza a decir, y Knut se pierde en sus propios pensamientos.

No entiende lo que le acaba de pasar. Es como si le pasara algo. A lo mejor se está volviendo loco. Tal vez este sea el primer síntoma: la vez que se volvió tarumba en el festival de Lillehammer. Es muy triste que le pasara eso. Al fin y al cabo era el autor del libro…, cómo se llamaba…

Desde lejos, Knut se da cuenta de que Kirsten-Margrethe y Terje están conversando. También se da cuenta de que Terje intenta

responder correctamente, sin hacerse el difícil, pero, aparte de eso, Knut se ha vuelto a esconder dentro de sí mismo y no podría reproducir nada de esa conversación, y solo se espabila cuando el público aplaude y Kirsten-Margrethe sostiene el último libro de La Escritora de la Realidad.

—Bueno. Sé que la mayoría ya habéis leído este libro.

Entonces se vuelve hacia La Escritora de la Realidad.

—Pero ¿podrías, para empezar por algún sitio, decirnos un poco de qué trata?

Todo el mundo se ríe, Terje incluido, pero La Escritora de la Realidad hace una mueca.

—Sí, bueno, trata de mi vida, sí, de mi realidad, sin filtros. Tal cual. No sé qué más decir al respecto. Mi vida, sin más. Todo incluido.

Después no dice nada más. Solo se queda mirando a Kirsten-Margrethe.

—Y sabemos que has respondido a estas preguntas infinidad de veces, pero tengo que preguntártelo: ¿qué fue lo que te llevó a escribir de esta manera?

La Escritora de la Realidad se incorpora en su asiento y baja la vista. Durante varios segundos se queda allí sentada en silencio, y cuando Kirsten-Margrethe coge aire y se dispone a decir algo, empieza a hablar.

—Sí, bueno. Lo que quería era inscribirme en el centro de mi propia existencia. Quería investigar la textualidad del cuerpo, o la corporalidad del texto, por así decirlo. El significado de las palabras, lo que puede hacer el lenguaje, pero sobre todo el lugar donde termina el lenguaje, esa frontera entre lo vivido y lo pensado y lo tangible, sensorial. En resumen, quería averiguar quién soy, buscaba la verdad, y entonces empecé a escribir estos libros. Y después seguí con ello. Y ahora ya no puedo parar.

Esto último no lo dice como un chiste, y aun así el público se ríe

como si fuera la cosa más graciosa que ha oído en su vida. La moderadora también se ríe, aunque Knut se da cuenta de que es una risa fingida. Por otra parte, se le da bastante bien fingir, y Knut agradece que exista gente como ella, gente que es capaz de entrevistar año tras año a escritores egocéntricos y mentirosos, escritores que se hacen los graciosos a su costa, que se hacen los difíciles y se niegan a responder sus preguntas y que hacen como que no entienden lo que se les dice. Knut ha visto de todo a lo largo de estos años, y no puede imaginarse un grupo de trabajo menos atractivo que los escritores de ficción. Si contra todo pronóstico le gusta un libro, se mantiene bien lejos del escritor en cuestión. Nadie debería conocer a los escritores a los que admira.

Pero a La Escritora de la Realidad no le gusta que el público se ría. Lo ha dicho en las entrevistas, que no solo no le gusta el humor en la literatura, sino tampoco en las actividades culturales. Que hay demasiadas risas y demasiado humor últimamente, y le gustaría que las cosas fueran más serias. Sin sonreír dice:

—La verdad. Eso es lo que busco. Me he vuelto adicta a la verdad, lo que hay debajo y detrás de todo lo que hacemos y decimos.

Knut se quita las gafas de cerca. Las deja en la mesita sin que le tiemblen las manos.

—No —se oye decir. Porque de nuevo su boca va por libre y está seguro de que tiene síntomas tempranos de demencia. Lo más sorprendente no es lo que su boca dice a continuación, sino que ni siquiera le tiembla la voz—. Dices que escribes sobre la realidad, pero no es cierto. Inventas basándote en ella. Por ejemplo, en tu último libro escribes sobre mí, con mi nombre completo —dice Knut señalando el libro, que está expuesto en la mesa que tienen delante, y vuelve a sorprenderse, porque sigue sin temblarle el pulso, algo que debería estar ocurriendo—. Escribes que abusé de ti en el encuentro anual de la Asociación de Escritores de hace tres años y medio.

La parte normal de sí mismo está junto a la puerta tapándose los ojos, porque ahora viene. Ahora llega. Ahora explotará todo.

La Escritora de la Realidad niega con la cabeza con los ojos abiertos de par en par. Es la imagen de una persona inocente a la que se acusa de algo que ni siquiera se imagina que sea posible hacer.

En la carpa reina un silencio absoluto. Todo el mundo contiene la respiración. Knut, a quien ya no le protegen las gafas de lectura, ve ojos brillantes, mejillas coloradas, bocas entreabiertas.

Kirsten-Margrethe mueve los brazos como si quisiera decir algo, pero no consigue emitir más que un pitido ronco, y Knut prosigue:

—Pero ambos sabemos que no lo hice. Fuiste tú quien se acercó a mí. Te me acercaste con una cerveza y te me sentaste en el regazo, y entonces se me puso dura, sí, y no me enorgullezco, pero fue una reacción corporal que no podía controlar. Lo que sí pude controlar, y eso hice, fue mi forma de comportarme durante el resto de la noche. Y me comporté bien, en su mayor parte. Tú, por el contrario, te sentaste en mi regazo, hiciste como si quisieras ahogarme con el cuello de la camisa, me restregaste la cara contra la barba y bailaste desenfrenadamente, y cuando yo por fin…

La Escritora de la Realidad levanta la cabeza y lo mira.

—¿Que bailé desenfrenadamente? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Y eso te dio derecho a manosearme?

—Vale, sí, te manoseé. Te agarré el culo, pero eso fue lo único que hice. ¿Y qué habías hecho tú antes?

La Escritora de la Realidad hace aspavientos con los brazos.

—Pero ¿tú te estás oyendo? ¡Acabas de reconocerlo! Has reconocido que me acosaste.

—Tú me acosaste primero.

—Vaya, ¡yo te acosé! ¿Y pasaste mucho miedo? ¿Te ofendió mucho? ¿El hombretón tenía miedo de la mujercita? ¿Sabes que las mujeres tienen miedo de que los hombres las maten mientras que los hombres tienen miedo de que las mujeres se rían de ellos?

Se oyen risitas aisladas entre el público. La sala está claramente de su lado. También es verdad que el público se compone en un noventa y cinco por ciento de mujeres. Knut tenía que haberlo pensado antes de dejar que se le soltara el hocico.

—No digo que tuviera miedo, pero me estás pintando de una forma en la que no me reconozco para nada.

La Escritora de la Realidad pone los ojos en blanco.

—¿Sabes cuánta gente me ha dicho eso mismo, con las mismas palabras? ¿Que los describo de una forma en la que no se reconocen para nada? Ponte a la cola.

—¿Y no has pensado que tal vez tengan razón?

—¿Que tengan razón en qué? Tienen su versión, y yo tengo la mía. Tengo el mismo derecho a dar mi versión que todos los demás.

—El problema es que tu versión está impresa en un libro.

—¿Y? La gente es demasiado susceptible. Hay una especie de histeria hoy en día con…

—En ese libro escribes que abusé de ti. Pero ¡no lo hice! ¡Y lo sabes perfectamente! ¿Por qué no admites simplemente que has descrito esta situación de esa manera para encubrir lo que haces en realidad?

—¿Eh? ¿Y qué es lo que hago en realidad?

«Basta», le dice Knut a su boca, pero su boca no le hace ni caso.

—Todo el mundo sabe que en realidad haces todo aquello que en los libros dices que solo es una fantasía.

—¿Eh?

—Bueno, creo que deberíamos… —dice Kirsten-Margrethe, pero Knut exclama:

—¡EN LA VIDA REAL TE TIRAS A TODOS LOS TÍOS CON LOS

QUE EN LOS LIBROS DICES QUE SOLO FANTASEAS!

Kirsten-Margrethe sacude los brazos.

—No, no, vamos a…

Pero La Escritora de la Realidad la interrumpe.

—Pero ¿qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vas a saber tú nada de mi vida?

—Porque escribes sobre ella. Porque afirmas describir la supuesta realidad, libro tras libro. Pero yo sé lo que estás haciendo. Porque no quieres perder tu posición y por eso haces como que este puterío al que te dedicas…

—¿PERDONA? ¿Qué has dicho?

—Y por eso haces como que este puterío, sí, PU-TE-RÍ-O —Knut golpea el brazo de la butaca con el puño a cada sílaba—, no son más que fantasías inocentes, pero yo he hablado con varios hombres que dicen que se han acostado contigo en los últimos años, y me pregunto cuántos más habrán sido, si YO, que no salgo mucho últimamente, me he encontrado con TRES hombres con los que te has acostado…

—Bueno, a ver —dice Kirsten-Margrethe.

—Y no solo eso —añade Knut—, sino que los tres me contaron la misma historia por separado. Porque a los tres les has dicho que «nunca», en los quince o veinte años que llevas casada, habías sido infiel antes, y «mi marido y yo somos como hermanos», les has dicho, y «esto no me había pasado nunca y me has despertado como mujer…».

—NO, NO, NO —exclama La Escritora de la Realidad. Se tapa los oídos—. ¡BASTA YA! ¡ES TOTALMENTE ABSURDO!

—… Y te describes a ti misma como una persona tímida e inocente…

—Y no como el putón que soy, ¿no?

—… una persona tímida e inocente que finge seguirme el juego porque me tiene miedo, porque podría hacerte daño como escritora, pero todo eso es una memez.

—Debe de ser la primera vez que alguien me llama puta en Lillehammer, o en cualquier otro sitio en realidad.

El público se ríe, pero es una risa nerviosa. Varias personas han sacado el móvil hace un rato y lo sujetan frente a ellos. Knut nunca había odiado tanto a la humanidad como en ese momento. Recuerda la penicilina, se dice a sí mismo. Recuerda la rueda. El fuego. Las pirámides. La Gran Muralla china. El tenedor y el cuchillo. El alfabeto. Las infraestructuras.

La Escritora de la Realidad lo mira y niega con la cabeza, como mira la gente a alguien que le da pena.

—No tengo ni idea de lo que hablas. Y no sé adónde quieres llegar con esto.

Se oye un susurro en la carpa, porque ahora ella tiene los ojos llorosos. Knut sabe que si él se echara a llorar no tendría el mismo efecto. En cualquier caso, no lo conseguiría aunque lo intentara. Al menos no aquí y ahora. Pero los ojos llorosos de ella surten efecto en Knut, y se queda callado.

—Yo he venido hoy aquí a hablar de la infidelidad en la vida y en la literatura. Y tú ni siquiera deberías estar aquí. Tendría que haber estado otra persona. Y el punto de mi último libro es…

—EL SENTIDO de mi último libro —exclama Knut—. ¡EL OBJETIVO!

Kirsten-Margrethe extiende los brazos.

—¡Ya basta! ¡Ya basta!

Algunas personas del público asienten con la cabeza. Y solo ahora recuerda Knut que Lene se encuentra entre ellos. Lene está sentada en algún lugar de ese océano de personas oyéndolo y viéndolo todo. Pero ahora es demasiado tarde para arrepentirse, demasiado tarde para rectificar. Ahora Knut tiene que mantenerse

firme.

Y por absurdo que parezca, todo se calma igual de rápido que empezó.

Casi es como si nada hubiera pasado, como si esta fuera una mesa redonda soporífera más, y mientras Kirsten-Margrethe entrevista a La Escritora de la Realidad y sus voces se convierten en un zumbido constante, Knut se da cuenta de que el público ya empieza a desconcentrarse. No es de extrañar, porque La Escritora de la Realidad solo dice cosas que ya ha dicho mil veces y repasa su repertorio habitual, y mientras expone su proceso artístico y cómo aborda lo material y lo corporal y lo imaginable, se oyen más toses y carraspeos por toda la carpa, y Knut piensa: «Me echan de menos. Quieren que diga más cosas. Yo soy el jefe en esta carpa. Es a mí a quien quieren escuchar».

Por fin llega el turno de Knut.

Mientras habla La Escritora de la Realidad, Knut evita mirar a Terje, y Terje también evita mirarlo a él. Knut también ha pensado en las repercusiones que tendrá haber gritado al nuevo marido de su exmujer, al padrastro de su hijo, la figura paterna preferida de su hijo, se podría decir incluso. ¿Y Lene? ¿Qué pasa con Lene?

Hace un tiempo, como buen hipocondríaco, Knut leyó sobre una enfermedad propia de la edad llamada «demencia frontotemporal». Si no se equivoca, una persona con esta enfermedad puede perder toda inhibición, sentir indiferencia hacia los demás o volverse directamente desagradable. Algunos hablan sin tacto ninguno, dicen o hacen cosas que están fuera de lugar. Otros descuidan la higiene y la ropa. Los síntomas también incluyen apatía y aplanamiento afectivo. Knut presentaba todas esas cosas. Por otra parte, lo mismo le ocurre con la mayoría de las enfermedades y trastornos sobre los que lee, y en los últimos años ha tenido TDAH, apnea del sueño, cáncer en todos y cada uno de los órganos de su cuerpo, trastornos de la personalidad, esquizofrenia paranoide, desajustes hormonales, reuma, depresión, insomnio crónico y una serie de dolencias que estaba cien por cien seguro de padecer y que podían explicar muchas cosas. Pero el médico, o sea, su antigua médica de cabecera, la de Solli plass, descartaba esas enfermedades y esos

estados, uno tras otro. Incluso se negaba a que le hicieran las pruebas del TDAH. Si has conseguido escribir seis libros no tienes TDAH, decía ella, y Knut protestaba y le explicaba lo mucho que había tardado en escribirlos y lo difícil que le había resultado el proceso. Pero si escribir libros fuera fácil, objetaba la médica, todo el mundo lo haría. Yo misma escribiría un libro sobre todos los que venís a la consulta. No será por falta de material. Pero lo que no tengo es talento ni vocación. Y eso no quiere decir que tenga TDAH.

Kirsten-Margrethe se vuelve hacia Knut con El Famoso Libro en la mano. Suspira.

—Bueno, Knut, por fin ha llegado tu turno.

Knut asiente. Cállate. «Es difícil cuando se tiene demencia frontotemporal. Pero inténtalo de todas formas.»

—Sé que has escrito más libros, tanto antes como después de este. Pero este es el que más recuerda la gente, y también es el que trata sobre el tema del día: la infidelidad. En este libro escribes sobre la clase media acomodada…

—La clase media acomodada… —interrumpe Knut, que no consigue aguantarse más—. Como si nosotros no perteneciéramos a la clase media acomodada. Como si las personas que tienen todo el día la palabra «clase media» en la boca no pertenecieran a la clase media. Todo el mundo pertenece a la clase media.

Knut hace un gesto con la mano señalando al público. Parece que la carpa está aún más llena que antes. Es posible que la gente oyera los gritos desde la calle y quisiera saber lo que estaba ocurriendo.

—Escribo sobre problemas existenciales que todo el mundo puede experimentar, ya sea rico o pobre. La gente que vive en campos de refugiados también se mete en líos y maquina cosas, como todos los demás. Los llamados pobres en Noruega hoy tienen un nivel de vida que los reyes y zares de antaño ni siquiera podían soñar.

—Pero ¿qué opinas del fenómeno de la infidelidad? ¿Por qué es

infiel la gente?

—¿Por qué es infiel la gente? Me maravilla que no haya más gente infiel, que no haya más gente alcohólica, drogadicta o suicida. Con las cosas que hacéis, como ir por ahí regalando libros. Llenar viejas cabinas telefónicas de libros, porque igual que los sexólogos quieren que la gente se toque más el ano, los bibliotecarios quieren que leamos más, pero cuando hay sexólogos que reciben ayudas del Estado e intentan meternos plugs anales por el culo y se regalan libros en todas partes, se me quitan las ganas de follar y de leer.

Algunas personas se ríen, otras bostezan, otras niegan con la cabeza, varias dicen uy. Pero el alivio en la carpa se puede palpar, porque de nuevo ocurre algo, y Knut es el responsable de que ese algo suceda.

Kirsten-Margrethe lo mira.

—Pero a ver, el sentido de la infidelidad…

—¡Eso es! ¡El sentido de la infidelidad! Se dice que todo es natural, pero ¿qué pasa si para ti es natural acostarte con todos tus vecinos o, ya que estamos, con una oveja? ¿Y qué pasa con los pedófilos? ¿Y por qué puede uno vestirse como el sexo opuesto pero no disfrazarse de mexicano? Antes de que se te acaben de desarrollar los genitales tienes que saberlo todo sobre el BDSM, los triángulos, los cuadrados, los pentágonos, el rimming, los juegos de rol, el bondage, los plugs anales, los lubricantes, las cadenas, las redes, las esposas, las mordazas, el látex, la lluvia dorada, las MILF, las GILF, pero pobre de ti como le toques el culo a una mujer, aunque esa mujer se haya masturbado con tu pierna antes.

—Yo… —empieza a decir La Escritora de la Realidad.

—¡CHIS! —exclama Knut a tal volumen que los altavoces empiezan a pitar. Algunas personas del público se tapan los oídos—. ¡Es mi turno! ¿Qué ha pasado con la responsabilidad individual? ¿Qué ha pasado con algo tan sencillo como la palabra diligencia? ¿Modestia? ¿Moderación? ¡Somos unos vagos! ¡Somos codiciosos! ¡No soportamos aburrirnos! ¡Estamos enfermos de placer! ¡Estamos sobrestimulados! ¡Somos unos cabrones! ¡Tenemos que espabilar!

Pero yo no lo consigo, porque soy un vago. Y estoy gordo —añadió —. Todos estamos gordos. Estamos gordos y somos vagos.

—Yo no… —se dispone a decir La Escritora de la Realidad, pero Knut la interrumpe de nuevo.

—He empezado a escribir un diario. Porque ahora quiero contribuir con mi versión de los hechos. Es mi turno. —Se vuelve hacia ella y prosigue—. Y tengo que escribir sobre esa noche en la que te me sentaste en el regazo y me tiraste del cuello de la camisa y me llamaste viejito, mi viejito, y un montón de cosas más.

—Tengo derecho a contar mi historia, mi ver…

—Chis. Porque en el mismo momento en que comprendí que no había sabido interpretar la situación, me retiré, como ya he dicho. No te perseguí, porque soy capaz de pillar una indirecta, y no pertenezco a ninguna hermandad secreta cuyos miembros se juntan a hablar y a reírse acodados sobre la barra del bar.

—Pero yo vi que los conocías, yo…

—No, no los conocía, pero encajaba muy bien con lo que estabas escribiendo, ¿a que sí? Todo encajaba en el carril, en ese carril del presente en el que siempre es tan agradable dejar que encajen las cosas. Porque podría haber sido así, ¿verdad? Soy mayor que tú, he publicado más libros, soy un hombre, solo faltaba una última cosa: que fuera un agresor sexual, pero entonces cerraste los ojos y te mentalizaste de…

—Yo escribí mi verdad. La mía. Y mi verdad me pertenece.

—Pero ¿qué chorradas son esas? Cualquiera podría usar esa excusa para cualquier cosa. Si escribís literatura sobre la realidad, deberíais ateneros a la realidad siempre, para lo bueno y para lo malo. Pero no lo hacéis. Os atenéis a la realidad solo cuando os conviene y luego añadís y quitáis cosas para que la realidad se vuelva legible, porque la realidad, como ya sabemos, no es legible, está llena de situaciones extrañas y coincidencias improbables y detalles sin sentido.

—Volvamos a tu libro… —trata de decir Kirsten-Margrethe, pero, de nuevo, Knut la interrumpe.

—La realidad no es coherente. Contiene mucha basura que no encaja con la narrativa y por eso hay que quitarla, y también hay que añadir otras cosas, y esas cosas tenemos que inventárnoslas, igual que ella se ha inventado lo que escribe sobre mí y sobre mi comportamiento usando mi nombre completo.

Knut señala a La Escritora de la Realidad con un dedo índice que le tiembla de rabia, no de nervios. La rabia de Knut es pura, le surge de dentro, un manantial que hasta ese día había estado represado. Y ahora se ha roto la presa. Es decir, se rompió hace más o menos una hora. Porque, para sorpresa de Knut, esa «mesa redonda» está a punto de acabarse, y ve al chico de los pantalones rotos tocarse la muñeca mirando a Kirsten-Margrethe para indicarle que se ha acabado el tiempo.

Knut se reclina en el asiento. No entiende nada. En su cabeza no ha pasado más de un cuarto de hora. Pero también es verdad que tiene principios de demencia.

La Escritora de la Realidad bosteza. Sí, aunque parezca increíble, está bostezando. Él tampoco lo entiende. ¿Lo habrá soñado todo? ¿Es esto una realidad virtual? ¿Estarán sus verdaderos cuerpos durmiendo en unos contenedores en un pesadillesco mundo futuro y esto no es más que su propia fantasía e imaginación?

Kirsten-Margrethe se levanta.

—Quiero dar las gracias a los tres por una conversación fantástica y gratificante.

Señala con la mano a los tres panelistas. Después da unos pasos para quedarse en un extremo del escenario, como si quisiera destacar que lo que está diciendo ahora no es parte del programa y va dedicado solo a los presentes.

—Y, bueno…, no sé qué pensará el público, pero personalmente creo que es especialmente gratificante que nos encontremos a pesar de nuestras discrepancias, y que conversemos de verdad… como

personas e individuos y trabajadores culturales, y nos comuniquemos. Desde que empezó a organizarse este festival, este ha sido uno de sus objetivos: que las personas se encuentren, crear encuentros de personas.

Kirsten-Margrethe baja la vista y se queda callada durante unos segundos. Entonces se lleva la mano al corazón y se vuelve hacia los tres que están en el escenario, uno tras otro.

—Quiero volver a daros las gracias a los tres por este encuentro extraordinariamente interesante y gratificante en este viernes aquí en Lillehammer. Muchísimas muchísimas gracias.

Les hace una reverencia, y la carpa estalla en aplausos. Algunas personas del público se levantan, aún con el móvil delante, y solo en ese momento Knut se da cuenta de que lo han grabado todo, y que seguramente lo hayan retransmitido en directo por internet. No hay escapatoria. Por si eso no fuera suficiente: al fondo de la carpa ve una cámara con una luz roja y entonces se acuerda de que el joven de los pantalones rotos estaba todo el rato asegurándose de que el camino entre el escenario y esa cámara estuviera despejado, se paseaba agachado para pedirle a la gente que se retirase para que nadie estuviera en medio y acabara apareciendo en la web del festival, en la nube y dondequiera que acabe guardado ese documento por los siglos de los siglos.

El público sale de la carpa. Algunas personas mantienen el móvil levantado en dirección a Knut. Él los mira fijamente. No le quedan sentimientos en el cuerpo, es como si se le hubieran agotado todos, como si hubiera estallado por dentro.

Se quita el micrófono de diadema. Un poco más allá, Terje ayuda a La Escritora de la Realidad y se ríen de que el micrófono se le haya enredado en su larga melena.

Mi vida ha llegado a su fin, piensa Knut, pero esas palabras no alcanzan a su interior vacío, sino que se quedan flotando fuera y no son más que palabras.

—¿Cómo estás? —le pregunta Terje a La Escritora de la Realidad, que se sujeta el pelo mientras él trata de quitarle el

micrófono—. Menuda situación.

—No ha sido nada. Estoy acostumbrada a las peleas y las protestas y todas esas cosas. Después de todos estos años… tendrías que ver mi bandeja de entrada, todas las amenazas. Es una locura. La gente está pirada.

Terje se ríe en voz alta y asiente con la cabeza.

—La gente está fatal.

La Escritora de la Realidad asiente ligeramente y después bosteza.

—Sorry —dice—. El jet lag.

—Es peor viajar del oeste hacia el este —dice Terje mientras le da el micrófono de La Escritora de la Realidad al joven voluntario y empieza a quitarse el suyo—. Siempre es así. En la otra dirección es más divertido.

—Sí —dice La Escritora de la Realidad—. Se juega con ventaja. ¡Directa a quemar la ciudad!

Terje se ríe con ganas.

—¿Dónde vives?

—En Greenpoint.

Terje inclina la cabeza.

—Ay, qué bonito. Últimamente he estado mucho en Flatbush, que ahora también está precioso.

Ahora a nadie le dan miedo las conversaciones de ascensor, claro, piensa Knut mientras los mira. Estas son las condiciones para mantener una conversación sobre cosas banales: tiene que darse con las personas correctas y tratar de los temas adecuados. También hay que estar en el contexto adecuado.

—¿Y no se ha gentrificado mucho Flatbush?

—¿Perdón? ¿Que si se ha gentrificado? ¿Y Greenpoint?

—Sí, pero en Greenpoint ya ha terminado el proceso de gentrificación, así que las cosas han empezado a calmarse, y al mismo tiempo hay un ambiente muy relajado, como del viejo Brooklyn. En el apartamento de al lado vive una pareja, él es bombero y ella enfermera, y hablan con un acento de Nueva York maravilloso. No me canso de escucharlos.

Terje mira a La Escritora de la Realidad a los ojos y asiente muy serio, como si cada palabra de su boca fuera una idea profunda que hay que escuchar con devoción y sin interrumpir. Tiene los brazos cruzados y proyecta hacia delante los músculos del antebrazo, y La Escritora de la Realidad recoge sus cosas.

—Siempre trabajo tan bien en Greenpoint… Ya tengo mi cafetería de confianza y todo. La cafetería está justo enfrente de un taller de reparación de coches y los mecánicos son clientes habituales, así que el ambiente es muy auténtico a pesar de que es una cafetería hípster.

Terje asiente y se ríe. La Escritora de la Realidad añade:

—Bueno, es que todos los hombres que trabajan en la cafetería llevan el pelo recogido en un moño alto y un peto sin nada debajo y tal.

—Ya me imagino —dice Terje riendo—. Suena genial. Hípsters y mecánicos. ¡Nueva York en estado puro! ¿Y qué tiempo hace por allí ahora? Vamos a ir dentro de poco. Teníamos pensado quedarnos en Prospect Park. Unos conocidos de Lene tienen un apartamento allí. ¿Has vivido alguna vez en esa zona?

Mientras siguen hablando, Knut se quita por fin el micrófono.

Como en el poema de Obstfelder, ha llegado al planeta equivocado. ¿Viven aquí los humanos?

Kirsten-Margrethe grita por encima de la masa de personas que se agolpan en la carpa, porque ya se ha quitado el micrófono:

—¡Ahora habrá una firma de libros fuera de la carpa! ¡Por

cuestiones de tiempo, no será posible pedirles una dedicatoria personalizada, solo la firma!

Knut sale de la carpa. Tras él, Kirsten-Margrethe acompaña a La Escritora de la Realidad a la mesa de firmas. Knut las sigue. Se da cuenta de que muchas personas le acarician el brazo a La Escritora de la Realidad al pasar. Nadie habla con Knut. Lo miran fijamente, pero antes de que él alcance a devolverles la mirada, miran hacia otro lado.

Por fin sale de la carpa. La Escritora de la Realidad ya está en su sitio, con una pila de libros a cada lado, y ya ha empezado a firmar. En la mesa también están los libros de Terje, pero no los de Knut.

Knut no sabe qué hacer ni dónde ponerse, y se queda de pie junto a la mesa. El tiempo pasa despacio y el aire es denso, como si estuviera debajo del agua. Kirsten-Margrethe se acerca a él.

—Disculpa, pero no hemos encontrado tus libros por ningún lado. Pensamos que podrías firmar este de aquí —dice mientras sostiene El Famoso Libro—, pero tampoco lo conseguimos, o sea, no conseguimos más ejemplares que este. Lo supimos con muy poca antelación.

—Tranquila —dice Knut.

Por primera vez en su vida es como si estuviera a punto de perder la cabeza. Durante muchísimos años ha dicho, como se suele decir, que se está volviendo loco, pero nunca se ha sentido loco de verdad, reconoce ahora. Loco de atar.

Hace sol. Terje está sentado junto a La Escritora de la Realidad con su propia pila de libros, pero nadie quiere su firma, y aun así él sonríe y se ríe y se sienta vuelto hacia La Escritora de la Realidad y habla sobre distintos lugares imprescindibles de Brooklyn y de Manhattan.

¿Dónde está Lene? Knut mira a su alrededor, pero no la localiza. Debería estar cerca de Terje, pero tampoco está allí.

Knut se dirige al cementerio. En cuanto entre, se habrá salvado.

Puede que ya esté dirigiéndose hacia la última parte de su vida, la parte en la que uno se vuelve más ajeno al presente a cada hora que pasa, y enseguida llegará el día en que no entenderá los códigos sociales o lo que hay detrás de las percepciones normales de sus conciudadanos.

Knut ha acabado apartado, relegado a las sombras. Ahí dentro puede gritar y expresar sus experiencias y opiniones todo lo que quiera, pero sus experiencias y opiniones son tan inservibles como las viejas divisas de Europa del Este. Igual que esas viejas divisas eran inservibles fuera de las fronteras de cada país, la verdad de Knut y la poca sabiduría que ha sido capaz de reunir son inservibles fuera de su propia cabeza febril.

Pero el mundo no está de acuerdo con él. El mundo quiere contacto, y el móvil de Knut se desborda. Vibra y suena y zumba, según la plataforma por la que reciba una notificación.

Lo ocurrido en la carpa hace un rato ha llegado a todos los rincones del universo, al parecer, y ahora todo el mundo quiere llegar a él, para conseguir un trocito de esa fricción que él, con su cuerpo y su alma, ha tenido la amabilidad de crear. Como un monje que se quema a lo bonzo.

«Fantástico», dicen varios de los mensajes. «Que les den», dicen otros. «Les has puesto las cosas claras, ¿quieres venir a…?»

Todos le hacen la pelota. Knut conoce esa melodía. Hace mucho tiempo lo acompañaba a todas partes y pensaba que era su propia melodía, su propia canción, su propia cantinela.

«¿Considerarías…?»

Dagsnytt 18, Morgenbladet, Aftenposten, Dagbladet, VG, TV2 y sí, incluso el programa de noticias Dagsrevyen. Todo el mundo quiere contar con Knut. Quieren que brinque y que salte y que baile y que siga haciendo el ridículo una y otra vez. Le ponen el micrófono delante y lo animan a seguir bailando, después de llenar el suelo de cristales rotos.

Bueno.

En algún momento tenía que estallar todo. En algún momento tenía que soltarlo todo, vaciarse.

Si todo el mundo hiciera lo correcto, todo se paralizaría. Si nadie hiciera lo correcto, todo se paralizaría.

Knut ha producido material suficiente para mantener la cháchara durante meses. Olvidemos la guerra, las pandemias, las catástrofes. Knut ha suministrado contenido a la máquina, material para pajas a todos los cotillas que se arremolinan alrededor de la víctima del día, que es Knut, para frotarse los genitales hasta que caiga el sol. O hasta que el sol arda en llamas.

Knut se para en la calle y quiere anotarlo. Saca el móvil del bolsillo trasero. Pero le tiemblan tanto las manos que al final se rinde, como si su sistema nervioso acabara de darse cuenta de lo que ha ocurrido.

¿Tan borracho está? La verdad es que no se siente nada borracho. Más bien se siente hueco, lleno de aire por dentro.

Entra en el súper y compra seis latas de cerveza y una bolsa de patatas fritas.

En la calle peatonal percibe un movimiento. Lo recuerda de los tiempos de grandeza: gente que se lo queda mirando y cree que él no se da cuenta de que lo miran, solo porque no les devuelve la mirada. Pero Knut los controla con el rabillo del ojo, con la nuca, las orejas, el cogote. Nadie se le acerca, pero algunos sacan el móvil y lo graban, o eso parece, y de esto también piensan que él no se entera. Al principio lo graban con disimulo, pero cuando ven que no reacciona, lo hacen más abiertamente. Sostienen el móvil frente a ellos como si tuvieran una tarea importante que hacer, un trabajo.

Ya en el cementerio, Knut se va a su banco. Suéltate, murmuran los muertos a su alrededor. Emborráchate. Grita a la gente. No pasa nada. Todo te parece tan importante porque crees que vas a vivir

para siempre. Pero la semana que viene, o tal vez mañana mismo, la gente estará hablando de otra cosa. Antes o después te meterán en un horno crematorio, y allí la piel se te fundirá con los huesos. La única tarea que te quedará por hacer entonces será abonar la tierra con tu carcasa quemada, y antes de eso tendrás que limpiarte de todo artificio y toda palabrería.

Pero antes, esa carcasa, ese viejo organismo que se enfrenta a su inminente extinción, ha de resistirse. Knut lo sabe y su entorno lo sabe, y el organismo desaparece de la faz de la tierra y los cambios siguen y pronto todas las personas y los edificios viejos desaparecerán, edificios y personas que alguna vez fueron jóvenes y nuevos, y el día en que Knut no reconozca nada a su alrededor, ese día irán a buscarlo a él también.

Van de un lado a otro en una furgoneta grande y recogen a cualquiera que tenga un signo de interrogación dibujado en la cara, como el que Knut a veces ve en su propio rostro cuando se mira de pasada reflejado en el escaparate de una tienda. Cada vez tiene una expresión de mayor confusión. Esa expresión lo cincela y desplaza todos los intentos de fingir que tiene claro cómo son las cosas.

Se trata de tener bajas expectativas. Mira, tengo agua potable, puedo comer hasta saciarme. ¿Y acaso no está contento con esta invitación a Lillehammer, a pesar de que era la última opción?

Knut se sienta en el banco e intenta soltar una lata de cerveza del plástico que las envuelve, pero no le funcionan los músculos y no es capaz de hacerlo. Intenta abrir la bolsa de patatas fritas, pero tampoco lo consigue.

Sigue pinchando el plástico que envuelve las latas de cerveza y entonces se echa a llorar.

Alguien llega corriendo, alguien que sopla y resuella. Knut se da la vuelta. Es Lene. Se inclina hacia delante y se agarra las rodillas.

—Joder, vaya forma física de mierda. ¿Qué haces aquí? Te he mandado miles de mensajes.

—Ahora vivo aquí.

—¿Estás bien?

—No.

—He oído que te volviste loco en la carpa. No pude estar, lo siento, tenía que asistir a un seminario —dice intentando recobrar el aliento.

—No pasa nada. Me alegro de que no vinieras.

—¿Estás llorando?

Knut señala con la cabeza las seis latas que tiene al lado en el banco.

—Lloro porque no puedo abrir ese maldito plástico. ¿Por qué lo hacen tan duro? Es imposible, joder.

Lene le da una lata, ha conseguido soltar una, pero antes de que Knut la alcance, Lene se la acerca y la abre, para después volver a ofrecérsela.

Mientras Knut bebe a grandes tragos, Lene se sienta a su lado en el banco y estira las piernas.

—¿Puedo tomarme una?

—Sí, claro. También tengo patatas.

Tres cervezas más tarde, Knut está tumbado en el banco con la cabeza apoyada en el regazo de Lene. Una ardilla cruza corriendo el camino de grava.

—Eres el amor de mi vida —dice Knut—. Eres la única a la que he querido de verdad.

—Ya —se limita a decir Lene, y bebe otro sorbo.

Knut se ha tomado siete cervezas, si no se equivoca. Aún no se siente borracho. Solo percibe esa nueva sensación de ligereza, o

como si los troncos que antes tenía apilados y encajados dentro del cuerpo se hubieran soltado y hubieran desaparecido.

Lene le acaricia el pelo y Knut cierra los ojos. Un poco más allá oye pelearse a dos urracas. Knut se deja acunar por el arrullo de una paloma.

Entonces Lene tiene que volver al seminario. Se levantan y se dan un abrazo. Lene le da unas palmadas en la espalda. Knut se siente mareado.

—¿De qué va el seminario? —pregunta Knut.

—Es un seminario que organiza la Asociación de Críticos; va sobre la libertad de expresión. Yo tengo la segunda intervención del día. A lo mejor debería hablar de ti.

Se ríen al unísono. Son dos viejos amigos.

Knut se queda dormido en el banco y cuando se despierta ha empezado a anochecer. Se oye la música de la fiesta de Banken. Knut siente unas ganas irrefrenables de bailar. Solo está a unos metros de allí, y enseguida sube la majestuosa escalera del viejo edificio que antes era un banco y ahora es un centro cultural. Sigue el sonido e inmediatamente se encuentra en una pista de baile donde se pone a hacer una especie de danza del vientre.

Se da la vuelta y agarra a un hombre por la espalda y se pone a frotarse contra él, y en ese momento le parece totalmente natural, le parecería raro no hacerlo. Una explicación puede ser que Knut quiere demostrar que lo intenta con todo el mundo, y por lo tanto es igualitario y democrático y no trata a nadie de manera distinta, pero no es así, porque Knut no tiene ninguna intención oculta, solo hace lo que le apetece, sin planes ni cálculos, y sin ningún miedo.

El hombre resulta ser Terje, y Terje se vuelve y grita, «¡Para ya, anormal!», y empuja a Knut, que se cae al suelo, y todo el mundo se ríe y aplaude, pero Knut se levanta y sigue bailando. Se lo está pasando bien. Tendrían que pagarle por hacer esto, tendrían que

darle una asignación del Consejo de las Artes por su papel de escritor borracho que grita durante una mesa redonda y acosa a diestro y siniestro y se cae y hace el ridículo, porque hay que ver lo que le ha gustado a todo el mundo ver a Knut desmoronándose como lo ha hecho hoy. Knut está ayudando a la humanidad con su comportamiento, la está liberando, la está salvando. ¿Por qué nadie se da cuenta?

Miraos al espejo, quiere gritar Knut a todos los que lo rodean y lo miran tan satisfechos, con una expresión de alivio en el rostro: ahora es otro quien se pone en ridículo, no soy yo, no soy yo.

El monstruo ha escapado de donde normalmente Knut consigue mantenerlo preso, y sigue caminando, cagando y meando y desgarrando las cortinas y las alfombras y la civilización, y Knut debería coger el móvil y anotarlo, pero en lugar de eso sigue girando y moviendo las caderas y enseguida lo rodea un grupo de personas que dan palmas al compás.

Mientras Knut baila la danza del vientre con su cuerpo demasiado largo, se abre la camisa y los botones salen despedidos, y sigue bailando con la camisa abierta y por primera vez en mucho tiempo siente algo parecido al bienestar.

Al día siguiente se sienta solo en el tren de vuelta a casa. Frank va en coche con M. Un hito más para esos dos tortolitos. Frank le llamó para contarle con una voz de pito impresionante que iban a ir a Oslo en el mismo coche.

Knut ha pasado la noche en el cementerio. Primero se tumbó en el banco, pero cuando le empezó a resultar demasiado duro se echó en el césped, oculto entre dos grandes tumbas familiares.

La maleta de Knut está llena de comida que ha robado del desayuno del hotel, por donde pasó antes de irse a la estación. Se ha preparado unos bocadillos dobles de salmón y huevos revueltos y los ha envuelto con varias capas de servilletas; ha cogido cuatro panecillos, seis envases de mermelada, seis de paté y diez de mantequilla, además de cuatro huevos duros, tres manzanas y dos

naranjas.

En el tren, mucha gente quiere hablar con Knut, y por eso saca el portátil, se pone los auriculares y escribe la entrada del día en el archivo que ha titulado Diario I. Intenta describir los acontecimientos del día anterior de la forma más objetiva y completa posible.

Una hora y media más tarde levanta por fin la mirada.

Al lado de las vías del tren hay un caminito estrecho de grava. El tren reduce la velocidad. «En cinco minutos llegaremos a Minnesund», dicen por el altavoz cuando el tren se detiene del todo.

Justo al lado de las vías del tren hay una casita. «Se vende», pone en un cartel en la fachada. El cartel está desteñido por el sol y parece que lleva allí un tiempo. La casa parece que está a punto de derrumbarse.

Knut entra en www.finn.no y no le hace falta buscar demasiado. El precio de venta es tan bajo que tiene que volver a comprobarlo. Esa casita, más bien una choza, pero una casa al fin y al cabo, en una finca de tres mil metros cuadrados y con vistas al lago Mjøsa, cuesta una séptima parte de lo que le pueden dar por su piso de St. Hanshaugen. La casa es tan barata que casi la puede pagar con la tarjeta de crédito.

Media hora más tarde, Knut está sentado en la entrada esperando al agente inmobiliario que le ha atendido a pesar de ser sábado. Así son las cosas en el campo, piensa Knut mirando el lago Mjøsa. Detrás de la casa, a escasos metros de distancia, están las vías del tren. Tal vez por eso el precio es el que es.

—Otro motivo por el que el precio es el que es —le dice el agente inmobiliario, un treintañero con ropa de senderista que llega enseguida en una furgoneta— es que aquí ha habido un asesinato.

»Tengo que ser sincero. Tienes que saberlo. La casa lleva treinta años vacía. La persona que vivía aquí fue asesinada a golpes. Así son las cosas, por desgracia. Pertenecía a una pandilla que se reunía

en la taberna, y un día hubo una pelea y una noche vinieron varios a darle una paliza, y con tan mala suerte que se cayó contra el borde del horno y se abrió la cabeza. Se dijo que fue un accidente. El responsable ya ha salido de la cárcel.

El agente inmobiliario sacude la cabeza, abre la puerta y entran. Huele a moho.

—Aún no han limpiado la sangre. Todavía hay manchas en el suelo, mira —dice el agente inmobiliario—. Y la cocina es del año en que se construyó la casa.

El agente inmobiliario parece estar decidido a evitar que Knut compre la casa. Al otro lado hay una terraza acristalada que da al lago Mjøsa. Knut se queda parado mirando al horizonte.

—Se oye mucho el tren —añade el agente inmobiliario.

Knut vuelve a entrar en la cocina. Las alacenas son de obra y la pintura está desconchada.

—Seguramente haya que lijar el suelo —dice el agente inmobiliario—. Tampoco hay agua ni alcantarillado. El tipo que se murió nunca llegó a gestionarlo. Pero debería haber una fosa séptica enterrada en algún lugar del terreno. Y hay una excavadora, pero no sé si funciona. Seguramente no.

Knut le da una cifra, varios cientos de miles de coronas por debajo del precio indicado. El agente inmobiliario sale al jardín y habla un rato por el móvil.

—De acuerdo —dice cuando vuelve a entrar—. La familia quiere deshacerse de ella.

Knut ha subido al ático, que consiste en una habitación grande con el techo inclinado y un ventanuco a cada lado. El suelo está lleno de chatarra.

Dos meses más tarde, Knut ya ha vendido el piso de St. Hanshaugen y es propietario de la casita. Además, tiene una cuenta

bancaria con un saldo que hace que reciba al menos una llamada al día de algún joven de dudosas intenciones que se dirige a él por su nombre de pila e intenta hablarle de emocionantes posibilidades de inversión. Knut deja hablar a esos jóvenes de dudosas intenciones y ellos le dicen que tener el dinero quieto en el banco es un suicidio financiero. «Inversiones activas», le dicen. O «fondos indexados globales, al menos», y Knut les contesta que se lo pensará.

Aunque parezca increíble, la pequeña excavadora funciona, y con ayuda del manual de instrucciones que encuentra en internet, de un vídeo corto de YouTube y del vecino, que es contratista y fontanero, aprende a utilizarla. Knut es un escritor idiota de la capital, y los vecinos de ambos lados de la casa se ríen de él. El fontanero le muestra a Knut dónde están las tuberías del agua y el alcantarillado público: justo debajo de la casa, en los límites de la parcela, y Knut empieza a cavar un caminito hacia allí.

Una mañana de finales de verano, unos meses después de su ya famosa intervención en Lillehammer, Knut le envía más de trescientas páginas a su editor.

Recibe una respuesta a las 21.49 esa misma noche.

«Ahora sí que has dado en la tecla. No he podido soltarlo. Es distinto de todo lo anterior, pero eso no tiene por qué ser negativo (je, je). Genial que escribas del "episodio" de Lillehammer. Hay que aclarar muchas cosas desde un punto de vista jurídico, pero lo conseguiremos. ¿Nos vemos mañana?»

Knut se va a la cama sin responder a El Editor.

Deja que pase el mediodía del día siguiente y sigue sin contestar. Tiene muchas cosas que hacer. Después de conectar el agua y el desagüe, se encarga de cavar alrededor de la casa para secar el sótano mohoso. Todas las mañanas se levanta a las seis y dedica dos horas a escribir, después vuelve a excavar en el jardín y por las noches se acuesta a las diez y se duerme enseguida. Pero antes de acostarse se sienta un rato en la terraza y disfruta de la noche de verano y escucha los cantos de los pájaros, porque los cantos de los

pájaros son un idioma sin palabras. Las ratas que viven en el húmedo sótano también son un idioma sin palabras. Los pajaritos que se comen las guindas y quienquiera que sea el bicho que excava y se carga su plantación de patatas, todas esas criaturas le hablan sin palabras.

La contribución de Knut a ese diálogo es poner un espantapájaros y envolver las guindas con una red, y así siguen, en un intercambio constante.

Gracias a

Vibeke Devold, Petter Erik Hagen, Erik Fosnes Hansen, Michael Hopstock, Tina Shagufta Kornmo, Bent Kvalvik, Anitra Lykke, Noman Mubashir y Severin Sharma. Y un enorme agradecimiento extra a mi editora, Cathrine Narum.



Nina Lykke

(Trondheim, 1965). Nina Lykke es una de las escritoras noruegas más destacadas de la actualidad. Su debut literario tuvo lugar en 2010, con el libro de relatos Orgien, og andre fortellinger (Orgía y otras historias). Gatopardo ha publicado sus novelas No y mil veces no (2021), que obtuvo el Premio de la Crítica Joven de Noruega, y Estado del malestar (2020), que le valió el Premio Brage, el galardón literario más importante de su país. Sus libros se han traducido a diecinueve idiomas.

Sinopsis

Knut es un escritor cincuentón al que todos recuerdan por el best seller que publicó hace ya veinte años. Pertenece a la élite cultural noruega, pero con los años se ha convertido en un divorciado gruñón que ve tutoriales absurdos en YouTube y que en ocasiones trabaja en una residencia de ancianos para sacarse un dinero. En su anterior novela quiso contrarrestar las críticas que le acusan de ser un portavoz de la clase media blanca, pero a su editor le pareció un caso flagrante de apropiación cultural y se negó a publicarla. Ahora, por fin, se le presenta la oportunidad de volver a la palestra. Ha sido invitado a un prestigioso festival literario. Pero no será fácil: le toca compartir mesa redonda con el nuevo marido de su exmujer y con una joven escritora que, en su última autoficción, retrata a Knut como un acosador. Además, ¿qué pinta alguien como él entre escritores vegetarianos, ponentes trans, poetas kenianos y feministas con hiyab? El escenario es idóneo para que Knut estalle y libere su rabia acumulada…

Con el sentido del humor y la desinhibición que la caracterizan, Nina Lykke satiriza la doble moral de un establishment cultural en el que cualquier rebeldía está permitida a condición de que se respeten las normas. Porque, a fin de cuentas, no hemos venido a divertirnos.

«Cuando Nina Lykke blande su látigo literario, vale la pena prestar atención.»

Gabriel Michael Vosgraff

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybille Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Viginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

34. Un alma cándida

Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía

Henry James

38. El cuidador de elefantes

Christopher Nicholson

39. El río del tiempo

Jon Swain

40. A la mesa con los reyes

Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo

Janice Galloway

42. María Estuardo

Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos

Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo

Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres

Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche

Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos

Barbara Pym

50. La escritora vive aquí

Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar

Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta

Willem Frederik Hermans

53. Morir

Cory Taylor

54. Un montón de migajas

Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario

Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo

John Updike

57. Persecución

Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

63. El corazón verdadero

Sylvia Townsend Warner

64. Hielo

Marco Tedesco y Alberto Flores d’Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar

Nina Lykke

67. Temas de conversación

Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América

Linda Boström Knausgård

69. Cuánto oro esconden estas colinas

C Pam Zhang

70. Perversas criaturas

Lawrence Osborne

71. Kalmann

Joachim B. Schmidt

72. Cuarteto de otoño

Barbara Pym

73. Caer es como volar

Manon Uphoff

74. Mía es la venganza

Marie Ndiaye

75. Los inquietos

Linn Ullmann

76. No y mil veces no

Nina Lykke

77. Niña de octubre

Linda Boström Knausgård

78. Trío

Johanna Hedman

79. La aldea perdida

Max Gross

80. Saturno

Sarah Chiche

81. Cantos de sirena

Charmian Clift

82. Jane y Prudence

Barbara Pym

83. Hombres en prisión

Victor Serge

84. La Chef

Marie NDiaye

85. Maldita suerte

Lawrence Osborne

86. Bienvenidos a High Rising

Angela Thirkell

87. Los detalles

Angela Thirkell

88. Chica, 1983

Linn Ullmann

89. Ayer

Juan Emar

90. El pacto

Thorkild Bjørnvig

91. Mis estúpidas ideas

Bernardo Zannoni

92. Los buscadores de loto

Charmian Clift

93. Una estela salvaje

Kathryn Schulz

94. Hotel Splendide

Ludwig Bemelmans

95. Te quiere, Boy

Roald Dahl

96. Pasiones públicas, emociones privadas

Charles Dickens

97. Ven a este tribunal y llora

Linda Kinstler

98. La divorciada

Ursula Parrott

99. Engaño

Yuri Felsen